

Enrique Arez

**Las
mandrágoras
han dado olor**

Novela de la era menemista

**EDITORIAL
DUNKEN**

Enrique Arenz

Las mandrágoras han dado olor

Novela de la era menemista

1ra. Edición en soporte papel
EDITORIAL DUNKEN - Buenos Aires 1999

E-mail del autor: Enriquearenz@gmail.com

Página web del autor: <http://www.enriquearenz.com.ar>

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

© 1ra. Edición 1999 Enrique Arenz

© 2da. Edición 2011 Enrique Arenz (para Internet)

ISBN: 987-518-217-6

Esta historia y sus personajes son ficticios. No así el clima político que, como telón de fondo, es una paráfrasis (irreverente y premeditada) de la inquietante realidad que vivió la Argentina en 1998, cuando el gobierno nacional quedó paralizado y obsesionado por un solo y excluyente objetivo: lograr a cualquier precio la reelección del Presidente.

1

LA CITACIÓN

Aquella mañana de otoño de 1998, el profesor Raimundo Ezequiel Argenta, inspector general de enseñanza de los prestigiosos colegios oranitas, recibió en su despacho una inesperada citación. Nada menos que el superior general de la Orden de San Orán de Catanzaro, Teólogo Dr. Segismundo Bonetto, lo invitaba a una reunión urgente y muy reservada del Consejo Académico.

La intriga y el halago se dieron la mano en el corazón del docente: cada vez que monseñor Bonetto lo convocaba era para consultarlo sobre delicados asuntos o bien para encomendarle misiones muy confidenciales que solamente un hombre de gran confianza y respetabilidad como él podía desempeñar.

Don Raimundo, como lo llamaban todos en la Orden, era un hombre de 62 años, viudo, con cuatro hijos radicados en el exterior. Alto, delgado y muy elegante, no se le veían achaques ni había adquirido todavía los gestos y actitudes propios de los viejos. De temperamento suave y reflexivo, exhibía siempre, aunque sin pedantería, un aire doctoral que hacía tono con su título de profesor de Historia. Con una vida austera y de hábitos sencillos, había casi culminado una destacable carrera pedagógica y administrativa luego de trabajar cuarenta años como docente laico en la Orden de los padres y hermanos oranitas.

Ojeó *La Nación* mientras desayunaba, pero no pudo concentrarse en la lectura. Estaba inquieto por la reunión que se llevaría a cabo en medía hora. Dejó el diario y salió a relajarse un poco recorriendo las instalaciones del antiguo edificio de la Avenida de Mayo.

¿Para qué lo llamaría esta vez monseñor Bonetto?, se preguntó impaciente. El superior siempre elogiaba su erudición y lo tenía como su principal hombre de consulta, reconocimiento que acariciaba frecuentemente su bien tratado *ego* y lo inclinaba a retribuir el obsequio con fervorosa lealtad. Disciplinado según las normas de la Iglesia y, particularmente, de la severa Orden oranita, Don Raimundo se había esforzado toda su vida por ampliar sus conocimientos humanísticos para ser digno de ese augusto cuerpo de profesores sabios, tradicionalmente enfrentados con la Santa Sede por su interpretación de las Escrituras y por su adhesión exacerbada a las modernas ciencias sociales.

La Orden había sido fundada en 1618 por el sacerdote italiano Orán Salieri, astrónomo, médico y teólogo de fuerte personalidad, cuya tendencia al revisionismo le valieron algunas persecuciones del Santo Oficio. Sin embargo, debido a su extraña y temprana muerte y a que se le atribuyeron varios milagros, tres de los cuales, por lo menos, habrían quedado fehacientemente probados, fue canonizado a instancias de sus discípulos tras un largo y difícil proceso de dos siglos.

A los oranitas, otras congregaciones rivales solían llamarlos despectivamente “*los husitas*”, por la secreta admiración que aquéllos profesaban por el heresiarca bohemio, rector de la Universidad de Praga, Juan Hus, muerto en la hoguera en 1415 por orden del Concilio de Constanza. San Orán había sido un seguidor tardío de las enseñanzas de Hus en lo referente a sus tendencias reformistas que éste a su vez había aprendido del teólogo inglés Juan de Wiclef, vicario de Fillingham y doctor en Teología en Oxford quien fue defensor del *realismo* y del poder temporal del rey sobre la curia romana, y se decía —aunque nunca fue probado— que en la sede central de la Orden en Roma se con-

servaban varios manuscritos de Juan Hus salvados de la hoguera por uno de sus audaces seguidores del siglo XIII.

Era la hora. Don Raimundo se dirigió nervioso al sexto piso. Allí un hermano secretario del Consejo que vestía el hábito de la congregación lo hizo pasar enseguida a la sala de reuniones.

—Adelante, don Raimundo —lo saludó sonriente el superior general tendiéndole la mano—; ya conoce a los miembros del Consejo Académico, ¿verdad?

Raimundo saludó ceremoniosamente a cada uno de los presentes, cinco religiosos y dos laicos, todos antiguos docentes de la Orden. El superior los invitó a sentarse alrededor de una larga mesa de roble y pidió al secretario que hiciera servir café y que se retirara del recinto porque la conversación iba a ser altamente confidencial. Se produjo un pesado silencio mientras el ordenanza servía el café en dorados pocillos de porcelana. Don Raimundo aprovechó ese bache para contemplar los grandes cuadros con reminiscencias renacentistas que adornaban las paredes revestidas en caoba y raíz de nogal del elegante salón. Sobre una imponente chimenea de piedra lucía un retrato gigantesco de San Orán de Catanzaro, atribuido a Prilidiano Pueyrredon, que mostraba al santo con una Cruz en su mano izquierda y un pergamino en la derecha en el cual se leía una frase en latín cuya traducción libre sería más o menos así: “*Busquemos la santidad con realismo y sin ingenuidad*”, enigmáticas palabras que eran el emblema no público de la Orden.

—Don Raimundo —comenzó diciendo el superior general—, lo hemos llamado porque usted es el único funcionario laico de la Orden dotado de los atributos que se necesitan para llevar a cabo una misión muy delicada que hemos decidido encomendarle. Le advierto que no es algo sencillo, se trata de una resolución reservada que adoptó este Consejo Superior para ser aplicada

gradualmente en todos nuestros institutos de enseñanza, en esta Capital y en el interior del país.

—Estoy como siempre a las órdenes de usted y del Consejo, monseñor, y me siento muy honrado por su confianza. Supongo que se tratará de una misión pedagógica.

Los silenciosos y expectantes miembros del Consejo se miraron entre sí.

—Bueno... sí, efectivamente —respondió monseñor Bonetto algo vacilante—, es un asunto relacionado con la formación de nuestros jóvenes alumnos.

El profesor Argenta sonrió complacido. Los jóvenes y la enseñanza habían sido la justificación misma de su vida; nada más lógico y justo que aquellos santos varones lo tuvieran presente en sus oraciones y en sus proyectos.

—Usted verá, don Raimundo, la Iglesia se ve, en estos tiempos, muy jaqueada por las costumbres relativistas de una sociedad que creé en los principios cristianos y envía a sus hijos a colegios religiosos para que los eduquemos según esos cánones, pero que a su vez vive y actúa de una manera, digamos, contradictoria con esos principios.

Don Raimundo asintió con la cabeza. El superior continuó:

—¿Cómo hace la Iglesia para cumplir su misión pastoral y no quedar al mismo tiempo marginada de la realidad del fin del milenio? Nuestra Orden ha sido en ese sentido muy avanzada y ha comprendido antes que Roma los cambios a veces demoledores pero inevitables del mundo en que vivimos. Diez años antes del *Vaticano II*, nosotros ya aplicábamos muchos de los conceptos que legalizó ese Concilio, por ejemplo, la proyección de la luz de la razón en las cuestiones de fe. Nuestro enunciado sobre la realidad y la ingenuidad, ¿eh? —sonrió y señaló con el pulgar a San Orán que a sus espaldas los vigilaba con ojos escrutado-

res—. Y eso nos ha costado más de un disgusto con la Santa Sede; pero nosotros seguimos adelante con nuestra propia política educacional en cumplimiento de los sabios preceptos de nuestro fundador, orientados siempre a aceptar la realidad de la vida y a concebir racionalmente la *Ley moral*.

Hizo una pausa y miró hacia el cielorraso como buscando los términos justos de lo que tenía que decir. Cuatro ángeles pesimistas pintados sobre el yeso por Demetrio Urruchúa, uno musculoso simbolizando el trabajo, otro, harapiento, representando a la pobreza, y los restantes, famélicos, a la desesperanza, le rehuyeron la mirada.

—Pero vayamos al grano... —se detuvo un instante al cabo del cual lanzó con sonora voz una palabra—: ¡Sida... ¡¿Qué le dice a usted esa palabra, don Raimundo?

—Terrible enfermedad... una verdadera amenaza...

—¡Amenaza para nuestra juventud!— sentenció el prelado.

—Bueno... —atinó a deslizarse don Raimundo— a nuestros alumnos se les aconseja la abstinencia...

—Ese es el consejo de la Iglesia, pero ¿lo acata alguien?

—Monseñor... —dijo turbado don Raimundo— no sé qué decirle, en realidad...

—Seamos francos, don Raimundo, los muchachos tienen relaciones íntimas con sus novias y a veces con prostitutas, esa es la verdad. Y no hablemos de los homosexuales, que desafortunadamente también los tenemos. Hemos recibido información mundial de todos nuestros institutos: se estima que más de un siete por ciento de nuestros alumnos varones están infectados por el HIV. Sobre las chicas de las hermanas anacléticas no hay información oficial, pero han trascendido algunas novedades que, ¡Dios mío...!

—Sí, monseñor, estoy al tanto. Aunque aquí en la Argentina no tenemos estadísticas se han detectado muchos chicos seropositivos.

—Y no hay, gracias a Dios, casos notables de drogadicción entre nuestros alumnos, lo cual rebela que los contagios son por contacto sexual. El problema es serio y no debemos mirar para otro lado. Nuestros alumnos son hijos de familias importantes, de buena posición económica y muy exigentes con la calidad de enseñanza que les impartimos. Hasta ahora hemos podido mantener en secreto esta situación con la cooperación, desde luego, de los mismos afectados, pero si se divulga puede ser catastrófico. Algo tenemos que hacer para evitar que esto se agrave.

—¿Y qué podríamos hacer? —preguntó perplejo don Raimundo.

—Mucho. Tenemos que educar para prevenir el contagio del sida. Pero no predicando la virtud de la abstinencia sino concretamente enseñándoles a los muchachos a... tomar precauciones con el sexo.

—¡Monseñor...! —exclamó estupefacto el profesor Argenta.

—Seamos prácticos, don Raimundo, nuestra prédica moral va a seguir intacta. Para la Iglesia la virtud que está llamada a moderar los apetitos dados por Dios al hombre en orden a la propagación del género humano se llama en la moral católica virtud de castidad, y así será siempre. Pero eso no debe impedir que alertemos a nuestros jóvenes para que, si han de dejarse vencer por la tentación de la carne, que por lo menos tomen precauciones. ¡Por el amor de Dios, don Raimundo, que no se nos enfermen los muchachos porque nosotros nos aferramos a nuestros dogmas sin ver la terrible realidad de la calle!

—Sí, monseñor, lo entiendo, pero para eso están los padres...

—No se engañe, don Raimundo, los padres no hablan de estas cosas con sus hijos. Si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará. Pues bien, he recibido precisas instrucciones del prefecto general de Roma para que dictemos en nuestros colegios cursos de prevención contra el sida. El arzobispo de Buenos Aires me dio, como quien dice, su guiño, aunque la idea no le gustó y me aclaró que él no quiere verse involucrado en el asunto. Y nosotros, en fin, hemos tomado nuestras decisiones, entre ellas que sea usted quien se encargue de planificar, organizar y poner en práctica ese curso.

Don Raimundo se quedó mudo. Miró a uno y otro lado de la mesa con ojos de no entender nada. Los consejeros lo observaban ansiosamente. Se produjo un silencio. El superior continuó:

—Yo sé que no es fácil lo que le pedimos, pero es la única persona en la que confiamos.

—Pero, ¿en qué consiste ese curso? ¿Qué es lo que debemos enseñar?

Los miembros del Consejo se movieron nerviosos y bajaron la mirada. Monseñor titubeó. Finalmente hizo coraje y lo dijo:

—Profilácticos. Cómo usar... profilácticos.

Don Raimundo casi se cae de la silla. Los ángeles del techo intentaron aletear y hasta San Orán frunció el entrecejo. El profesor, demudado, tartamudeó:

—¿Pr... pro... fi...? ¡Monseñor...!

—Tal como lo oyó, don Raimundo, tenemos que enseñarles a nuestros alumnos qué cosa son los preservativos, para qué sirven y cómo se los debe usar.

—¿Y usted... monseñor, me encomienda a mí ese... trabajo?—. La voz le temblaba.

—Usted es el único que lo puede hacer.

Don Raimundo se sintió mareado, pero hizo un esfuerzo y se compuso. Les dijo a aquellos venerables caballeros que de ninguna manera, ¡jamás!, que esa no era una misión pedagógica digna de un docente de su estatura moral, que era una locura dictar clases sobre el uso de los preservativos en las aulas de los institutos oranitas, y que él no podía a esta altura de su vida hacer una cosa tan indecorosa. Monseñor Bonetto, desplegando toda su habilidad dialéctica para la persuasión, le explicó que se trataba de evitar el avance de los contagios entre los alumnos, de salvar sus vidas y también de salvar el prestigio de los colegios de la Congregación. Pero como don Raimundo se resistía, le dieron el golpe final apelando a su acendrado sentido de la obediencia:

—Es una orden, profesor Argenta —la terminante alocución había salido de los labios de uno de los callados religiosos del Consejo, quien continuó con la misma voz cavernosa—: y no dudamos de que usted hará honor a la disciplina y espíritu de sacrificio que nos caracteriza a quienes pertenecemos a esta Orden del Señor.

Monseñor intervino para atenuar el efecto de la admonición anterior:

—Don Raimundo —dijo dulcemente—, confiamos en usted, no puede fallarnos...

El profesor se limpió el sudor de la frente y suspiró.

—Pucha... —atinó a decir confuso. Se mantuvo unos segundos en silencio. Finalmente dijo con resignación—: Está bien... está bien, me inclino reverente ante ustedes. ¿Qué debo hacer?

Monseñor respiró aliviado. Sirvieron otra vuelta de café y le explicaron lo que se esperaba de él. Se trasladaría de inmediato a Mar del Plata, ya que la prueba piloto se realizaría primero en el Colegio San Orán y luego en el Instituto de mujeres Santa

Anacleto de Saba de aquella ciudad. Saldría en avión al día siguiente, se alojaría en un hotel céntrico que la Orden le había reservado y cuanto antes se entrevistaría con el director del Colegio, presbítero Pedro Narváez. No hablaría con el obispo de esa diócesis porque seguramente éste rechazaría el proyecto por temor a un escándalo público. “Los marplatenses son un poco difíciles, por eso queremos empezar allí”. Le recomendaron que actuara según los cánones seculares de la Orden: prudencia, meditación y planificación. Antes de dictar la primera clase, don Raimundo debía elaborar minuciosamente el programa e informar por escrito a monseñor Bonetto sobre las ideas en estudio. Se le advirtió que la Orden no podía quedar expuesta a un eventual alboroto, por lo cual en caso de trascender negativamente lo que debía ejecutar, él en ningún momento podía comprometer a sus superiores, debiendo ante esa accidental contingencia, asumir personalmente toda la responsabilidad. Le prometieron recursos económicos, discreta apoyatura logística y un acatamiento absoluto por parte de los demás integrantes de la Orden. No se había hablado aún con la directora de Santa Anacleto, madre Fernandita Pérez, pero monseñor se comprometió a ponerla al tanto de su llegada, fax mediante, y a ordenarle que lo escuche con su reconocida y aquilatada amplitud de criterio y le ofrezca toda la colaboración que don Raimundo pudiera requerirle. El superior le recomendó especial tacto y mucha mesura en sus conversaciones con la madre Fernandita y con las hermanas del Instituto de Mujeres, pero, le dijo, conociendo las dotes de gran diplomático y caballero de don Raimundo, no dudaba de que encontraría la manera de convencer a las monjas de lo útil y piadoso de enseñar también a las niñas a usar ese adminículo tan necesario para preservar su salud en los casos frecuentes en que la resistencia de la virtud se torna inoperante. Si el operativo mar-

platense salía bien, el programa se pondría en práctica en todo el país. Los docentes que para entonces él habrá formado en ambos colegios de la ciudad balnearia, serán los encargados de difundir el plan en los demás institutos de la Orden, y don Raimundo quedaría desvinculado del programa. Le prometieron como premio un viaje a Roma para asistir, en representación de la Argentina, a un *simposium* de Historia de la Santa Iglesia.

Apabullado por la responsabilidad que le habían tirado sobre sus espaldas, pero ya predispuesto, como buen oranita, a cumplir con total eficiencia aquella insólita misión, don Raimundo hizo esa misma tarde sus valijas, telefoneó a su hijo mayor, radicado en Rochester, para informarle sobre su próximo paradero, grabó un nuevo mensaje en su contestador automático, guardó su automóvil en la cochera de su edificio de la calle Honduras y al día siguiente tomó el avión que lo llevó a la ciudad de Mar del Plata.

Ya cómodamente instalado en el hotel, comenzó a pensar en el espinoso asunto y a escribir los primeros borradores con las ideas dispersas y bastante incoherentes que se le iban ocurriendo. Esa noche durmió poco. Divagó sobre generalidades y pensó obsesivamente en pormenores. Recordó sus épocas de soltero en que también él se había dejado vencer a menudo por las tentaciones de la carne y había usado preservativos para prevenir, en aquellas épocas, las enfermedades venéreas. Por la mañana ya estaba en condiciones de iniciar las tareas preliminares de investigación, al cabo de las cuales podría volcar sus conclusiones en el primer informe a su superior.

2

PRIMER INFORME DE DON RAIMUNDO
AL SUPERIOR GENERAL

Monseñor Segismundo Bonetto: Tengo el agrado de elevar a usted este primer informe sobre los prolegómenos de la muy singular comisión que se me ha encomendado. Con vuestra conformidad, he pensado denominar al plan que habremos de desarrollar como “Salud moral y corporal del joven cristiano”.

Como usted comprenderá, monseñor, debí abocarme, antes que a otra cosa, a investigar todo aquello que se relacione con el uso del preservativo. Mi experiencia personal se remonta a mis tiempos de soltero en que, perdone usted mi atrevimiento, tuve algunas experiencias en el uso de ese, para mí, detestable adminículo. Ante todo le pido su permiso para expresarme con sinceridad y desprejuicio y evitar así circunloquios fastidiosos e innecesarios. Hablé con un farmacéutico de esta ciudad quien me mostró los forros actuales, llamativos algunos de ellos por sus colores y extrañísimas formas. Los hay lubricados, aromatzados ¡y hasta saborizados!, con protuberancias y hasta con una curiosa manita en la punta. Yo no me imaginaba que a raíz del sida, ese antiguo y, hasta no hace mucho, decadente utensilio de látex, estaría hoy tan revitalizado.

Recuerdo, monseñor, que en los años cincuenta y sesenta conocíamos al preservativo en sus dos únicas versiones de entonces: el “*Dólar*” envuelto en papel dorado, y el más moderno “*Velo rosado*”, que venía en tiras fraccionables. Luego aparecieron los japoneses en cajitas de tres unidades, algo pequeños para el estándar latino, pero que tenían la originalidad —hoy

adoptada universalmente— de venir con un apéndice en la punta para servir de sujetador y depósito.

No sé como se las arreglarán hoy los jóvenes con este objeto arcaico y aborrecible (tendré que averiguarlo para poder conversar con los adolescentes sobre su uso), pero en mi época todo era muy problemático y molesto. Por empezar era complicado comprarlo. Uno buscaba un quiosco o una farmacia donde atendiera un hombre y no hubiera mucho público cerca.

(En mi época se contaba un chiste muy gracioso: un hombre entró a una farmacia para comprar un profiláctico y como lo atendió una empleada, pidió aspirinas. Volvió minutos más tarde y otra vez la mujer. Compró jarabe para la tos. Y así una vez tras otra. Hasta que por fin tuvo suerte y lo atendió el farmacéutico. Cautamente y en voz muy baja el cliente le pidió un profiláctico. El farmacéutico se da vuelta y le grita a la mujer: “María, trae la caja”)

¿Y cuando uno ya estaba en la cama con su novia y llegaba el momento de usarlo? Colocárselo con suficiente celeridad y disimulo era engorroso. El solo hecho de interrumpir el preámbulo amoroso para tomarlo de la mesa de luz y retirarlo de su envoltorio era todo un fastidio. La chica miraba para otro lado o permanecía románticamente con los ojos cerrados. Si la manipulación se hacía al tacto, es decir, con la luz apagada o bajo las recatadas sábanas, era seguro que nos lo poníamos al revés por lo que al querer deslizar hacia abajo el anillo arrollado, la tenue goma solía enredarse y uno empezaba a ponerse nervioso. (¡Y, ay monseñor, los nervios en el amor son de traicioneros...!) Había que darlo vuelta rápidamente, pero como ya se habían desplegado algunos centímetros, quedaba una porción del forro colgando como un desinflado gorro frigio, o sea, sin ser “penetra-

do”, por decirlo así, por lo que resultaba más corto de lo que ya era.

¿Qué hacíamos en estos casos? Lo estirábamos y a veces se rompía. Y aunque no se rompiera era imposible acomodarlo; había que desecharlo y manotear otro, siempre que no fuera el único disponible.

Luego venían otros inconvenientes. Cuando el acto amoroso había finalizado, era menester deshacerse de ese objeto ahora inútil y molesto. Inútil, molesto y también peligroso, porque si uno se llegaba a dormir, aquél se deslizaba suavemente por el resbaladizo y ahora empequeñecido ámbito en el que había sido tan importante momentos antes, causando una traicionera cochina entre las sábanas.

Si en cambio el usuario era prudente y decidía sacárselo a tiempo, tenía primero que cerciorarse —con disimulo, claro— de que no se había roto. ¿Sabe cómo se hacía? Se tomaba el profiláctico por la abertura y con la otra mano se desplazaban los dedos índice y pulgar hacia la punta, de manera de palpar el aglobamiento final como prueba de que había resistido con entereza los duros embates a los que había sido sometido. Esta era la prueba de integridad profilaxial, virtud bastante infrecuente en mis épocas.

Comprobado que el forro usado no tenía pérdida, había que hacerle un nudo y dejarlo discretamente debajo de la cama. Ahora bien, si uno se levantaba con el forro puesto para ir a quitárselo en el baño, podían pasar algunas cosas igualmente ingratas: que se le desprendiera a mitad de camino, que uno lo pisara y se resbalara, o que al arrojarlo en el inodoro quedara flotando como extenuada medusa que se resiste a ir a parar a las profundidades de la hedionda cloaca. Y quedaba mal, en esa época, que la mujer, al ir al retrete, viera al forro en tan fea languidez.

Los de mi generación habíamos aprendido una técnica para salvar este último inconveniente: apretábamos primero el botón y un par de segundos después dejábamos caer el forro —sin el nudo, ese era un detalle importante— justo en el centro del remolino. Con estas precauciones el rebelde látex era fácilmente succionado por el torbellino de la descarga.

Esto, monseñor, se parece a la política. Y le diré por qué, si usted me permite una broma como final de este informe y sin que con ello pretenda dármelas ante usted de ingenioso y mucho menos de sarcástico. Como usted sabe, monseñor, en la política todos usan de forro a todos, pero sólo tienen éxito los que saben elegir y obtener el forro adecuado, los que lo usan inteligentemente, los que lo descartan en el momento exacto y, sobre todo —esto es fundamental—, los que conocen la sutil metodología para sepultarlo limpia y definitivamente en el impetuoso torrente de los sumideros políticos.

Saluda a Ud. muy atentamente, su servidor y hermano en Cristo, profesor RAIMUNDO EZEQUIEL ARGENTA.

3

FAX DE RESPUESTA DE MONSEÑOR SEGISMUNDO BONETTO

Estimadísimo don Raimundo: Su primer informe es satisfactorio. Le agradezco la simplicidad de sus conceptos y lo exhorto a continuar actuando como lo está haciendo, con franqueza, medida y gran inteligencia, bellas cualidades que siempre lo han adornado y que hacen de usted un colaborador eficiente y confiable en grados extremos. Le comunico que ya se le informó a la madre Fernandita de su presencia en esa ciudad, habiéndosele recomendado le ofrezca toda su cooperación y, en especial, su máxima comprensión. No olvide, querido amigo, que está usted en Mar del Plata en su carácter de Inspector General de Institutos Oranitas, por lo cual tiene mi autoridad frente al personal de esos colegios. Use esa autoridad con la templanza y discreción que ha demostrado tener a lo largo de su dilatado magisterio. Y sobre todo, no escatime su prodigiosa creatividad; aplíquela con toda libertad. Un saludo fraterno de quien lo aprecia y respeta.

MONSEÑOR DR. SEGISMUNDO BONETTO, SUPERIOR GENERAL DE LA ORDEN DE SAN ORAN DE CANTANZARO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA.

P.D. Su alegoría política del “detestable adminículo” me causó mucha gracia: es usted muy ingenioso y ocurrente. Aprecio su sentido del humor y lo felicito por tanta agudeza.

4

UNA REUNIÓN EN LA CANCELLERÍA ARGENTINA

Dos meses antes de la reunión entre Don Raimundo y el Consejo Superior de la Orden de San Orán, su Superior General, el teólogo Dr. Segismundo Bonetto, revestido con todos los ornamentos de su dignidad, asistía a una recepción en el Palacio San Martín del Ministerio de relaciones exteriores y culto. El cóctel tenía por objeto agasajar al nuevo nuncio apostólico recientemente designado al frente de la legación de la Santa Sede. Se hallaban en el salón de recepciones de la Cancillería, espléndidamente iluminado, además del ministro de Relaciones Exteriores y el diplomático homenajado, los arzobispos de Buenos Aires y de Córdoba, el presidente de la Conferencia Episcopal, el vicario castrense, los jefes de Estado mayor de las tres fuerzas armadas y casi todos los embajadores extranjeros.

La atmósfera del lugar era como de costumbre: muy elegante, refinadamente protocolar y colorida por los uniformes y vestimentas de los asistentes. Un conjunto de cámara ejecutaba obras de Juan Sebastián Bach; mozos ataviados con ropa negra de etiqueta y guantes blancos se desplazaban diligentemente por la roja alfombra sirviendo whisky escocés y canapés a los importantes invitados.

Monseñor Bonetto, hombre afecto al boato y sensible a las ceremonias pomposas, disfrutó de aquella velada saludando a sus antiguos amigos y conocidos del mundo diplomático. Se consideraba un privilegiado por aquella invitación, ya que si bien tenía fuertes conexiones políticas con el poder, y una vez hasta había sido saludado por el presidente de la Nación, él, co-

mo superior general de una Orden religiosa no poseía la suficiente jerarquía eclesial para recibir honores gubernamentales que son dispensados únicamente a los purpurados y altos funcionarios de la Iglesia. Sabía que el canciller lo distinguía por sus ideas avanzadas y su posición política de rechazo a la denominada Opción de la Iglesia por los pobres, que no era otra cosa, según su concepto, que la utilización impropia de la influencia moral de la Iglesia para hacer política y liderar movimientos de tendencia izquierdista.

Disfrutó del buen whisky y de un habano que le ofreció el propio canciller, “de los que recibe el presidente Menem desde Cuba, *Cohiba* en formato *Lanceros*, enviados por su amigo Fidel Castro”, le había aclarado aquél con orgullo. Ya había concluido la ceremonia central y los invitados charlaban animadamente en grupos dispersos. Los murmullos habían ido subiendo en volumen conforme bajaban las botellas de escocés y ya casi no se podía oír la bella música barroca. Bonetto, hombre locuaz y fácil de trato, se había sentado cómodamente en uno de los sillones junto al embajador de la India con quien charlaba animadamente sobre la diferencia entre la meditación trascendental de Oriente y la meditación dinámica, también llamada Control mental, inventada por el mejicano José Silva. En ese momento se le acercó una secretaria de ceremonial y le dijo unas palabras al oído. Presto, monseñor se excusó con su interlocutor, se levantó y tras acomodarse la faja morada y el solideo siguió a la empleada con paso rápido.

Lo hicieron ingresar a una sala en la que estaban, a solas, el ministro de Relaciones exteriores y el flamante nuncio apostólico. Lo recibieron efusivamente.

—Mi querido Bonetto, cuánto gusto me da volver a verlo— le dijo cálidamente el ministro mientras estrechaba por segunda vez su mano.

—El placer es mío, ministro. Le agradezco su invitación, nada podía serme más grato que saludar al amigo nuncio con quien nos conocemos desde el seminario en Roma.

El nuncio sonrió y palmeó su espalda.

—Pero ahora deberán decirme cuál es el motivo de esta reunión tan misteriosa.

—Segismundo —dijo el canciller en tono serio y con su habitual leve tartamudeo—, tenemos problemas institucionales. Las relaciones entre el gobierno y la Iglesia están pasando por su peor momento. Las parroquias se han convertido en comités políticos de oposición. Y lo más grave es que muchos obispos están actuando como verdaderos fogoneros de esta agresión.

—Si, estoy enterado. Reniego al leer los diarios por la mañana o cuando escucho por televisión a alguno de estos curas irresponsables que le faltan el respeto a las autoridades. Usted sabe, ministro, que tanto yo como mi Orden estamos en una posición distinta. En primer lugar creemos que la Iglesia no debe hacer política, y mucho menos dejarse utilizar por la oposición. ¡Precisamente por los partidarios del aborto, que defienden la vida de las ballenas y le niegan ese derecho a las criaturas humanas en gestación! Si estamos en democracia quienes tienen que decidir libremente son los ciudadanos, sin que sea ético tratar de influir sobre sus decisiones desde el púlpito.

—Por eso quería hablar con usted, Segismundo. Acá su eminencia piensa igual que nosotros y está muy preocupado. A la curia romana se le está yendo el problema de las manos. De un episcopado más bien conservador que teníamos en el país, se

nos está volviendo revolucionario ¡y en momentos de la globalización!

—Estamos efectivamente preocupados —confirmó el nuncio—, y queremos poner las cosas en su lugar, de la forma que sea.

—¿Y qué es lo que se piensa hacer?

—Mire, Segismundo —el canciller bebió un trago de su jugo de naranja—, queremos que nos ayude por su profundo conocimiento de la vida interna de la Iglesia argentina. Tenemos cuatro o cinco obispos que nos están volviendo locos. La idea es forzar la salida de sus respectivas diócesis de por lo menos dos de ellos.

—Pero ministro, ¿y la Sede Apostólica?

—No podemos pedirle eso al Papa, nos sacaría carpiendo —dijo el nuncio—, ese problema tienen que resolverlo ustedes. La Nunciatura hará lo suyo cuando estén dadas las condiciones, pero el trabajo preliminar tiene que hacerse aquí.

—Yo estoy dispuesto a cooperar, pero no veo de qué manera.

—Tenemos algunas ideas para obligar a renunciar a esos dos obispos. No importa por ahora quiénes son, pero sus diócesis son muy estratégicas. Creemos que si nos sacamos a estos dos de encima, los otros van a ser fácilmente neutralizados.

—Canciller, perdóneme, pero eso no me parece muy ortodoxo... obligar a renunciar a un obispo...

—Segismundo —lo cortó el canciller con la mejor dulzura de sus ojos azules tras sus característicos anteojos redondos—, es una cuestión de Estado. Casualmente le hablaba de usted días pasados al presidente...

—¿Le habló de mí al presidente?—. A monseñor Bonetto le brillaron los ojos.

—Bueno, no ha sido la primera vez. El presidente lo tiene en muy alta estima, Segismundo, y cada vez que se tocan temas relacionados con la Iglesia él lo menciona a usted como un ejemplo del sacerdote moderno que comprende las políticas de la globalización, precisamente por la tradición intelectual de los oranitas.

—Me siento muy honrado, ministro, pero en verdad, modestia aparte, no se equivoca el presidente. Vea, por ejemplo: nuestra Orden es la única en toda la Iglesia Universal que ha incorporado a la Ciencia Económica entre sus ramas de conocimiento obligatorio. Es por eso que vemos el problema de la pobreza desde otra óptica.

—Que es la misma óptica de este gobierno. Bueno, como le decía, Segismundo, hablábamos de usted con el presidente y éste me sugirió que lo consultara y le pidiera su colaboración. Sin compromiso, claro...

—Pero desde ya, ministro, yo no podría de ninguna manera negarme a un pedido del presidente. Tal vez si pudiera entrevistarme con él...

—Me temo que eso no es posible por ahora. Pero me anticipó que si se ganan las elecciones de 1999 ha pensado en usted para ocupar una importante función en la Secretaría de Cultos (que en breve va a ser desafectada de Cancillería para pasar a la órbita de la Presidencia), pero esto resérvelo porque es todavía muy prematuro.

Monseñor Bonetto no cabía en su beneplácito. Dentro de la estructura de la Iglesia ya no podía aspirar a cargos más altos, salvo que se muriera el prefecto general de Roma (que era más joven que él) y que Su Santidad tuviera a bien designarlo en su lugar, circunstancias ambas más que improbables. A cardenal no iba a llegar nunca porque los severos reglamentos de la Orden lo

prohíben, por lo tanto estaba condenado a permanecer en su actual jerarquía medía por el resto de sus días. Un cargo político en cambio modificaría ese tedioso panorama y le permitiría tener una vida más acorde con su temperamento activo y sociable.

—Bueno, el presidente sabe que no me muero por la figuración y que prefiero la soledad de la oración y la contemplación a las alfombras oficiales. De todas maneras me siento muy complacido por la posibilidad de ser digno de actuar en el entorno del presidente si con ello puedo hacer algo por mi país.

—Estamos seguros de eso, Segismundo —le dijo el canciller echando una mirada cómplice al nuncio que había permanecido callado y serio—. ¿Está entonces dispuesto a cooperar con la Cancillería?

—Desde luego, canciller. Usted dirá qué es lo que tengo que hacer.

—Aquí no. Este domingo voy a asistir a la misa de 8 en la basílica de San Orán. Haga los arreglos para celebrar usted. Después de la ceremonia me hace pasar a su despacho como gesto protocolar y allí, a solas usted y yo, hablamos del asunto. ¿De acuerdo? —Bonetto asintió con la cabeza—. Bien, ahora volvamos al salón para acompañar a nuestros contertulios. Estoy quedando como la mona...

5

SEGUNDO INFORME DE DON RAIMUNDO
AL SUPERIOR GENERAL

Monseñor Bonetto: Créame que me he ganado en tan sólo una semana el viaje a Roma que usted tuvo la bondad de prometerme. Hablé sobre el programa con el padre Pedro Narváez y con su equipo de docentes. ¡Si usted supiera lo que ha sido eso! Puse toda mi capacidad de persuasión para convencer a esos cerrados caballeros de que debían no sólo cooperar con lo dispuesto por la Orden sino poner todo su empeño y entusiasmo para alcanzar los objetivos trazados. A toda costa querían hablar con el obispo, con el cual, según parece, la Orden tiene algunas desinteligencias y no quieren agravar la situación. Por supuesto se los prohibí y les recordé que su primera lealtad y obediencia era con las jerarquías de la Orden, autoridad que en esos momentos yo representaba y que ellos debían acatar disciplinadamente. Bien, luego de dos reuniones en las que expuse el programa y les di todas las explicaciones que me solicitaron, el padre Narváez, que es un hombre callado pero de mucha autoridad, dio por terminado el estado deliberativo del cuerpo docente y decidió el acatamiento al programa sin más discusiones, pero impuso una condición que yo acepté porque me pareció razonable: las clases sobre el uso del preservativo las impartirán únicamente los profesores laicos. Se trata de cinco docentes de los cuales yo escogí, luego de una reunión con ellos, solamente a dos (cuyos datos le adjunto) los cuales me parecieron, por su juventud y buena predisposición, los más aptos para la misión. Hemos convenido con estos dos profesores que la asignatura «Salud moral

y corporal del joven cristiano» debe impartirse en el segundo y tercer año, que es cuando los chicos comienzan a materializar sus primeras experiencias sexuales. Según el trabajo Conductas sexuales en adolescentes escolarizados de la ciudad de Buenos Aires, realizado por el Programa de Adolescencia del Hospital de Clínicas y publicado por la revista *Viva* del diario *Clarín* del domingo pasado (19 de abril), la edad promedio del inicio sexual descendió considerablemente desde finales de la década de los setenta: *hoy para los varones es de 15 años y para las mujeres, de 16*. El 55,5 % de los varones de entre 15 y 18 años, ya se ha iniciado, mientras que sólo el 25,4 % de las chicas de esa edad lo han hecho. El 52,3 % de estos varones lo hicieron por primera vez con prostitutas o con parejas ocasionales, mientras que el 46,8 % se iniciaron con sus novias o amigas. *La revelación más preocupante de este estudio es que alrededor del 30 % de los adolescentes, tanto muchachos como chicas, no se protegieron del sida (y obviamente del riesgo del embarazo) en la primera relación sexual.*

Tendré mi primera clase con las tres divisiones de tercer año el próximo jueves. Rece usted por mí, monseñor Bonetto, porque con toda mi experiencia en las aulas de nuestros institutos, que no es poca, como a usted le consta, no sé cómo les voy a hablar a estos chicos ni qué les voy a decir.

* * *

Paso ahora a informarle sobre mis gestiones ante las hermanas del Instituto de mujeres Santa Anacleta de Saba. Le anticipo, apresurándome a aliviarlo de la angustia que seguramente está usted experimentando, que, aunque no lo crea, con las monjas tuve menos problemas que con el padre Narváez y sus religio-

sos. Para mi sorpresa, encontré en la madre Fernandita una increíble comprensión y una actitud totalmente desprejuiciada y culta. Imagínese mi perplejidad, monseñor, venía de pelear varios asaltos con los hombres del Colegio San Orán, y me preparaba, con justa prevención, para recibir un rechazo fulminante por parte de las monjas. Pero no fue así. Al principio, claro, la pobre madre Fernandita no entendía lo que yo le decía, no alcanzaba a digerir la magnitud de la propuesta. Yo, como usted comprenderá, di rodeos que más que rodeos parecían las órbitas de Saturno. Finalmente entendió, con un agónico “Ajáaaa...”, y quedó con la última vocal inmovilizada y muda en su boca. Pero mi problema fue cómo mencionar el “objeto”, no sé si me entiende. ¿Cómo le iba a nombrar al forro en alguno de sus innobles sinónimos, cuál más feo y puerco: profiláctico, preservativo, ¡condón!? Ella había entendido perfectamente el problema del sida y no hizo objeciones a que se instruyera a las chicas sobre la prevención de esta enfermedad. También entendió que se trataba concretamente de educación para que el sexo sea seguro; es más, cuando entramos en confianza me expresó su preocupación personal por el hecho de que nadie hablara con ellas sobre ese asunto, y me reconoció que no ignoraba que algunas de las chicas (no todas, me aclaró muy enfáticamente) tenían con sus novios experiencias sexuales muy variadas, desde lo que ellos llaman “transa”, consistente en simples caricias, besos y a veces masturbaciones recíprocas, hasta el acto sexual concreto. Pero yo no podía hacerle entender, eufemísticamente, claro, que se trataba de enseñar el uso del profiláctico. Finalmente tuve que decírselo: yo me ruboricé y ella se puso pálida. Quedó, comprensiblemente, algo perturbada. “¿Está seguro, profesor, que es eso lo que quiere la Orden?” Y le confieso, monseñor, que a mí me resultó muy difícil encontrar argumentos para hacerle ver

que la Orden tenía motivos muy importantes para haber tomado esa difícil y trascendental decisión. Pero la madre Fernandita es una mujer muy inteligente y muy respetuosa de la autoridad, por lo cual se allanó de inmediato al programa y me presentó a dos profesoras laicas de su máxima confianza a quienes explicó sintéticamente lo que debíamos hacer y las puso a mi disposición. Le envió también por separado los datos de estas dos docentes, mujeres jóvenes y solteras ambas, muy modernas en sus ideas y conceptos sin desmedro de su sólida fe cristiana, según me aseguró la directora. Estas dos damas de la comunidad oranita están dispuestas a trabajar para la Orden como instructoras itinerantes una vez que se formen en la materia (de eso, desafortunadamente, tendré que ocuparme yo) y hagan su propia experiencia en las aulas. En breve tendré reuniones con estas dos docentes para convenir con ellas los parámetros de las clases que dictarán a las niñas, las cuales han de ser necesariamente diferentes de las que se dicten a los varones. Tenga en cuenta este matiz fundamental, monseñor: si bien el uso del profiláctico es responsabilidad primaria del varón, si éste es reticente, como sucede asiduamente, la mujer debe saber inducirlo a que lo use. Ahora bien, ¿cómo logra esto la mujer? Hay dos maneras: una, obligándolo, bajo advertencia de negarle el acceso carnal (opción autoritaria y en principio poco femenina); otra, más humana y acorde con estos tiempos, introduciendo juegos eróticos persuasivos: por ejemplo, que sea ella quién se lo coloque al varón. Hay algunos ardides de seducción (me he documentado con abundante material bibliográfico) que se les puede enseñar a las chicas, pero eso es muy delicado y lo hablaremos muy bien con las dos docentes antes de ponerlo en práctica. Le digo, monseñor, que nunca creí que existieran tantos libros sobre la sexua-

lidad (algunos más pornográficos que científicos) como los que he descubierto en un solo paseo por la librerías de esta ciudad.

Eso es todo por ahora, monseñor. Ambos colegios me han asignado sendas oficinas para trabajar, pero por el momento prefiero hacerlo en el hotel y en un café muy cómodo y moderno que existe en la esquina de La Rioja y Rivadavia. Le adjunto facturas de doce libros y otros “elementos” adquiridos en una farmacia de esta ciudad. Le ruego deposite mi sueldo con los viáticos y el reintegro de las facturas en mi cajero automático.

Sin más por el momento, saludo a usted con toda consideración y respeto. PROFESOR RAIMUNDO EZEQUIEL ARGENTA.

6

ENCUENTRO DE DON RAIMUNDO CON
LOS ALUMNOS DE 3ER. AÑO

El aula principal del Colegio San Orán se hallaba colmada de expectantes y ruidosos alumnos de tercer año. Habían reunido a las tres divisiones de ese nivel, en total setenta y tres chicos vestidos prolijamente con pantalones grises, zapatos negros, camisa celeste, corbata azul y saco azul marino con el escudo dorado del colegio sobre el bolsillo superior.

El profesor Argenta ingresó al aula en compañía del director del establecimiento ante quien los jóvenes se pusieron respetuosamente de pie.

—Buenos días, alumnos, tomen asiento —les dijo afablemente el padre Narváez—. Quiero presentarles a nuestro inspector general, el profesor Raimundo Ezequiel Argenta quien va a hablar con ustedes sobre una nueva materia que incorporaremos a partir de hoy a nuestro programa del tercer año. La asignatura se denomina Salud moral y corporal del joven cristiano. El señor inspector estará a cargo de la clase de hoy y la del próximo jueves. En lo sucesivo tendrán otros profesores que continuarán con la materia en sus respectivas divisiones. Bien..., los dejo entonces con el profesor Argenta.

El padre Narváez se retiró del aula casi como si huyera del olor a azufre. Don Raimundo se quedó solo frente a esos setenta y tres pares de ojos que lo miraban con curiosidad y expectación.

Se sentó sobre el borde del escritorio y los miró sonriente.

—Todos me llaman don Raimundo, y mis alumnos de Buenos Aires saben que pueden decirme Raimundo a secas. Lo que está prohibido es que me digan profesor y mucho menos señor ¿estamos de acuerdo?

—Sí, señor —contestó el gracioso de la segunda división. Todos festejaron la ocurrencia con una carcajada.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó don Raimundo con una sonrisa benévola.

—Matías.

—Bien, Matías, ya que tenés buen sentido del humor vas a ser mi ayudante. Pasá al frente —todos rieron mientras Matías, ruborizado, se levantaba de su pupitre y se acercaba al profesor—; quiero que te sientes a mi lado en este escritorio, acá tenés una silla.

Matías, un chico más bien bajo y gordito, a primera vista muy simpático y sociable, se sentó con toda seriedad al lado de don Raimundo mientras sus compañeros le hacían toda clase de chanzas. A don Raimundo siempre le había dado resultado tratar con familiaridad al gracioso de la clase. Lograba controlar a los más provocadores y romper el hielo cuando se trataba de una división desconocida.

—Yo quiero hacerle algunas preguntas a Matías pero no para que lo gasten sino para que entremos amigablemente en la materia. Decime, Matías, ¿tenés novia?

—¡Uuuuuuh! —gritaron todos ensordecedoramente.

Don Raimundo acompañó las risas y luego hizo señas para que hicieran silencio. Matías, rojo como un morrón no se animaba a contestar. Se le había ido el ingenio habitual y no sabía con que chiste responder a esa inesperada pregunta. Don Raimundo lo miraba con las cejas levantadas en gesto de esperar una respuesta.

—Bueno... sí, ando con una piba.

—¡Uuuuuuh!

—Silencio, chicos, que esto es muy importante para todos —luego dirigiéndose a Matías le dijo—: ¿Cuánto hace que andás de novio?

—Y, hará... seis meses.

—Ajá, seis meses... y decime: ¿te acostaste con ella?

Matías quedó rígido mirando a don Raimundo con los ojos muy abiertos. En el aula todos los alumnos, sorprendidos por la pregunta, habían quedado en total silencio.

—¿Y...? —Insistió don Raimundo—. ¿Tuviste una experiencia sexual con tu novia o solamente *transaste* con ella?

Al oír esta palabra los chicos prorrumpieron en carcajadas.

—Perdóneme, profe... digo, don Raimundo —respondió muy serio Matías, dueño otra vez de sus ocurrencias—, eso no se lo puedo decir porque un caballero jamás deja mal parada a una mujer.

—¡Buuuuuh! ¡Chanta! ¡Andá! —gritaron los compañeros de Matías.

—Tenés razón, Matías, respeto tu punto de vista. Voy a cambiar el sentido de mi pregunta. A ver, ¿tuviste relaciones sexuales con alguna mujer?

—¡Con la del mono! —gritó otro gracioso desde el fondo del aula provocando las risas de todos los alumnos.

Don Raimundo hizo pasar al frente al nuevo chistoso que se llamaba Sebastián y era un grandote con pinta de canchero. Le ofreció su propia silla y dijo que él permanecería de pie para poder descubrir mejor a los ingeniosos, “ya que estos —ironizó—, son mis predilectos para que pasen al frente a ayudarme”.

—Bien, Matías, espero tu respuesta.

—Tuve una experiencia sexual con una mujer mayor, no con mi novia —dijo serio.

—¿Y vos, Sebastián?

En el aula habían disminuido las risas y los murmullos. Los chicos comenzaban a engancharse con el curioso diálogo de don Raimundo con sus “ayudantes”.

—Yo también tuve experiencia. Bueno, mejor dicho, varias... modestamente, ¿no? —concluyó mirando a la clase para que festejara su canchereada.

Los chicos rieron, pero con menos intensidad. Todos tenían su atención puesta en don Raimundo, quien sonriente caminaba entre los pupitres y escrutaba, mientras hacía las preguntas y escuchaba las respuestas, las caras de todas y cada uno de ellos.

—Bien, ahora les voy a hacer una pregunta a los dos. Cuando tuvieron relaciones, ¿utilizaron profilácticos?

Silencio en la clase. Matías y Sebastián, confusos, contestaron:

—No.

—Yo tampoco.

—Bien —dijo don Raimundo dirigiéndose a la clase— la pregunta ahora es para todos. Quiero que levanten la mano los que hayan tenido relaciones sexuales y a la vez haya utilizado profiláctico... A ver... ¿nadie?... vamos, anímense.

—Yo, profesor —dijo tímidamente desde la primera fila un chico delgado con aspecto de seriecito e intelectual.

—¿Tu nombre?

—Pablo.

—¿Querías contarnos cómo fue que se te ocurrió usar preservativo?

—Fue una sola vez, hace dos meses, en la casa de una prostituta. Me llevó mi hermano mayor. Yo estaba tan nervioso que

no sabía qué hacer. Ella misma me lo puso sin darme muchas explicaciones.

—Yo también usé forro —se animó a decir otro alumno—. Mi nombre es Dalmiro. Teníamos transa con una amiga dos años mayor que yo. Un día la agarré sola en su casa y me le tiré con todo. Aceptó y nos fuimos a la cama. Cuando ya estábamos por hacerlo, ella sacó un forro de la mesa de luz, lo sujetó con los dientes, por el depósito que tienen en la punta, ¿vio?, y bueno, me lo colocó... con la boca.

Don Raimundo se había quedado petrificado mirando al muchacho. Esto sí lo había sorprendido. Le preguntó:

—¿Y a vos que efecto te produjo ese procedimiento?

—Y, mire... en la transa habíamos hecho algunas cosas... ¿no? Bueno... fue algo como natural. A mi me excitó mucho. Viera qué habilidad para irlo desenrollando con los dientes. Después ella me explicó que no desconfiaba de mí, pero que era conveniente que nos cuidáramos, por el sida. Así que siempre que tenemos relaciones con mi amiga usamos forro.

Los muchachos habían quedado callados e inmóviles. Don Raimundo había logrado ya el clima que se había propuesto. Dos más se atrevieron a contar sus respectivas experiencias con el profiláctico. Pero nadie más. ¡Cuatro sobre setenta y tres! Los demás aparentemente ni habían visto un preservativo en su vida. Don Raimundo se sintió conmovido por la inocencia de aquellos casi niños. Parecían todos muy desasnados en el tema sexual, muy cancheritos, pero se notaba que la gran mayoría de ellos no sólo no había tenido ninguna experiencia sexual sino que sus primeras inquietudes hormonales recién comenzaban a perturbarlos a esta altura de sus vidas. Se hablaba mucho de los jóvenes modernos, pero en eso no diferían demasiado de los adolescentes de su propia generación. La disparidad, quizás, a favor de

los jóvenes de antes, era que en ciertas épocas del pasado hubo en el país prostíbulos legales.

Hizo regresar a sus dos “ayudantes” a sus pupitres y se dispuso a dar su clase. Les explicó qué tipo de enfermedad era el sida, las terribles y hasta ahora inexorables consecuencias de quienes la padecían; cómo el HIV afectaba al sistema inmunológico y de qué forma morían los enfermos, afectados por distintos tipos de infecciones en un lento y penoso proceso de decadencia física y declinación generalizada. Les habló también de las formas de contagio, la más importante de las cuales era la transmisión sexual.

No pudo dejar de mencionar con claridad los preceptos de la Iglesia y les recordó el sexto mandamiento:

—El sexto mandamiento concierne a todo el género humano, cuya reproducción tiene necesidad de una particular consagración y regla moral que consiste en el recto orden de la actividad sexual y en la sacralidad del matrimonio. Por eso el sexto mandamiento es: “No cometerás adulterio”. Es decir, la expresión verbal de este mandamiento se refiere a una forma de violación del recto orden de la actividad sexual y no alude a la simple fornicación, que, como tema de prohibición divina y de ilicitud moral, aparecerá explícitamente en el Nuevo Testamento. Por lo tanto, jóvenes, ustedes como cristianos están obligados a canalizar todas sus energías hacia el estudio, los deportes y los altos ideales, evitando pensar obsesivamente en el sexo hasta que formen una familia cristiana. Esto que les digo parece contradictorio con las clases que les vamos a dar. Pero no lo es. Nosotros les enseñamos a ser virtuosos, depende de ustedes serlo o no, nosotros podemos orientarlos, pero no juzgarlos. Lo que sí podemos y debemos hacer es advertirles que si deciden practicar el sexo se exponen a muchos peligros. Uno de ellos es el sida. El

Colegio no quiere inducirlos con esto a que realicen esa experiencia que muchos de ustedes todavía no conocen. El Colegio quiere que si lo hacen cuiden su salud y la de los demás, que sean responsables, que eviten la promiscuidad, que en todo caso reivindiquen la fidelidad a una sola pareja, es decir, que cumplan por lo menos el sentido más profundo del sexto mandamiento de Dios: no cometan adulterio, ni con la novia o la amiga de hoy ni con la esposa del futuro. Para toda relación sexual auténtica se requieren amor y respeto recíprocos.

Sonó el timbre. Ninguno de los muchachos se movió. Parecían como hipnotizados ante la retórica fluida y motivadora de don Raimundo.

—Bien, por hoy terminamos. El próximo jueves continuamos. Hasta el jueves.

7

NOTICIAS POLÍTICAS

El mes de abril de 1998 trajo importantes acontecimientos para la Argentina: grandes inundaciones en muchas provincias, arresto de jueces corruptos y de ricos empresarios acusados de evasión fiscal, un severo enfrentamiento con el Fondo Monetario Internacional por incumplimientos por parte del gobierno nacional de la Carta Intención firmada con ese organismo para la obtención de las facilidades extendidas, y la derogación en Buenos Aires de los Edictos Policiales y su reemplazo por un Código de Convivencia Urbana en el cual se eliminaron, para disgusto e indignación de muchos ciudadanos, las sanciones a la prostitución callejera y al travestismo público. Pero la noticia más destacable fue una carta del Papa Juan Pablo II con grandes e impensados elogios hacia el presidente de la Nación.

Este gesto del Papa se conoció justo el día en que el Episcopado Argentino inició su 75ª Asamblea plenaria, y se sabía que muchos obispos presionarían para que el cuerpo pastoral emitiera un severo documento crítico por la situación social.

El 21 de abril de 1998 Monseñor Segismundo Bonetto leía los diarios con una sonrisa de satisfacción. *Ámbito Financiero* había titulado así la noticia de la sorprendente carta del Papa:

“ANTÍDOTO EPISCOPAL: EL PRESIDENTE MENEM RECIBIÓ ELOGIOS DEL PAPADO. SE ESPERA QUE LA CARTA DE JUAN PABLO II INHIBA CRÍTICAS DE LOS OBISPOS LOCALES”

“Acaso nunca un comunicado del Vaticano fue tan oportuno para un gobierno argentino como el que recibió ayer el presidente de la Nación con saluciones del jefe de la Iglesia Católica —decía la nota, releída una y otra vez por el superior de los Oranitas—. Es que para el oficialismo esa carta promete si no inhibir, por lo menos compensar cualquier pronunciamiento irritante de la Conferencia Episcopal Argentina, que estará sesionando hasta el sábado próximo y desde la que algunos anticipan alguna declaración no del todo elogiosa para la administración.

“La misiva de Juan Pablo II, responde a los saludos pascales que había dirigido el doctor Carlos Saúl Menem al papado. Si bien el mensaje tiene características formales, en los despachos del gobierno se subrayaban ayer los matices más cálidos referidos al presidente.

“Por ejemplo, el que dice «...he apreciado las expresiones de disponibilidad para seguir sirviendo a sus conciudadanos, mientras el país, habiendo consolidado ya sus instituciones democráticas, está empeñado en fomentar el progreso espiritual y material de la población». Y también este espaldarazo papal: «Al respecto, resultan encomiables los esfuerzos realizados para elevar las condiciones de vida de todos los ciudadanos argentinos».

“Enseguida el Sumo Pontífice elogió la política del presidente que más luce a los ojos del Vaticano, es decir, la militancia en contra de la despenalización del aborto. «En este contexto —dice el Papa— es digna de especial mención la voluntad del gobierno de reforzar la institución familiar, favoreciendo la defensa de la vida humana desde su concepción. Este es un loable compromiso que la República Argentina ha mantenido tanto dentro del país como en las conferencias regionales y mundiales,

colaborando especialmente con esta Sede Apostólica cuando ha sido necesario para reafirmar el derecho inalienable del ser humano aún no nacido y promover una auténtica cultura de la vida».

“La referencia es el último fruto de la prédica antiabortista del oficialismo, que la semana pasada también recibió los elogios del representante del Vaticano ante las Naciones Unidas. Las posturas del gobierno, tan ligadas a la doctrina católica, representan para el Vaticano lo que el envío de las naves al Golfo Pérsico en 1991 representó para los Estados Unidos.

“Conocido el saludo del Papa, el oficialismo espera que tenga efecto sobre los obispos reunidos en asamblea. ¿Serán capaces de pronunciarse en forma tan adversa sobre el gobierno que terminen desmintiendo a su jefe universal?

“No es una postura novedosa. Hace un par de años, el receptor inmediato de esta carta de Juan Pablo II, el embajador argentino ante la Santa Sede, también movió una pieza a favor de que el Papa desautorizara en alguna medida a los obispos críticos del gobierno. Fue cuando, con motivo de una visita «ad limina» de cuarenta prelados a Roma, consiguió que el Papa a través de su vocero corrigiera una declaración crítica sobre la desocupación en la Argentina, en el sentido de que había sido pensada con referencia al problema mundial del desempleo.

“Empeñado en conseguir un santo argentino —concluye irónicamente el diario—, acaso el gobierno deba pensar en su embajador ante el Vaticano, aunque para algunos esto llame a escándalos, por su probada capacidad de hacer milagros”

Monseñor Bonetto rió a carcajadas al leer este humorístico final. Era íntimo amigo del embajador, y sabía que éste era muy capaz de hacer estos “milagros” diplomáticos.

Llamó por teléfono a la Cancillería y logró comunicarse con el ministro de Relaciones Exteriores.

—¡Felicitaciones mi amigo! ¿Cómo lo consiguió?

—Gracias, Segismundo. Usted sabe que “Cacho” consigue lo imposible. ¿Quién podría negar que lo tiene a Dios de su lado?

—Los obispos están furiosos, pero reconocen que los madrugaron. Dele la buena nueva al presidente: van a moderar sus declaraciones para no contradecir al Papa. Me acabo de comunicar con monseñor Stanlevich, ¿lo conoce?

—Sí, claro, es de los nuestros.

—Sí, me dijo que ha disfrutado con la desorientación de los obispos cuando leyeron los diarios. A uno le subió la presión y tuvieron que medicarlo.

—¿Quién, quién...?

—No se lo puedo decir.

—¿Qué van a declarar?

—Generalidades, recomendaciones morales y palabras de aliento para los inundados. El documento contendrá una sola frase relacionada con la política, escuche: “Es tan malo vivir sin ley como manipularla para intereses sectoriales o reducirla al mero consenso como norma de vida” ¿Qué me cuenta, ministro?

—A la flauta, ¿y eso qué quiere decir?

—Nadie lo sabrá jamás, es una hermosa frase que no dice nada. Usted sabe que la Iglesia es maestra para construir declaraciones ambiguas.

—Bueno, los diarios y los políticos se encargarán de dar sus propias interpretaciones. ¿Seguro que eso va a ser todo?

—Totalmente seguro.

—Qué zafada, ¿no? Gracias por la información. ¿Cómo va lo nuestro?

—Bien, canciller, todo está saliendo como lo planeamos.

—Me alegro, Segismundo. Ya sabe, cuando se necesiten los contactos periodísticos para hacer explotar la bomba, me chifla. Pero para entonces tiene que estar todo bien armado.

—Descuide, todo va a salir bien. Pero usted no se olvide de mi entrevista con el presidente...

—No me olvido, pronto tendré novedades.

—Bueno, adiós ministro.

—Que Dios lo bendiga, Segismundo.

8

DON RAIMUNDO CONVERSA CON LAS PROFESORAS

A don Raimundo lo esperaba una de las partes más difíciles de su misión: coordinar con las dos profesoras de Santa Anacleta el contenido de las clases de “Salud moral y corporal de la joven cristiana” que aquéllas comenzarían a dictar en el colegio de mujeres la semana próxima.

Se encontró con las dos mujeres en la confitería céntrica en la cual se había habituado a trabajar. Una de ellas era Viviana Consortti, profesora de filosofía de 38 años, alta, de rasgos duros y una mirada ligeramente desdeñosa. La otra era Griselda Telemán, socióloga, profesora de ciencias de la comunicación, de 32 años, de estatura medía, delgada, de cabello castaño, ojos verdes y un ligero entrecejo que le daba a su rostro una expresión de tristeza y gran dulzura. Las dos mujeres eran solteras y vivían con sus respectivos padres.

Don Raimundo había quedado muy impresionado con estas jóvenes docentes. Ninguna de las dos le había parecido inicialmente demasiado linda, pero resultaban atractivas por sus cuerpos bien modelados (ambas hacían gimnasia con aparatos) y por la cultura que trasuntaban en sus gestos y en sus palabras. Desde que había enviudado, hacía casi cuatro años, no miraba casi a mujeres. Extrañaba todavía a su esposa fallecida, y en los momentos en que la soledad lo golpeaba, o las hormonas lo acosaban con impulsos corporales traicioneros, él redoblaba sus esfuerzos intelectuales, practicaba tenis con sus amigos o hacía viajes relámpago a los Estados Unidos para visitar a sus hijos. Lograba superar así esos instantes de depresión y de peligrosa

inquietud física. No se consideraba viejo, pero tampoco le parecía que estaba en edad para tener aventuras amorosas. Por otra parte no quería volver a casarse y se proponía vivir con decoro y conducta cristiana por el resto de su vida.

Las dos profesoras de Santa Anacleta eran las primeras mujeres con las cuales iba a trabajar en muchos años. Cuando llegó a la confitería las vio desde afuera tomando té mientras charlaban animadamente. Las contempló por un instante con curiosidad. Las dos estaban vestidas con pantalones y zapatillas deportivas blancas. Parecían más jóvenes y bonitas de lo que eran, aunque tal vez por cierto aire intelectual que las envolvía no resultaban atractivas a los hombres en general. Eran el tipo de esas profesionales universitarias solteras a quienes les van pasando los años sin que los hombres se animen a acercárseles, quizás por que se sienten intimidados por sus importantes grados académicos.

—Buenas tardes, chicas —saludó don Raimundo.

—Hola Raimundo, estábamos hablando de vos —le respondió Viviana.

—Hola —lo saludó Griselda—, nos preguntábamos como te había ido con los chicos de San Orán.

—No me hablen —contestó don Raimundo mientras se sentaba y acomodaba sus carpetas sobre una silla desocupada—. Mozo, un café, por favor. Ya les voy a contar. Fue un momento difícil, aunque creo que todo salió bien. Sin embargo, les confieso que me es más difícil hablar ahora con ustedes...

—Raimundo, que no se diga. Si con nosotras podés hablar con toda confianza que no nos vamos a asustar —dijo la mayor de las mujeres, esforzándose en mejorar su desdeñosa cara incorporándole el útil aditivo de una amplia y forzada sonrisa.

—Bueno, muchas gracias por tu estímulo —respondió don Raimundo con su habitual cortesía—, pero les confieso que hace mucho tiempo que no hablo con mujeres sobre estas cosas.

—Vamos, Raimundo —bromeó Griselda—, que no estás tratando de llevarnos a la cama sino de enseñarnos cómo dictar unas clases sobre temas sexuales.

—Sí, tenés razón, Griselda, creo que con la ayuda de ustedes me voy a animar.

Raimundo les narró las alternativas de su diálogo con las tres divisiones de alumnos de tercer año de San Orán. A medida que avanzaba en su relato se fueron disipando los nervios y las inhibiciones iniciales y los tres entraron en ambiente. No ahorró detalles y las mujeres se rieron a carcajadas cuando les contó lo de la chica que le colocó el forro al muchacho con la boca.

—Yo no lo podía creer. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

—Bueno, no te sorprendas —dijo Griselda—, yo soy más joven que vos y sin embargo nunca había oído algo parecido. Con Viviana hemos estado leyendo mucho sobre el sida, sobre el sexo y también sobre la opinión de la Iglesia, para poder amalgamar las tres cosas. Te digo que no es nada fácil...

—¿Cómo vamos a aconsejarles a las chicas que sean virtuosas y al mismo tiempo que usen preservativo? —preguntó Viviana con fingida ingenuidad.

—Bueno, ese es el punto —dijo Raimundo—. Yo creo que a las niñas hoy hay que darles la opción de elegir su vida. Hay que decirles: este es el camino cristiano, esta es la doctrina de la Iglesia, el orden fijado por Dios para el encuentro de dos sexos. Ustedes deben decidir si lo aceptan o no. Si quieren conservar la virginidad hasta el matrimonio, no se avergüencen por ello, al contrario, la virginidad es una virtud que debe enorgullecerlas, siempre que sea el resultado deseado de una elección libre y per-

sonalísima. Pero si optan por entregarse a un hombre, cumplan con estas dos condiciones elementales de respeto por ustedes mismas: primero, no lo hagan con cualquiera. Lo peor que podrían hacer es regalarse al primero que aparezca. La mujer nunca se debe regalar. Quien la posea tiene que ser alguien que lo merezca, un chico a quien amen profundamente; y segundo, tomen las debidas precauciones para no enfermarse y también... para no embarazarse.

Se hizo un silencio. Las dos mujeres se lo quedaron mirando sorprendidas. Hasta ese momento sólo se había hablado del sida, pero ahora surgía también la conveniencia de evitar un embarazo no deseado, y esto evidentemente contrariaba la doctrina de la Iglesia.

—Porque no podemos limitarnos a los contagios —remató don Raimundo luego de una breve pausa—. Un embarazo de una chica de quince años también es un drama para ellas y sus familias.

—Sí, pero estaríamos promoviendo el control de la natalidad...

—De acuerdo. Esa es la causa más impopular de la Iglesia. Y hay que reconocer que a la Iglesia nunca la asustaron las causas impopulares. Ahora analicemos esto: ¿Tuvo alguna vez la Iglesia argumentos racionales o teológicos convincentes para sostener su oposición al control de la natalidad?

—La doctrina se basa en las Escrituras y en la Ley Natural... —opinó Griselda.

—Vos has estudiado teología, Griselda. Analicemos el problema. Ya en el Génesis se habla de la unión entre el hombre y la mujer: “Creó, pues, Dios al hombre a su imagen. Y los bendijo y díjoles: procread y multiplicaos”. En todo el Antiguo Testamento se pone el acento en el aspecto procreativo del matri-

monio, con una excepción sorprendente, la del Cantar de los cantares, donde toda la atención se concentra en la placentera compañía de los dos amantes.

—Es cierto —asintió Griselda con entusiasmo—, pero en el Nuevo Testamento siempre está implícito el fin procreador del matrimonio.

—Pero en la interpretación controvertida de San Agustín. San Pablo en Corintios se refiere a las relaciones entre casados y nada dice del fin procreativo. Dice San Pablo algo así: “Bien le está al hombre no tocar mujer; con todo, por razón de las fornicaciones, cada uno conserve su propia mujer, y cada una conserve su propio marido. El marido a la mujer páguele lo que le es debido (se refiere a los deseos sexuales de la mujer), e igualmente también la mujer al marido. Porque la mujer no es dueña de su propio cuerpo, sino el marido; e igualmente tampoco el marido es dueño de su propio cuerpo, sino la mujer. No os defraudéis el uno al otro, a no ser de común acuerdo (se refiere a la abstinencia voluntaria) y por un tiempo, con el fin de dedicaros a la oración, y luego tornar a juntaros, no sea que os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia”.

—San Pablo dice algo más —agregó Griselda, mientras Viviana, sorprendida y en silencio, escuchaba ese culto diálogo entre los dos estudiosos de la teología— y es muy gracioso. Afirma que idealmente el estado de virginidad es superior al del matrimonio, pero reconoce que para la mayoría de los cristianos el matrimonio es la solución más segura. San Pablo, ya viejo, recomienda a las viudas jóvenes que permanecieran célibes y sólo se casaran si no podían controlarse. Es evidente que Pablo no le tenía mucho miedo a la carne, ni anteponía la reproducción al sexo.

—El que cambió las cosas fue San Agustín con quien, según opinión de los teólogos de nuestra Orden, la teología del matrimonio tomó un camino equivocado y permaneció así durante siglos.

—Así es —continuó Griselda—, la exégesis que hace San Agustín de los textos de las Escrituras es inconcebible. Los tres fundamentos que San Agustín ve en el matrimonio están todos en las Escrituras y son...

—*Prole, fides, sacramentum* —interrumpió exultante don Raimundo.

—Es decir: descendencia, fe y voto simbólico y sagrado —tradujo Griselda en un alarde de erudición—. O sea que las relaciones sexuales se permiten sólo a la luz de los otros dos aspectos: para proporcionar descendencia (*prole*) y para prevenir el adulterio de una de las partes (*fides*).

—Lo cual equivale a decir que para bien del aspecto sacramental, sería mucho mejor que el esposo y la esposa pudieran vivir en continencia completa.

Los tres rieron.

—Pero eso no es nada —afirmó Raimundo— ¿Y lo de Hugo San Víctor?

—El gran teólogo de la tradición agustina en la Edad Media.

—Así es. ¿Saben qué llevo a decir en su cerrada interpretación de San Agustín? Que el contrato matrimonial no incluye *per se* el derecho a la relación sexual. Mientras para San Pablo, tanto el esposo como la esposa tienen plenos derechos sobre los cuerpos de cada cual, San Agustín restringe esos derechos al exclusivo propósito de la procreación.

—Pero fijate, Raimundo, que la doctrina de Pablo persistió en la teología medieval. Para Santo Tomás hay dos casos en los que el coito está libre de pecado: para procrear o para dar a su

consorte lo que él llama “su débito”, cuando él o ella lo reclamen. O sea, cuando él o ella tiene ganas, el otro le tiene que dar y dejarlo satisfecho. Es decir, para Santo Tomás los dos objetivos son legítimos. Pero en cambio para San Agustín todos los deseos y placeres sexuales son intrínsecamente malos.

—¡Estoy asombrada! —exclamó Viviana luego de escuchar tan apasionado intercambio de opiniones coincidentes entre Raimundo y Griselda—, ¡Cuánto que saben ustedes! Esto sí que no es charla de café.

—Sinceramente es un desahogo para mí —confesó entre risas Griselda—: es la primera vez que puedo hablar con alguien sobre este tema. A las monjas no se les puede ni insinuar nada de esto, y a mis amigos, creyentes o agnósticos, no les interesa lo que opinaban Pablo o Agustín sobre el sexo. A ellos —rió— sólo les importa el sexo.

—Y yo —dijo Raimundo— he hablado sobre esto con muchos sacerdotes de la Orden, pero jamás había conocido una mujer que dominara el tema tan profundamente. Es infrecuente que se sepa que toda la teoría de Agustín sobre el pecado original está impregnada de esta extraña aversión sexual. Muy pocos estudiosos lo entienden así. Te felicito, Griselda, me has sorprendido.

—Bueno, yo he estudiado los tratados de Louis Dupre, de Casimiro Tamara, de Francis J. Connell y de otros teólogos de la Iglesia. He conseguido mucho material en la biblioteca de la Orden en Buenos Aires. Según estos pensadores, para San Agustín la esencia del pecado original es la concupiscencia y es transmitido a las nuevas generaciones a través del deseo sexual durante el acto de la concepción.

—A ver, ¿y hasta cuándo prevaleció esta doctrina? —preguntó Raimundo en actitud de quien toma un examen.

—Hasta el siglo XI, cuando San Anselmo la reemplazó por su definición del pecado original como la ausencia culpable de la justicia original.

—¡Muy bien, diez puntos! —exclamó don Raimundo con admiración.

—Gracias, pero el tema es apasionante.

—Bueno, ¿por qué no vuelven de su ensueño y hablamos del derecho natural, que es lo que vamos a tener que hablar con las chicas? —propuso Viviana.

—Bien —dijo don Raimundo—, recapitulemos. Propongo repasar las condenaciones de que se hizo objeto en el pasado al control artificial de la natalidad. Empecemos por Pío XI. Este pontífice escribió en su encíclica que cualquier uso del matrimonio ejercido de tal modo que el acto se vea frustrado deliberadamente en su poder natural de engendrar la vida es un delito contra la ley de Dios y de la naturaleza, y aquellos que lo cometan son culpables de un gran pecado. Ahora bien, pregunto ¿esa declaración debe considerarse infalible?

—Es discutible. Se considera en términos generales que las encíclicas papales son definiciones *ex cátedra* —afirmó convencida Griselda.

—Eso quiere decir que no es dogma de fe, ¿verdad? —preguntó Viviana.

—Así es —contestó Raimundo—, sería doctrina solemne pero no infalible, por lo cual puede intelectualmente cuestionarse. Pero algunos teólogos muy importantes han afirmado que esa encíclica debe considerarse infalible. Hay otras importantes opiniones, por ejemplo, la de San Alfonso, que escribe: “Es pecado hacer cualquier cosa que durante o después del acto matrimonial impida la concepción o que expulse el semen concebido”. Más

terminante es aún la opinión de Cayetano quien asegura que un acto que impide la concepción es un pecado contra la naturaleza.

—Pero en definitiva, hay que analizar seriamente el problema desde el punto de vista religioso —intervino Viviana—. En general los maestros de la teología moral admiten abiertamente que los argumentos «rationales» en contra del control de la natalidad no son convincentes, pero al mismo tiempo sostienen que la posición de la Iglesia se basa enteramente en la razón. La Iglesia, en lugar de ponerse a trabajar con argumentos que tengan sentido para el hombre actual, que vive después de Hume, Hegel y Kant, se limita simplemente a reiterar una prueba que ya se daba por concluida y cerrada por completo antes de que surgiera en filosofía el problema de Dios.

—Bien, apareció la profesora de filosofía —interrumpió Griselda. Viviana continuó:

—El Concilio Vaticano enseña que la existencia de Dios se puede probar por medio de la luz de la razón; *ergo*, yo puedo probarlo, aunque mi uso de razón haya sido mínimo. Pero la Iglesia hace a un lado a los filósofos, que son los que deben discutir la cuestión, y apenas si los llama «adversarios». Si la gente no se convence con estos argumentos, se la amenaza diciéndole que cualquier otra interpretación no se ajusta a la doctrina infalible de la Iglesia. ¿En qué quedamos? El Concilio pide que seamos racionales pero la Iglesia nos obliga a desoír las deducciones de nuestra mente con el máximo desprecio del intelecto del hombre.

Don Raimundo se sintió pasmado por la enfática defensa de la razón que hacía la profesora Viviana Consortti. Le llamó la atención que una mujer de fe se sintiera íntimamente asfixiada por las intolerancias intelectuales de la Iglesia.

—Algunas veces me he preguntado —dijo don Raimundo— si esta insistencia sobre la ley natural como pretexto para prohibir el control de la natalidad no es debido simplemente a la ausencia, en las Sagradas Escrituras, de todo argumento válido para defender la posición católica.

—Pero concretamente —dijo Griselda—, ¿cuál es el argumento más común basado en la ley natural? Éste, a ver si estás de acuerdo, Raimundo: que es malo separar un acto que persigue un bien de vital importancia, de su fin natural. La premisa secundaria afirma entonces que con el uso de anticonceptivos el acto matrimonial es frustrado siempre en su fin natural. Por lo tanto la conclusión es que siempre es moralmente malo usar anticonceptivos: un pecado mortal.

—*Malitia huius peccati in eo est quod completus usus venerorum seiungitur a fine suo naturali*— dijo en impecable latín don Raimundo.

—“El mal moral de este pecado —tradujo Griselda volviendo a maravillarse a don Raimundo— consiste en el hecho de que el uso completo de la sexualidad es separado de su fin natural”. Génicot-Salsmans, *Institutiones Theologiae Moralis*, si no me equivoco, Volumen II.

Griselda miró a don Raimundo con una sonrisa triunfante. Este se había quedado mirándola con los ojos muy abiertos y cara de asombro, moviendo la cabeza de arriba hacia abajo con gesto de decir: “¡Cómo sabe esta mujer!”. Griselda, animada por el efecto que causaba sobre el profesor, continuó:

—Pero avancemos. Las argumentaciones de la ley natural fueron perdiendo influencia con el tiempo, por lo cual se intentaron nuevos enfoques para resolver el problema del control artificial de la natalidad. Así se incursionó en el campo de la psicología. Los padres John McHugh y Charles J. Callan escriben en

su libro sobre teología moral que el esposo y la esposa que realizan prácticas anticonceptivas no pueden sentir el respeto mutuo que deberían tener: la esposa es tratada como una prostituta, en vez de ser honrada como esposa y madre y el esposo se brutaliza por la supresión de todo freno natural para su pasión sexual. Argumento más bien pobre y hasta divorciado de la realidad. Freud al principio estuvo a favor de la anticoncepción; más tarde escribió en contra de ella. Es que no hay ninguna posición inamovible al juzgar los problemas morales. El psicólogo actúa en un nivel empírico. Sus conclusiones, por lo tanto, nunca pueden resolver un problema de normativa moral.

—Louis Dupre, que vos has leído, llega a las siguientes conclusiones —dijo Raimundo—: afirma que construir un argumento contra la anticoncepción en base a la santidad de la naturaleza es sacar el acto sexual de la esfera humana; y luego sostiene que el argumento que se funda en el fin biológico del acto sexual es igualmente insatisfactorio, porque ese fin biológico es una faceta más del fin total del hombre, entre las muchas que abarcan el bienestar esencial de la persona humana. Lo que hace sagrado al acto es esa finalidad total y no una de sus parcialidades. El cristianismo, dice este pensador, es una religión difícil, pero no es simplista. Instituyó un código moral más elevado que el de cualquiera de los sistemas éticos de todos los tiempos. Pero, al mismo tiempo, adoptó siempre un criterio completamente realista sobre la naturaleza humana y sus limitaciones. En resumen, nuestra Orden tiene el problema resuelto: la anticoncepción no es por sí misma una ofensa a Dios ni a la naturaleza. Pero es la Iglesia universal la que debe dar la respuesta final. Y hasta ahora no hemos logrado que se nos escuche. Quizás un próximo concilio defina esta cuestión y lleve alivio a millones de católicos que sienten hoy la angustia de no estar en paz con su Iglesia.

—Yo comparto esas conclusiones —dijo Griselda.

—Yo también, y me alegro de haber conversado esto con ustedes. Me han aclarado muchas dudas —comentó Viviana quien había recuperado sus desdeñosos rasgos—, pero entretanto, ¿nos largamos con este asunto con las chicas del Colegio?

—Mirá —razonó don Raimundo—, el eje de la cuestión tiene que ser cuidarse del contagio. La anticoncepción debe mencionarse muy al pasar sin mayores comentarios. Es cuestión de tacto. Deben hablar con las chicas de manera que sus inquietudes y curiosidades queden satisfechas, ya que de otro modo llevarían el problema a sus hogares y eso podría crearnos problemas.

—Bien, se ha hecho tarde. Creo que las cosas han quedado claras.

—Preparen la primera clase y luego la analizamos antes de llevarla al aula. Les propongo otra reunión para este viernes.

Don Raimundo pagó la consumición y ya en la puerta de la confitería se despidió de las mujeres con un beso. Se fue caminando hasta su hotel. Era de noche. Se sentía satisfecho por la grata e inteligente charla que había tenido con aquellas dos encantadoras señoritas.

9

GRISELDA ANTE LA ENFERMEDAD DE SU PADRE

Luego de despedirse de don Raimundo y de Viviana, Griselda se dirigió rápidamente a la clínica en la cual se hallaba internado su padre con un cuadro de cáncer terminal. La interesante reunión la había distraído por un momento de la enorme preocupación que la agobiaba. El penoso proceso de debilitamiento y degradación que consumía a su padre la destrozaba anímicamente. Hacía más de seis meses que le habían diagnosticado el terrible mal, ya en una fase avanzada, y tras sucesivas internaciones y breves períodos de mejoría en los que había intentado reiniciar una vida normal en su casa, había ido decayendo hasta quedar hecho un triste remedo del hombre que había sido. En esta última internación, el médico le había informado a la familia que el paciente ya estaba en el final, que no se podía hacer otra cosa que aliviarle el dolor con potentes analgésicos.

Al llegar a la puerta principal de la clínica experimentó el mismo ahogo de todos los días, la misma opresión en el estómago. Ya en el ascensor, el corazón se le aceleró y le palpitó en la garganta. Era el temor cotidiano de encontrarse con una realidad más desagradable que la del día anterior.

En la habitación del tercer piso estaban su madre y su hermana mayor.

—¿Cómo estuvo hoy? —preguntó ansiosa.

—Malísimamente —le contestó la madre—, lo peor es que no sabemos qué decirle. Quiere que lo operen, que le hagan algo. Es muy difícil mantenerlo engañado...

—¿Está despierto?

—No —respondió la hermana—, le acaban de dar un calmante y un sedante para que pueda dormir. El médico debe de estar por venir. ¿Vos te quedás toda la noche, no?

—Sí. Que alguien venga mañana a las siete porque tengo que estar en el colegio temprano.

—Rodolfo va a estar a esa hora.

—Bueno, váyanse a descansar. Yo ya no me muevo de aquí.

Acompañó a su hermana y a su madre hasta el ascensor y regresó junto a su padre que dormía con agitación. Revisó el goteo del suero y se sentó junto a la cama. Miró a su padre con amargura. ¿Qué ha quedado de aquel hombre fuerte, protector, lleno de vitalidad, que de pequeña la llevaba a pescar de madrugada y luego la ayudaba con los deberes de la escuela? ¿Dónde está ese padre indulgente y comprensivo que, más que su madre, había sido su confidente y consejero en todas las crisis e incertidumbres de su adolescencia? Tenía frente a sí a un anciano exangüe, casi irreconocible, tan descarnado que parecía ya un cadáver. No pudo contener un sollozo. El padre entreabrió los ojos.

—¿Quién...? Ah, sos vos Griselda —sonrió levemente al reconocer a su hija preferida.

—Hola, papá —dijo Griselda sonándose le nariz para disimular—; me agarré un resfrío bárbaro. ¿Cómo estuviste hoy?

—Mal, mal, cada vez peor. No puedo seguir así. Le dije a tu madre que quiero que me operen. Marcelo habló de eso, ¿te acordás? Algo hay que hacer, porque no soporto esta situación.

—Bueno, papá. Voy a hablar con Marcelo no bien venga y le voy a decir que te opere. ¿Vos estás dispuesto a correr los riesgos de una intervención?

—Sí, sí. Cualquier cosa menos esto.

—Bien, entonces quedate tranquilo que voy a hacer los arreglos para que te operen cuanto antes.

El señor Telemán cerró los ojos aunque permaneció despierto.

A los pocos minutos se abrió la puerta y se asomó el doctor Marcelo Arias, médico y amigo de la familia.

—¿Cómo está el enfermo? —saludó con tono de buena onda, mirando con una sonrisa al señor Telemán, quien débilmente le tendió su mano huesuda y temblorosa.

—Decidido a operarme— le contestó el enfermo en forma casi inaudible. Ya lo hablé con mi hija.

—Pero me parece muy bien, ¿qué tal Griselda?

—¿Cómo estás, Marcelo? Tengo que hablar con vos...

—Esperame afuera. Reviso a tu papá y te veo.

Griselda salió de la habitación y caminó por los deprimentes pasillos con olor a cloro. Se distrajo entreviendo enfermos y parturientas por las puertas entornadas de las penumbrosas habitaciones. A los quince minutos el médico se encontró con ella. Tenía una expresión sombría en sus ojos. Era muy amigo del señor Telemán y le causaba mucha aflicción verlo morir sin poder hacer nada por él.

—Me imagino, Marcelo —le dijo Griselda con una débil sonrisa —que para vos venir aquí todos los días debe de ser tan penoso como para nosotros.

—No debería decirlo, pero es así. Los médicos nunca nos acostumbramos a la muerte. Nos deprimimos como cualquiera ante un cuadro irreversible. Le dije a don Marcos que en uno o dos días lo operamos y que va a quedar como nuevo. Pobre, creo que se quedó tranquilo.

—Marcelo —lo interrumpió Griselda tomándolo por un brazo—, está sufriendo mucho, no puedo verlo así...

—Mirá, Griselda. No podemos hacer absolutamente nada. Le estamos dando calmantes cada vez más fuertes, pero está lúcido y creo que sospecha que está muriendo. No solamente sufre por el proceso de la metástasis sino anímicamente. Y lamentablemente sólo podemos engañarlo y esperar que Dios se lo lleve cuanto antes.

—Pero, sabés, Marcelo..., papá confía tanto en mí, está seguro de que yo voy a luchar por su recuperación, y entretanto... lo estoy dejando morir.

—Operarlo sería una carnicería, absolutamente sin ninguna esperanza... no hay alternativas...

—Si al menos estuviera inconsciente...

—Mirá Griselda, podemos mantenerlo dormido, si vos estás de acuerdo.

—Pero...

—No sé cuánto tiempo le queda. Tal vez quince días, un mes. Su corazón resiste, por eso su agonía puede dilatarse cruelmente. Pero eso no es vida, por el amor de Dios. Cada día va a estar peor, su estado se agravará progresivamente y va a sufrir cada vez más, física y espiritualmente. Puedo darle *diazepam* en el suero para mantenerlo en un sueño profundo.

—¿Pero no estaríamos acelerando su muerte?

—La combinación de drogas para calmarlo y mantenerlo dormido termina por provocarle un paro cardiorespiratorio. Sí, eso es inevitable. Tal vez de esta manera muera una semana antes. Pero le habremos evitado terribles padecimientos. Este es un dilema ético muy difícil para nosotros los médicos. Por eso necesitamos que algún familiar nos respalde. Otra cosa no puedo ofrecerte.

Griselda se quedó en silencio, pensativa.

—Marcelo —dijo finalmente—, quiero que lo hagas. Yo me hago cargo de toda la responsabilidad. Mamá y mi hermana no tienen por qué saberlo. A ellas les diremos que entró en estado de coma. No quiero que sufra más.

El doctor no comentó nada. Besó a Griselda y se dirigió al gabinete de las enfermeras para dar las instrucciones. Griselda volvió a la habitación donde su padre dormitaba con inquietud y respiración anormal. Al sentir la presencia de Griselda abrió los ojos y sonrió. Ella le tomó la mano y le devolvió la sonrisa. Marcos Telesman amaba a su hija menor y se tranquilizaba con su presencia.

—¿Sabés que soñé con vos anoche? —le dijo a su hija.

—No me digas, ¿qué soñaste?

—Vos eras chica, qué se yo, tendrías cinco años. Íbamos a pescar juntos y vos me decías que no te ibas a casar nunca, que te ibas a quedar a vivir conmigo para siempre porque me amabas mucho. Mirá que sueño, ¿no? ¿Y sabés que hacía yo? Lloraba, como un boludo. ¿Por qué sería?

Marcos, agotado, cerró los ojos. Griselda vio cómo las facciones de su padre se hacían borrosas por culpa de dos lágrimas rebeldes que se le acumulaban en sus ojos. Entró una ruidosa enfermera con una jeringa hipodérmica. Griselda sintió el impulso de detenerla, pero se quedó inmóvil y vio cómo el líquido entraba lentamente en el envase transparente del suero.

—¿Cómo anda el Instituto? —le preguntó el anciano cuando la enfermera se retiró.

—Bien, papá, vino el inspector general y estamos trabajando juntos en un proyecto muy importante.

—Me acuerdo cuando te recibiste de socióloga, yo...me sentí muy orgulloso, pero no te dije nada... porque hubiera querido que estudiaras medicina. Fui injusto...

—No, papá, ¿qué estás diciendo? Nunca fuiste injusto conmigo, al contrario...

—Sí, lo fui. Tenés que disculparme.

Cerró los ojos. A los pocos minutos comenzó a respirar pausada y sincrónicamente. El diazepam había comenzado a hacer efecto. Griselda vio con alivio que las facciones de su padre, tensas por los dolores y la ansiedad, se relajaban poco a poco. Ya dormía profundamente y no volvería a despertarse.

Se recostó sobre la otra cama y permaneció largo tiempo contemplando a ese ser amado que ya había comenzado a irse lentamente. Finalmente se durmió y permaneció así durante el resto de la noche. Se despertó cuando ingresó su cuñado en la habitación. Eran las siete.

—¿Qué tal, Griselda? ¿Cómo anduvo todo?

—Creo que entró en coma.

—Bueno, casi mejor, ¿no? Así no sufre, pobre... Yo me quedo hasta que venga tu mamá. Podés irte, Griselda, yo voy a aprovechar para leer el diario.

—Bueno, Rodolfo. Decile a mamá que yo vengo al mediodía. Adiós.

10SEGUNDO ENCUENTRO DE DON RAIMUNDO
CON LOS ALUMNOS

El jueves, los alumnos de tercer año esperaban ansiosamente al inspector general, a quien recibieron con un atronador “¡Buenos días, don Raimundo!”. El experimentado oído del profesor —infalible termómetro de las emociones juveniles—, le anticipó la buena temperatura del aula.

Dejó sobre su escritorio dos bolsas de polietileno con misteriosos contenidos. Antes de dirigirse a la clase llamó a Matías al frente y le alcanzó una de las bolsas que resultó llena de profilácticos.

—Entregales uno a cada uno.

Silencio total mientras el chico, ruborizado y tentado de risa, iba tomando las cajitas de la bolsa para repartirlas pupitre por pupitre. Los alumnos, sin saber qué decir, observaban los envases y se miraban entre ellos.

—No las abran hasta que yo les diga —les pidió Don Raimundo.

Cuando todos tuvieron su cajita, les dijo:

—Algunos de ustedes ya saben cómo es un preservativo e incluso los han usado, pero la mayoría tal vez nunca tuvo uno en sus manos. Bien, tomen la cajita así como lo hago yo. Ahora ábranla de esta manera. Eso es. Bien, saquen el profiláctico que está en el interior y deposítelo sobre el pupitre con esta parte saliente hacia arriba.

En absoluto silencio, los jóvenes colocaron su profiláctico en la posición indicada. Casi tenían miedo de tocarlo. En un raro

instante, don Raimundo tuvo ante sus ojos una curiosa escena que jamás hubiera imaginado: setenta y tres adolescentes miraban inmóviles y como fascinados a un profiláctico que parecía sacarles la lengua desde la madera del pupitre.

—Observen el objeto con detenimiento. Está elaborado con látex, que es un material muy suave, resistente y flexible. Ese apéndice que ustedes ven en el centro es un depósito que tiene doble finalidad: servir de sujetador cuando uno se lo coloca, y contener el semen eyaculado. El anillo más grueso que lo circunda es el profiláctico arrollado. El profiláctico tiene la forma, el diámetro y la longitud medía de un miembro viril normal en estado de erección. ¿Hasta aquí lo entienden? —Hizo una pausa—. ¿Alguno quiere preguntar algo?

—Yo, don Raimundo —dijo uno de los chicos levantando la mano—: ¿Son todos de la misma medida?

—Sí, por ahora no vienen por talle como las camisas. Se adaptan muy bien a los distintos tamaños individuales. En el largo se los gradúa desenrollándolos más o menos según las necesidades. A lo ancho no hay problemas porque el látex es muy flexible y se amolda a variados grosores. Bien, sigamos adelante. Al preservativo hay que colocarlo con cuidado para que no se rompa ni se enrede al desplegarlo. Ahora vamos a ver en forma práctica cómo se coloca.

Los chicos comenzaron a reír y a murmurar.

—No se lo tienen que colocar ustedes —fingió retarlos—. Vamos a hacer una representación virtual. Yo traje unos objetos que nos van a servir de modelo para que practiquemos.

Llamó nuevamente a Matías y le entregó la segunda bolsa.

—Compré unas cuantas bananas, no van a alcanzar para todos, pero se las van a ir pasando para que todos practiquen

—anunció sonriente Don Raimundo mientras exhibía un robusto y bien desarrollado plátano.

La clase estalló en carcajadas.

—Dale, repartí las bananas —le ordenó al ayudante.

Los alumnos, que hasta momentos antes se habían mostrado confusos y silenciosos, se desmadraron con bromas, risotadas y exclamaciones de todo tipo. Don Raimundo, indulgente, los dejó expresarse mientras el ayudante repartía las dieciocho bananas que él había comprado, previa cuidadosa selección por sus formas y tamaños, en una verdulería cercana al colegio.

—Bueno, ahora hagan silencio y presten atención que vamos a proceder a colocar el forro en la banana, simulando que ésta es un pene erecto. Obsérvenme a mí. Tomen la banana con la mano izquierda, de esta manera. ¿A ver? Los que no tienen banana observen que después lo van a hacer ustedes. Muy bien. Ahora tomen el forro por el depósito con los dedos pulgar y anular de la mano derecha, así, ¿ven? ¿Todos tienen la banana en la mano izquierda y el forro en la derecha? Bien, observen mis movimientos: instalen el preservativo sobre la punta de la banana, de esta manera. Eso es; ahora comiencen a deslizar suavemente el anillo hacia abajo, así, ¿está? ¿Ven como se va desenrollando? No hay que tironear, solamente desenrollarlo con suavidad. Se sigue bajando el anillo hasta que se cubre totalmente el pene o, si se trata de algún superdotado —risas—, hasta que se termina el látex arrollado. Ya está, ¿ven cómo quedó?

Don Raimundo exhibió en alto la banana con el forro puesto. Los dieciocho alumnos que imitaban sus movimientos, a medida que concluían la operación iban levantando orgullosamente sus bananas encapuchadas.

—¿Vieron qué fácil que es? —exclamó don Raimundo en señal de aprobación una vez que examinó las docena y media de bananas perfectamente enfundadas.

—¡Che, pasen las bananas que tenemos que practicar nosotros! —comenzaron a reclamar los demás.

—Bueno, retiren los forros de las bananas, devuélvanmelos junto con las cajitas vacías para que los tiremos a la basura, y pásenles las bananas a sus compañeros para que practiquen.

Gran revuelo. Los alumnos muertos de risa pasaban desordenadamente al frente para depositar sus forros desdoblados sobre el escritorio mientras los otros se ejercitaban con las bananas recibidas. Mientras esto ocurría, Don Raimundo, sin exigir orden ni silencio para que los muchachos se sintieran cómodos, recorrió los pupitres observando cómo colocaban sus forros, unos tras otros, en las mismas manoseadas bananas. Mientras lo hacía, daba indicaciones y prevenía sobre el riesgo de colocarlo al revés y producir así la rotura del látex. Algunos alumnos, cuando don Raimundo les daba la espalda, hacían gestos obscenos con las bananas, lo cual los divertía descontroladamente.

Cuando todos hubieron practicado y se formó sobre el escritorio una montaña de forros “usados” y un lote de maltrechas bananas, don Raimundo ordenó a un alumno de la primera fila que guardara esos desechos en las dos bolsas de polietileno y pidió compostura.

—Bien, chicos —dijo con una sonrisa cómplice—, ustedes han tomado bastante en joda ésta práctica pero creo que han aprendido cómo es un forro y de qué manera se usa. Ahora pongámonos un poco serios. Estos utensilios son muy baratos y los pueden comprar en las farmacias y en muchos otros lugares que ustedes seguramente conocen. No tengan vergüenza al pedirlos, hoy un forro se compra con la misma naturalidad que una

aspirina. Yo les sugeriría que tengan siempre un par de ellos encima, pero bien guardados para que no se los vean en sus casas, ya que por lo general los padres, en especial las madres, no están todavía preparados para que sus hijos adolescentes usen estas cosas. Por respeto a ellos, tomen sus precauciones. Un lugar casi invulnerable, por que nadie lo revisa, es el portadocumentos. Aquéllos que tengan buen diálogo con su padre, anímense a hablarle del asunto y pídanle consejos.

—Don Raimundo —preguntó uno de los alumnos—, ¿el profiláctico es seguro para evitar un embarazo?

—El profiláctico no es totalmente seguro para nada, pero bien utilizado ofrece un óptimo grado de seguridad. Ahora, con respecto al embarazo, hay que tener en cuenta algunos riesgos adicionales. Si ustedes acaban de tener relaciones sexuales con profiláctico, no deben olvidar que en el interior de la uretra han quedado espermatozoides que no llegaron a ser expulsados. Aunque ustedes se hayan higienizado exteriormente, esos espermatozoides remanentes permanecen activos por varias horas y tratan de salir. Si ustedes, inadvertidamente, reanudan los juegos amorosos y se producen roces entre sus genitales y los de la mujer, puede ocurrir que algunos espermatozoides muy dinámicos se deslicen al interior de la vagina y provoquen el embarazo. Este accidente es menos probable que ocurra con el virus HIV, aunque no imposible. Por otra parte, el peligro principal del profiláctico es que se rompa o venga pinchado de fábrica; por eso en la medida de lo posible es aconsejable no comprarlo en cualquier parte sino en las farmacias que sólo venden marcas confiables. Bueno, hagan preguntas.

Los alumnos, entusiasmados, aunque ahora muy serios y formales, preguntaron de todo, demostrando una insospechada avidez por conocer detalles de la sexualidad humana, desde

cómo había que actuar si uno no tenía profiláctico en el momento de hacer el amor, hasta qué había que hacer en los casos de impotencia temporal. Uno quiso saber sobre el sexo oral y otro sobre la masturbación recíproca, práctica bastante aceptada por muchas jovencitas que no tenían apuro por perder la virginidad. Preguntaron sobre la homosexualidad, sobre la bisexualidad, sobre el sexo grupal y acerca del travestismo, todas novedades que habían aprendido viendo los programas vespertinos de la televisión. Quisieron saber qué opinaba don Raimundo de la prostitución y le preguntaron si le parecía aceptable que ellos se iniciaran con una prostituta.

Don Raimundo, como buen pedagogo, no eludió ninguna pregunta y trató de dar una respuesta lógica y ética a cada una de ellas. Había observado que los preguntones eran siempre los mismos, unos ocho o diez alumnos. Los demás escuchaban callados y con gran atención. Trató de hablar para todos, para aquéllos que tenían experiencia y para los que nunca habían estado con una mujer, para los más despabilados y también para los más inocentes e inmaduros que eran la mayoría.

Cuando se terminaron las preguntas, les habló de los principios cristianos y les recordó la obligación moral de ser leal a la persona amada. “Así como en la mujer el sexo es inseparable de las emociones y los sentimientos —reflexionó—, en el varón constituye una pulsión corporal y psíquica muy fuerte, a veces tan apremiante que si nos dejamos vencer por el instinto puede transformarse en una adicción perversa y obsesiva. Con humor, podríamos decir que en la mujer el sexo es un derecho y en el hombre una obligación, aunque, paradójicamente, en el matrimonio la fórmula suele invertirse”. “Amen a una sola mujer y respétenla —les aconsejó—, no caigan en el adulterio ni en la promiscuidad. De ustedes depende que el sexo sea una hermosa

experiencia o una práctica depravada. Cuando se ama a una persona, el sexo con ella es maravilloso, un verdadero regalo de Dios. En cambio el sexo promiscuo es abominable: nos deja insatisfechos, nos arrastra hacia prácticas cada vez más aberrantes y suele ser la antesala de la desesperación”.

Nuevamente había logrado don Raimundo cautivar a sus alumnos con su oratoria sencilla y elocuente. El final de esa clase tan singular hipnotizó a esos jovencitos impetuosos, quienes serios y en silencio devoraron embobados cada una de sus palabras.

—Bien, mis jóvenes amigos —les dijo cuando se oyó el timbre—, con esta segunda clase me despido de ustedes. Esta materia va a continuar una vez por semana con otros profesores quienes sabrán darles los consejos que necesitan para preservar su salud física y moral. Me despido de ustedes con todo cariño. Estaré en Mar del Plata por un tiempo. Si me necesitan, cuenten conmigo. Aquí les anoto la dirección de mi hotel. Muchas gracias por todo y que Dios los bendiga.

Los alumnos prorrumpieron en un inesperado aplauso que conmovió a don Raimundo. Tomó las dos bolsas de polietileno y sin decir una palabra se fue con sus bananas sobadas y sus forros inservibles.

11

ÚLTIMA REUNIÓN DE DON RAIMUNDO CON LAS PROFESORAS

Don Raimundo tenía que reunirse ese viernes con las dos profesoras. Cuando llegó a la confitería estaba solamente Griselda. Viviana avisó que había tenido un imprevisto por el temporal y que se demoraría una media hora. Don Raimundo notó a Griselda demacrada y tensa. Le preguntó cortésmente si no se sentía bien y ella le contó lo de su padre.

—Caramba, Griselda, cuánto lo lamento, no sabía nada.

—Estamos esperando un desenlace de un momento a otro— dijo ella con tristeza.

—¿Por qué no me dijiste...? Te hubiéramos reemplazado.

—No, Raimundo —respondió Griselda muy decidida—, el programa que estamos organizando es un desafío que me ayuda a descansar de tanta preocupación. Me volvería loca si no ocupara mi mente con el trabajo. Hace seis meses que en casa vivimos esta pesadilla. Además, trabajar con un tipo como vos es muy motivador —puso suavemente su mano sobre el brazo de don Raimundo y le sonrió con afecto.

—¿Le dieron ya el sacramento a tu padre?

—No... ¿Vos podrías mandarme un sacerdote?

—Pero claro, le hablo al padre Narváez. Decime dónde está—. Don Raimundo abrió una agenda y anotó la dirección de la clínica y el número de habitación.

Ambos callaron. Ella, con los ojos húmedos, permaneció por un instante mirando el atardecer gris y la ventosa llovizna a través de la vidriera.

—Este tiempo me deprime aún más —comentó Griselda.

—Mirá, te entiendo porque yo perdí a mi esposa por la misma enfermedad que tu padre. Van a ser ya cuatro años, y todavía veo las imágenes de los terribles momentos finales.

—¿Tenían hijos?

—Cuatro varones, ya grandes y encaminados en la vida, por suerte. Dos están radicados en Los Ángeles y los otros dos en Rochester.

—¿Entonces vivís solo?

—Así es. Éramos una familia normal y muy unida, seis personas con ilusiones compartidas y grandes planes futuros. Y de pronto, en un segundo —Raimundo hizo un gesto con las dos manos como simulando un estallido—, todo eso se esfumó y me quedé solo.

Ella lo miró con pesar. Por primera vez veía una mirada melancólica en los ojos de aquel profesor tan optimista y alegre.

—Pero no soy un desdichado —aclaró Raimundo con una espontánea sonrisa—; mis hijos están ahora casados y tienen un gran futuro. Dos se dedican a los negocios bursátiles y los otros dos son médicos.

—¿Médicos?

—Sí —contestó con orgullo don Raimundo—, están en la clínica Mayo de Rochester, en Minnesota.

—Mi padre quería que yo fuera médica, pero lo defraudé, me recibí de socióloga.

—Pero es una hermosa carrera, ¿cómo lo ibas a defraudar?

—Pobre papá, se disculpó conmigo antes de quedar inconsciente. Me dijo que se sentía orgulloso de mí y que había sido muy injusto al sentirse decepcionado porque no estudié medicina.

—¿Y vos te sentís culpable?

—No, por eso no. Yo estudié lo que me gustaba. Tal vez me siento culpable de no haberlo hablado con él para explicarle que la sociología y la docencia eran mi vocación. Lo hubiera entendido y nos habríamos evitado años de silencios malsanos. Cuando era chica fue tan tierno y compañero conmigo; después no sé que pasó, nos fuimos... como distanciando.

—No te reproches nada, Griselda. Estás sensibilizada porque lo vas a perder. Pero con el tiempo vas a recordar con alegría todas las cosas buenas que viviste con él.

—Creo que lo que me estoy reprochando... —Griselda miró a Raimundo como pidiéndole ayuda—, es... que lo estoy dejando morir.

No pudo pronunciar la última palabra porque su voz se quebró. Raimundo le alcanzó su pañuelo y permaneció en silencio. Cuando se serenó, siguió hablando:

—Estoy destrozada, Raimundo. Necesito decírselo a alguien... Le pedí al médico que lo haga dormir para evitarle el sufrimiento, pero las drogas van a acelerar su muerte. Por momentos pienso que lo hice más por mí que por él, para librarme cuánto antes de esto. Estoy angustiada, mi madre y mi hermana no lo saben. Dios mío, ¿hice lo que debía o traicioné a mi padre por mi propia comodidad?

—Hiciste lo que debías —la consoló Raimundo mientras ella secaba nuevamente sus ojos—, y yo puedo decírtelo por experiencia propia. Mirá, Griselda, cuando mi esposa estaba en la fase final de su enfermedad, nuestro médico nos dijo a mí y a mis hijos que lo más humano era mantenerla inconsciente para que dejara de sufrir. Mis hijos dudaban, salvo Ignacio, el mayor, que ya se había recibido de médico y estaba de acuerdo, pero yo me opuse terminantemente. Me pareció un espanto privarla de la lucidez en sus últimos momentos y peor aún acelerar su deceso.

Además por mis convicciones religiosas me negaba a hacer nada que se asemejara siquiera a la eutanasia. La dejé padecer horriblemente hasta su último segundo. Su lucidez en medio de aquella interminable agonía no fue ninguna bendición, ni para ella ni para nosotros. Murió sin que el dolor, las sondas y los tubos le dieran un minuto de sosiego, un instante de serenidad para que pudiera comunicarse humanamente con nosotros y despedirse como uno piensa que deben despedirse los moribundos de sus seres queridos. Murió en mis brazos, aterrada, sin que mi presencia la reconfortara en lo mínimo, con su corazón negándose a detenerse del todo. Fue horrendo todo aquello. Yo sí que tuve motivos para sentirme culpable.

Ahora eran los ojos de don Raimundo los que se habían puesto brillantes. Griselda que lo había escuchado conmovida, puso su mano sobre la de él y le dijo:

—Lo siento, Raimundo. Una a veces cree que tiene la exclusividad del infortunio. Te agradezco lo que me contaste. Me siento aliviada. Pero vos no tenés que recordar esos momentos ya pasados.

—Bueno, dejemos de hablar de cosas tristes. Tomemos otro café. Ah, mirá, ahí viene nuestra amiga Viviana.

La profesora Consortti acababa de bajar de un taxi. Elegante, con un piloto verde oliva, minifalda marrón claro y botas de gamuza negra con tacones, traía su habitual expresión desdeñosa, aunque una vez más logró ocultarla tras el embozo de una sonrisa simpática cuando saludó a Griselda y a don Raimundo.

—Disculpen la demora —se excusó al saludar—; ¿Cómo sigue tu papá, Griselda?

—Igual, sin novedad.

—Y bueno, hay que ser paciente y rezar. Dale saludos a tu madre. ¿Diste tu clase, Raimundo?

—Aunque ustedes no lo crean, ayer dicté mi clase de teoría y práctica del uso del profiláctico. Y si yo pude, también van a poder ustedes.

—Contá qué les dijiste a los muchachos— se interesó Griselda.

Don Raimundo les narró con lujo de detalles todo el desarrollo de la singular —y quizás única en la historia de la enseñanza— clase práctica sobre el uso del preservativo. Las mujeres se descomponían de la risa.

—¿Y te fuiste con bananas al colegio?, no te puedo creer — comentó Viviana entre carcajadas.

—Mirá —contó don Raimundo—, no sabía cómo hacer la práctica. Primero se me ocurrió llevar un consolador. Van a ver lo que pasó: me fui a un *sex shop* que está en una sórdida galería comercial del centro. Si vieran lo que son esos lugares, ¡las cosas que te ofrecen! Un vendedor con cara de degenerado me exhibió una variedad inimaginable de penes postizos, increíblemente parecidos a los verdaderos. Tanto se asemejaban que sin dudar lo desistí de llevar semejante objeto a la escuela. El degenerado me miraba con ojos lascivos y una sonrisa burlona como si supusiera que el consolador lo quería para mí. Cuando le comenté que era para mis alumnos, sonrió aún más y hasta se le escurrió saliva de la asquerosa boca.

—No te creo —exclamó horrorizada Griselda.

—Así como te lo cuento. Yo no quise darle explicaciones. Después, a mi pedido, me mostró unos muñecos inflables. Se me había ocurrido la loca idea (no se espanten, fue nada más que una idea) de utilizar uno de esos para las clases de las chicas, pero lo deseché desfavorido no bien el vendedor me infló un bien armado y musculoso muchacho. “Mire que firme, toque, toque”, me decía el degenerado mientras le acariciaba el pene al muñe-

co. Me fui de ese antro asqueado. Fue entonces que se me ocurrió lo de las bananas.

—Pero estás loco, Raimundo —dijo entre incontenibles risas Viviana—, no pretenderás que vayamos con bananas a nuestras clases.

—No, claro que no —contestó muy serio don Raimundo—, pero ustedes tienen que hacer demostraciones prácticas para que las chicas no sólo aprendan la necesidad de usar profilácticos, sino también a elegir la opción de colocárselos a los chicos. Tiene que haber un juego erótico recíproco con el profiláctico para que su uso no sea una cosa fea, de mal gusto, hecha medio a escondidas y con vergüenza.

—Sí, habíamos quedado que las clases debían orientarse a enseñar a las niñas el despliegue de técnicas participativas para que la responsabilidad del uso del preservativo sea compartida por la pareja. ¿Pero es necesario llevar objetos simuladores?

—Mirá, Viviana —le dijo Raimundo—, sin demostraciones prácticas no vamos a lograr nuestro objetivo. Pero no se preocupen, no habrá bananas y mucho menos consoladores. He mandado a hacer cilindros de telgopor blanco de unos cuatro centímetros de diámetro por quince de largo, sin ninguna forma llamativa; simples cilindros con la sola peculiaridad de tener uno de sus extremos redondeados. ¿Qué les parece?

—Horrible —contestó Viviana con su mejor gesto desdeñoso—; pero, en fin, si vos Griselda estás de acuerdo, lo intentamos.

—¿Cómo han pensado encarar las clases? —interrogó Raimundo.

—Decidimos darlas entre las dos —respondió Griselda mientras abría una carpeta en donde ambas docentes habían esbozado un plan de trabajo—. La idea consiste en desarrollar una

primera clase puramente teórica sobre la sexualidad humana, aspectos religiosos, la maternidad responsable y el sida. Creemos que recién para la segunda clase podemos encarar las demostraciones prácticas del uso del profiláctico. Y dejaríamos para una tercera clase los juegos eróticos participativos.

Don Raimundo examinó con interés las tres carillas manuscritas que exponían prolija y detalladamente el programa elaborado.

—Las felicito —les dijo con vehemencia—, han pensado en todos los detalles. Veo que el único punto sin resolver es el de las clases prácticas. Piensen en lo que les dije y organícense para tirarse al agua.

—A la madre Fernandita no le mostramos el plan. No nos atrevimos...

—No es necesario que lo hagan. Mientras yo esté informado, la madre no va a interferir. ¿Cuándo sería la primera clase?

—Este miércoles.

—Bien, nos encontramos al día siguiente, entonces. Con vos, Griselda, tal vez nos veamos mañana, porque pienso llevar al padre Narváez a la clínica. ¿En que momento estás vos?

—Mañana voy a eso de las siete de la tarde y ya no me muevo en toda la noche.

—Voy a tratar de combinar para las nueve.

La lluvia no había cesado. Las dos profesoras se despidieron bromeando sobre el *sex shop*. Viviana, tentada de risa, quería saber en dónde diablos estaba ese negocio. “No crean que quiero comprar algo —decía divertida—, a lo sumo ver alguna lencería disciplinaria”.

Don Raimundo optó por quedarse un rato leyendo mientras las mujeres abrieron sus paraguas y se perdieron en la húmeda, fría y melancólica noche de aquel impío otoño marplatense.

12

CARTA DE MONSEÑOR SEGISMUNDO BONETTO
AL PRESIDENTE DE LA NACIÓN

Amadísimo presidente y amigo: Sabrá usted, por el señor ministro de Relaciones exteriores y culto, que estoy colaborando desde mi humilde posición eclesiástica con la trascendente y exitosa política de transformación estructural que usted tan inteligentemente inició en 1989.

Soy un hombre de la Iglesia pero de convicciones liberales, aunque eso parezca un sacrílego contrasentido. Creo en la Iglesia de Cristo y creo en la libertad. Por supuesto que no confundo a Dios con el mercado, pero estoy convencido, al igual que usted, señor presidente, de que el mercado forma parte de la obra de Dios.

Como liberal defiendo al empresario que compite honradamente en un mercado abierto porque lo considero un benefactor social, pero en lo personal nunca tuve habilidad ni ambición para los negocios. Por lo tanto mi pasión por el libre mercado nace de una vocación puramente intelectual y de una legítima inquietud social. No le negaré que algunos de mis sueños y ambiciones son pretenciosos, pero como buen cristiano tengo expectativas modestas y necesidades pequeñas.

Cuando desde mi posición hablo y actúo en defensa de la libertad y elogio el proyecto transformador de su gobierno, siento que estoy contribuyendo en la construcción de un país mejor y socialmente más justo. Creo en el capitalismo como forma de organización social —imperfecta, pero posible y no utópica—,

porque sus principios son, a mi honesto entender, irreprochablemente éticos y rigurosamente científicos.

Entonces, me pregunto: ¿Tiene derecho monseñor Shayne a juzgarme como cristiano porque soy liberal? ¿Tiene derecho este benemérito prelado a decir públicamente que el pensamiento liberal es una ideología perversa, y que reza por la conversión al cristianismo de nosotros los liberales como si estuviéramos poseídos por algún espíritu maligno?

Pero eso no es nada. Cuando leo las declaraciones de otros hombres de la Iglesia —que no voy a nombrar porque usted ya sabe a quiénes me refiero—, me siento hondamente preocupado, no ya como sacerdote católico sino como ciudadano, porque la Iglesia argentina, mi Iglesia, actuando corporativamente y abusando de su influencia moral, está hoy liderando una fuerte corriente política opositora y retardataria que aglutina a todo un arco de fracasados (y ateos, para más datos) dirigentes de izquierda, cuyo único y desesperado objetivo es impedir, obstaculizar o retardar el cambio profundo que usted, querido presidente, con aguda intuición histórica y visión de gran estadista, está produciendo para la argentina del tercer milenio.

Días pasados recibí una carta de un ex alumno residente en Mar del Plata que me decía que como católico se sentía penosamente empujado a una suerte de doloroso apartamiento de la Iglesia. Y me contaba que en la ciudad balnearia solía ir de tarde en tarde a la Catedral de los Santos Pedro y Cecilia para orar y meditar mientras escuchaba buena música barroca. Buscaba, eso sí los horarios en que no había misas, porque —me confesó con oportuno sentido del humor—, desde que le cambiaron esa belleza poética con arcaísmos castizos que era el antiguo Padre Nuestro (“*Venga a nos el tu Reino...*”), y desde que los curas no se cansan en sus homilías de relacionar la palabra de Dios con la

política económica del gobierno, las misas le resultaban irritantes y desprovistas de sacralidad. ¿Y qué le ocurrió a este buen amigo?: un día va como de costumbre a la Catedral y se encuentra con que unos sindicalistas de conocida ideología marxista estalinista, famosos en aquella ciudad por estar en permanente conflicto con todo el mundo, se habían instalado cómodamente en el templo para hacer una exhibición farsesca de ese embuste dietético que llaman “huelga de hambre”. Y para colmo, me dice este amigo, estos agitadores habían distribuido un volante mentiroso en donde decían que los fieles de la Catedral convocaban a una misa en apoyo de los “ayunadores”. La sacrílega usurpación le hizo recordar a este creyente el escalofriante cuento de Cortázar *Casa tomada*. “No pude volver más”, se lamentaba en su carta, “me sentí arrojado de la casa de mi Padre. Por suerte puedo ir a las misas de la capilla de San Orán, o si no, los domingos a las siete de la mañana, a la gruta de Lourdes donde un sacerdote ejemplar, ya anciano, no desacraliza jamás la ceremonia con proclamas panfletarias”. Algunos laicos de nuestra Orden me dicen que cuando viajan a ciudades donde no hay templos oranitas se abstienen de ir a misa. Después de todo, ante una circunstancia tan extrema de inaudito agravio hacia las propias convicciones, un hombre inteligente puede sentir la presencia de Dios en cualquier lugar sin necesidad de pisar templos tomados. Pero, ¿qué ocurre con las personas comunes, los feligreses que necesitan oír tañer las campanas y presenciar la Eucaristía para sentirse en contacto con Dios, controlar sus tentaciones y lograr alivio a sus miedos y angustias?

Cuando esos creyentes son expulsados de su Iglesia por razones ideológicas —por ejemplo, miles de partidarios suyos, presidente, aún los más pobres, que se sienten mortificados cuando el cura de su parroquia los trata prácticamente de imbé-

ciles por haber votado a un “perverso” para presidente; o los católicos ricos, que siempre resultan ser los malos en los sermones y sólo se los tiene en cuenta para sacarles plata; o los católicos liberales, que a veces creen estar ante un temible tribunal inquisitorial y no en una comunión de las almas que absuelve a quienes se acusan—; ¿qué hacen todos estos hermanos en la fe, zurrados domingo tras domingo por sacerdotes jóvenes que visten *jeans* y zapatillas importados debajo de sus hábitos? Muy sencillo: o van al psicólogo, o buscan reemplazar la práctica religiosa con los placeres mundanos, o bien se refugian en templos evangélicos, o, lo que es todavía peor, son captados por alguna secta esotérica.

¡Han transformado a las parroquias en salas de penitencia donde en lugar de confortarlo a uno le echan vinagre en las heridas!

Yo sé, estimado presidente, que estos bondadosos pastores intentan defender a los desposeídos, pero están trágicamente equivocados: la Iglesia Romana con su dogmático y ya legendario antiliberalismo retrasó la modernización de Latinoamérica y quizás contribuyó involuntariamente a generar más pobreza y estancamiento social que toda la iniquidad humana junta desde que Colón vino a estas tierras. Es la fatal paradoja de la mal entendida “opción por lo pobres” que desvive a esos bondadosos y sin duda bien intencionados clérigos, contradicción que Juan Pablo II reconoce muy sutilmente en su sorprendente encíclica *Centesimus annus*, en la cual elogia las virtudes sociales de la economía de mercado y pide a María que ilumine a la Iglesia en el tránsito de la humanidad hacia el próximo milenio.

Por otra parte, presidente, la Iglesia es muy desagradecida con usted al no reconocerle generosamente su gran triunfo sobre la inflación. ¿Usted sabe cuál era la situación financiera de las

parroquias antes de que usted lograra estabilizar nuestro signo monetario? ¡No sacaban ni para pagar la luz! Usted seguramente no ignora que los primeros que sufren las consecuencias de la destrucción monetaria son los que viven de la caridad pública. Con altas inflaciones la gente practica la caridad de los desechos, es decir, tranquiliza su conciencia sacándose de encima el dinero de baja denominación que ya ha perdido prácticamente su valor.

Como es sabido, los recursos de la Iglesia provienen de la caridad. Con excepción de las congregaciones dedicadas a la enseñanza, como la nuestra, que perciben aranceles de sus alumnos de clase medía alta, toda la estructura administrativa de la Iglesia, sus obras humanitarias, sus misiones, se sostienen con los donativos de millones de católicos de todo el mundo.

Pues bien, durante la hiperinflación la gente que concurría a las misas ponía moneditas en los limosneros. ¡Moneditas de australes, que equivalían a uno o cinco centavos de ahora! Nunca vi a nadie poner en la bolsa un billete de diez mil australes, que era algo más de un dólar o peso de hoy. En la actualidad nadie pone menos de un peso durante las misas. No es que la estabilidad haya vuelto más dadivosos a los fieles. Simplemente no tienen ya necesidad de desquitarse con los demás por la desvalorización de su dinero ni de limpiar sus bolsillos de irritante basura. Cuando el dinero vale y es dificultoso obtenerlo, quien hace un donativo lo hace en una razonable proporción de sus recursos. Ha planificado sus gastos y sus ahorros, puede calcular sus obsequios con toda naturalidad. Pero sobre todo evita hacer papeles: no olvidemos que con la hiperinflación lo primero que se pierde es la vergüenza.

La Iglesia Católica, que siempre fue una eficiente administradora de sus recursos —y por eso, dicho sea de paso, ningún

párroco, por humanitario que sea, y por mucho que predique la solidaridad con los desocupados, ha contratado jamás a dos sacristanes cuando sólo necesita uno—, la Iglesia, digo, esa eximia administradora de bienes terrenales, sabe muy bien que ella es una de las principales beneficiarias de la estabilidad. Sus ingresos en dólares se multiplicaron por diez, comparándolos con lo que obtenía en 1989. Usted, presidente, a quien tan injustamente critican muchos sacerdotes y obispos, está ayudando a la Iglesia a hacer más obras de bien y a desarrollar más plenamente su trascendente misión pastoral.

Yo, querido presidente, le he pedido reiteradamente a nuestro prefecto de Roma que intente informarle a Su Santidad sobre la otra realidad del proceso de cambio de la Argentina, y me ha asegurado que así lo hace tantas veces como se le presenta la oportunidad. Nuestro prefecto, a instancias de este servidor, ha hecho contacto con el embajador argentino ante la Santa Sede, y yo atribuyo a una paciente tarea diplomática conjunta la carta que el Papa le envió recientemente a usted y que tuvo el efecto de actuar como oportuno antídoto contra el propósito de la Asamblea Episcopal Argentina de emitir un severo pronunciamiento contra la política socioeconómica del gobierno. Y no le anticipo nada sobre el proceso de canonización del primer santo argentino, Héctor Baldivieso, sobre lo cual pronto tendrá usted muy gratas novedades.

Como verá, querido presidente, mi cooperación con usted es permanente y apasionada. Cuando usted me conceda la audiencia privada que me prometió el señor ministro de Relaciones Exteriores, podremos evaluar alternativas más efectivas y concretas para unir mi colaboración y experiencia a la acción del gobierno nacional. Creo que su obra es tan importante que debemos estar dispuestos a hacer “lo que sea” para consolidarla.

Quedo a sus órdenes. Reciba usted mi bendición y mi afecto.

MONSEÑOR DR. SEGISMUNDO BONETTO, SUPERIOR GENERAL DE LA ORDEN DE SAN ORAN DE CATANZARO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA.

13

A DON RAIMUNDO COMIENZAN A SUCEDERLE COSAS

El padre Narvárez dejó todo y se puso a disposición de don Raimundo. En la crepuscular habitación de la clínica se encontraron con Griselda quien les presentó casi en silencio a su madre, su hermana y el esposo de ésta. El sacerdote se puso al cuello su estola litúrgica, se sentó en el borde del lecho y aplicó la palma de su mano sobre la frente del enfermo. Todos presenciaron con recogimiento la ceremonia sacramental de la unción del crisma según el emotivo rito de San Orán.

Cuando el padre Narvárez dio por finalizada la ceremonia, todos se retiraron menos Griselda, que iba a quedarse toda la noche, y don Raimundo, que se ofreció para acompañarla un par de horas. Los dos se sentaron en silencio frente a la cama del moribundo.

—Esta mañana estuvimos programando la clase práctica— comentó Griselda para iniciar alguna conversación.

—Ajá, ¿y ya definieron lo que piensan hacer? —se interesó el profesor.

—Sí, estuvimos practicando paso por paso —sonrió—, como aconsejan en las clases de oratoria ¿viste? Yo hablaba y Viviana me escuchaba. Cuando algo sonaba mal me lo decía y cambiábamos las palabras o los gestos. Pulimos cada detalle cuidadosamente. Si vieras cómo nos hemos reído con los cilindros y los profilácticos que nos mandaste. Pero creo que saldremos a flote.

—¿Qué tal son las chicas de tercer año?

—Como todas las adolescentes de ahora, desenvueltas, confianzudas, contestadoras. Y mal habladas: se tratan entre ellas de boludas todo el tiempo. Pero con excepción de dos o tres, son buenas chicas. Viviana y yo tenemos la ventaja de que hemos estado con ellas desde el primer año y por eso nos respetan mucho. Estamos un poco preocupadas por los padres; no sabemos las reacciones que puedan tener. Son familias importantes de esta ciudad, muy conservadoras y pacatas. Tienen la típica mentalidad aldeana de las familias patricias del interior. Ustedes en Buenos Aires no ven tanto prejuicio e hipocresía como nosotros aquí.

—¿Y crees que podrían llegar a escandalizarse?

—Yo te diría que es muy probable. Alguna chica va a comentar en su casa lo que les enseñamos. Si he de serte franca, nos sentimos un poco atemorizadas...

—Mirá, Griselda, yo ya le dije a la madre Fernandita que si se produjera algún problema con algún padre, yo personalmente iba a dar la cara para explicarle el objetivo pedagógico de las clases. Estoy seguro de que podré hacerlos entrar en razón.

—Bueno, esperemos... De todas maneras nos vamos a esforzar por actuar con mucha altura. Tenemos la esperanza de ganarnos el reconocimiento de la Orden.

—Eso está descontado. Mirá, Griselda, si todo sale bien, voy a hacer un informe para el consejo académico sobre el desempeño de ustedes, en el que voy a recomendar se las designe instructoras itinerantes. Eso sí, tendrán que viajar por el interior repitiendo estas clases, pero esa incomodidad les reportará un mejor sueldo, viáticos y una mayor jerarquía en la estructura docente de la congregación.

—A las dos nos gusta viajar y nada nos impide hacerlo. Además, necesitamos aumentar nuestras entradas.

La conversación fue interrumpida por el ingreso del médico. Amagaron levantarse pero el facultativo les pidió que se quedaran, que tan sólo iba a observar al paciente. Permaneció unos breves segundos apoyando el estetoscopio en el pecho del señor Teleman. Meneó con tristeza la cabeza, guardó el instrumento en su bolsillo y llevándola aparte a Griselda le dijo en tono muy bajo:

—Tiene unos pocos días de vida. Dos, tres a lo sumo. Ahora duerme profundamente y muy tranquilo. No sufre. Pero para que siga así tengo que aumentarle gradualmente la dosis de diazepam y otras drogas.

El médico besó afectuosamente a Griselda, estrechó la mano de don Raimundo y se retiró. Tras él entraron dos enfermeras corpulentas que iban a higienizar al enfermo y a cambiarlo de posición.

—¿Nos pueden dejar una media hora? —le pidieron a Griselda.

Salieron al pasillo. Don Raimundo consideró que debía retirarse.

—Te alcanzo hasta el hotel, Raimundo, tengo el auto abajo. La noche está horrible.

Al salir de la clínica debieron abrir sus paraguas. Había comenzado a llover nuevamente. Apuraron el paso esquivando charcos hasta una oscura calle lateral e ingresaron al automóvil de Griselda. Ella se recostó sobre el asiento con los ojos cerrados mientras el agua golpeaba furiosamente sobre el parabrisas. Permaneció así unos segundos mientras don Raimundo la observaba con atención. Lentamente sus facciones se contrajeron. Se cubrió la cara con las manos y comenzó a sollozar.

—No quiero perder a papá, Raimundo —exclamó con la voz ahogada.

Él, conmovido, la tomó suavemente por los hombros. Griselda, al sentir el contacto cálido de esas manos afectuosas se dejó llevar hacia el cuerpo de su acompañante, apoyó la cabeza sobre su pecho y descargó toda su congoja en un llanto convulsivo. Raimundo la mantuvo así y la alentó para que se desahogara. Lloró desconsoladamente durante largo tiempo. Poco a poco, se fue calmando. Cuando sus estremecimientos cesaron, levantó ella suavemente su cabeza y miró a Raimundo a los ojos. Tenía las mejillas pálidas y empapadas en lágrimas. El entrecejo levemente contraído otorgaba a sus ojos verdes una extraña expresividad de ternura y desamparo. Raimundo nunca supo lo que le ocurrió: fue un minuto mágico, inexplicable, casi sobrenatural. Respondiendo a un impulso que nunca pudo entender, acercó su boca a la de ella y la besó apasionadamente. Griselda no se resistió. Pero enseguida se apartó de esos labios audaces y miró a su jefe con extrañeza, como no pudiendo comprender lo que había sucedido. Fue un instante casi interminable de desconcierto recíproco. Raimundo se había quedado paralizado, asustado de su propia actitud, pero Griselda, luego de vacilar unos segundos, rodeó con sus delgados brazos el cuello de Raimundo y lo besó en la boca con dulzura. Se separó inmediatamente de él, se secó los ojos y casi como avergonzada puso en marcha el automóvil. Recorrieron en silencio las pocas cuadras que mediaban entre la clínica y el hotel de Raimundo. Cuando llegaron, ella lo miró fugazmente, lo besó en la mejilla y le dijo con visible turbación:

—No se qué nos pasó, Raimundo, pero por hoy prefiero no hablar nada. Llamame mañana al colegio.

Don Raimundo bajó del auto sin decir palabra. Estaba anorado. ¿Qué le había ocurrido con aquella chica? “¡Dios Santo, es treinta años más joven que yo!” —pensó—, “¿Estoy loco?”

¿Cómo pude besarla de esa manera tan... ¡frenética!?” Sentía que su corazón latía furiosamente. Había sido devastador el efecto sobre su boca, desacostumbrada de las voluptuosas mieles del amor, de esos labios firmes con sabor salobre por las lágrimas que los habían arrasado. Ahora sentía que necesitaba a esa mujer. Eran sentimientos nuevos, casi olvidados en él y que recién se le revelaban. En ningún momento antes había pasado por su equilibrada mente la insensata idea de tener algo con aquella joven docente. ¿Por qué entonces sucedió lo que sucedió?

Esa noche no pudo dormir. El recuerdo de ese instante electrificante e irracional lo acompañó perturbadoramente durante toda la noche. Varias veces se sintió tentado de llamarla por teléfono a la clínica, pero no se atrevió. Seguramente ella ya se había arrepentido de su debilidad. No podía ser que aquella joven se sintiera traída por un viejo como él. Eso era algo muy difícil de aceptar. Se sentía avergonzado y confundido, pero a la vez gozaba con el recuerdo turbador de ese beso espontáneo que le había salido no sabía de donde, ¡y que ella había devuelto con otro beso de exquisita dulzura!

Hacía demasiados años, desde su juventud, que no experimentaba esa fuerte atracción que misteriosamente despierta en un hombre determinada mujer. ¿Podía a su edad volver a enamorarse? Era ridículo. Desde que falleció su esposa había sentido muchas veces el deseo de poseer carnalmente una mujer, cualquier mujer, con tal de que tuviera un buen cuerpo y no fuera demasiado tonta, tentación ésta que sin embargo nunca pudo doblegar a su disciplina ascética. Pero esta vez fue diferente: había alcanzado un estado de violento vértigo emocional con sólo besar por unos segundos a una joven a quien casi no conocía y que por añadidura podría, por su edad, ser una hija suya. No sentía deseos físicos por aquella criatura, lo que sentía era una

angustiosa necesidad de tenerla entre sus brazos, de protegerla, de mimarla.

Pero ya cerca de la madrugada recobró sus cabales. Recapituló acerca de cuál era su posición, cuál la relación jerárquica y de trabajo que lo unía a esa chica, y cómo debía ser el comportamiento que caracterizara siempre a un inspector general de los colegios oranitas con respecto de las damas de la Orden. Se prometió formalmente no volver a perder la línea.

Se dio un baño, se afeitó y se tentó de contemplarse desnudo en el espejo del ropero. Se dijo con alivio que no estaba tan avejentado: conservaba una abundante cabellera aunque totalmente blanca, su abdomen no era muy prominente, no tenía várices en sus piernas firmes y velludas, su cuerpo, aunque algo encorvado, mantenía indicios de la esbeltez atlética de su juventud y salvo la ausencia lamentable de un par de muelas sustituidas por una prótesis de porcelana, conservaba su propia y bien alineada dentadura. Acercó su cara al espejo y aprobó la imagen del señor mayor que lo miraba desde el otro lado: era después de todo un viejo buen mozo, no tenía papada, ni bolsas en los párpados ni demasiadas flojedades faciales. Sus grandes ojos marrones no se habían opacado aún y seguían irradiando serenidad e inteligencia.

Con buen ánimo y renovados deseos de trabajar, salió a desayunar y a leer el diario *La Capital* cuando todavía no había aclarado. Seguía lloviendo sobre la ciudad.

14

UN JUEZ MARPLATENSE PIENSA EN SU FUTURO

El doctor Romualdo Sanhedre, juez de Garantías del Departamento Judicial de Mar del Plata, terminó de analizar varias causas en el oprimente cubo de su estrecho y vetusto despacho y se aprestaba, exhausto y desmoralizado, a regresar a su casa para cenar y meterse enseguida en la cama. Tenía en su juzgado un millar de procesos penales y no daba abasto para estudiarlos con la debida profundidad y celeridad. Decenas de detenidos con pedido de libertad, sentencias a medio redactar, audiencias incessantes, recursos de habeas corpus pendientes, y ese permanente malestar por la insuficiencia de su sueldo, por su esposa que se endeudaba y protestaba porque no podía cambiar el auto ni comprarse ropa apropiada a la mujer de un magistrado. Estaba agotado y enfermo de los nervios.

Tenía 43 años de edad y desde hacía cuatro se desempeñaba como titular de ese juzgado gracias a que un colega amigo suyo, político y alto funcionario del ministerio del Interior, lo había recomendado al ministro ensalzándolo como hombre leal, reservado y confiable, y el ministro, a su vez, luego de conversar a solas con él, le había prometido hablar con el gobernador de la provincia para que lo hiciera ingresar en el Poder Judicial, insinuándole sutilmente que quizás alguna vez necesitara pedirle algún servicio político como contraprestación de ese importante favor, propuesta que el joven abogado, a la sazón sin trabajo y con dos hijos pequeños, se comprometió a satisfacer sin reserva alguna.

En cuatro años el ministro no le había pedido nada, pero ahora era él quien deseaba pedirle otro favor al ministro: quería subir un peldaño en su carrera judicial y ser camarista. No sólo para ganar más, también para huir de ese laberinto de expedientes que amenazaban con aplastarlo hasta cuando iba al baño, usado como archivo provisional.

Se decidió. Tomó su celular y llamó a su amigo en el ministerio del Interior. Luego de los saludos formales y las preguntas por sus respectivas familias, el doctor Sanhedre le dijo al funcionario:

—Gerardo. Necesito que me hagas un gran favor.

—Te escucho, si puedo, con mucho gusto.

—Necesito salir del juzgado, el sueldo no me alcanza y estoy abrumado por un exceso de trabajo y falta de personal.

—¿Y qué tenías pensado?

—Mirá, cuando hace cuatro años hablé con el ministro gracias a tu invaluable recomendación, me habló de la posibilidad futura de ascender a camarista. Nunca más volví a hablar con él, pero tal vez esa oportunidad exista ahora ya que un juez de una de las Salas está por jubilarse.

—Ajá... —contestó vacilante el funcionario—; Sabés que pasa, Romualdo, las condiciones políticas han cambiado mucho de un año a esta parte. Supongo que leerás los diarios. Vos sabés que el presidente y el gobernador Duhalde están trenzados en una guerra interna feroz. Hoy día no podemos pedirle ni la hora al cabezón.

—Sí, lo sé, la famosa candidatura a presidente para el '99 y las operaciones cruzadas para la reelección de Menem. Pero, qué se yo, a veces en la política se dan alternativas impensadas...

—No, pero con el gobernador se rompieron todos los puentes. ¿Leíste lo que dijo ayer? Que están demoliendo su imagen

por goteo. Y la verdad es que tiene razón, el menemismo lo está esmerilando. Aunque te digo algo: me consta que se está negociando una tregua, así que en cualquier momento... Todo dependerá de que “Negro” se subordine a la autoridad del Jefe. Pero por ahora... De todas maneras no te desalientes, tal vez te podamos ofrecer algo en la Justicia Federal.

—¿Ah, sí? —preguntó el juez con entusiasmo—. ¿De qué se trata?

—Mirá, Romualdo, en unos meses van a crear un nuevo juzgado federal en Mar del Plata. El presidente tiene pensado cubrirlo con un hombre de confianza antes de que empiece a funcionar el Consejo de la Magistratura. Después... alpiste, perdiste.

—¿Y yo tendría posibilidades ...?

—No puedo prometerte nada, además hay que lograr el acuerdo del Senado, aunque allí tenemos mayoría absoluta y no habría mayor problema. Dejame que lo hable con el ministro. Ahora, escuchame, sé que tiene entre manos una operación política en Mar del Plata y otra en Morón. No sé de qué se trata. Pero días pasados te mencionó como al pasar y me dijo que estaba por pedirte algo. Se me ocurre una idea. Si me autorizás, le digo que hablé con vos, que te ofrecés a darle una mano en este asunto. Y ahí yo le tiro lo de tus aspiraciones. ¿Qué me contestás?

—Okey, pero ¿qué te parece que me pedirá el ministro?

—Algún tratamiento diferencial en alguna causa de interés político. Nada del otro mundo. Tené en cuenta que el ministro es un tipo generoso y muy agradecido, pero, ojo, no le tenés que fallar, porque te hundís vos y me hundís a mí.

—No, viejo, quedate tranquilo —se apuró a decir el doctor Sanhedre—, vos sabés que yo soy un tipo leal.

—Además... tenés el tema de la Side...

—¿La Side? ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—Hay un plus para algunos jueces federales.

—Ajá... —. El juez quedó pensativo.

—Bueno, ¿quedamos así?

—De acuerdo.

—Te llamo mañana por la noche. Casi seguro tendré novedades para vos.

—Gracias, hermano.

—Hasta mañana.

Esa noche el doctor Romualdo Sanhedre llegó inusualmente animoso a su casa. Cuando le contó la novedad a su esposa, ésta lo abrazó entusiasmada y le preguntó cuál es el sueldo de un juez federal. Y Romualdo, que disfrutaba viendo a su esposa feliz, le dijo que seguramente era mucho más alto que el sueldo que le pagaba el poder judicial de la provincia.

Cenaron, acostaron a los chicos y se fueron a la cama a festejar el prometedor futuro que la Justicia reservaba a ese ejemplar magistrado, esposo complaciente y excelente padre de familia.

15

DON RAIMUNDO INVITA A GRISELDA

Pocos minutos antes de las ocho de la mañana de ese miércoles, don Raimundo se comunicó telefónicamente con Griselda, quien se preparaba junto con su compañera Viviana para iniciar la primera clase ante las alumnas del tercer año del Instituto de mujeres Santa Anacleta de Saba.

—Hola, Raimundo, ¿cómo estás?

—Ansioso por la clase que van a dar, ¿cómo se preparan?

—Estamos muy nerviosas pero confiadas, por lo menos en lo que se refiere a la clase teórica de hoy. Decidimos, con la autorización de la madre, dar las tres clases consecutivas. Mañana es la clase práctica y pasado la de los juegos participativos. Cada una más difícil que la anterior, pero al menos vamos a terminar esta semana con la incertidumbre.

—¿Las tres clases seguidas? ¿Era necesario?

—Fue idea de Viviana, ¿por qué, Raimundo...?

—Me parece riesgoso, siempre que se exponen temas difíciles es conveniente que entre clase y clase haya un tiempo de reflexión y sedimento. Pero, en fin, si ya lo armaron así, sigan adelante.

—Está por sonar el timbre, Raimundo. Si querés nos vemos luego, así te cuento.

—¿Qué te parece si almorzamos juntos?

—Me parece buena idea, ¿dónde nos encontramos?

—Pasá a buscarme por el hotel a las doce y medía.

—Bueno, hasta luego, un beso...

—A...adiós —contestó apenas Raimundo, estupefacto con aquella mención de “un beso” a modo de despedida.

Don Raimundo aprovechó esa mañana para hacer varias diligencias. Habló por teléfono con monseñor Bonetto a quien le anticipó que entre ese día y el viernes se dictaban las tres primeras y principales clases en el Instituto de Mujeres. El superior general se interesó vivamente sobre el contenido de esas clases y de las dos anteriores que Raimundo ya había dictado en el colegio San Orán. Con llamativa avidez le pidió detalles sobre el resultado de estas últimas. Se mostró perplejo cuando le contó el uso de bananas para las prácticas de los adolescentes. Quiso saber qué reacción habían tenido los chicos, si hubo alguna queja de algún padre y si se iba a repetir esta modalidad con las alumnas, a lo cual Raimundo le contestó que se quedara tranquilo, que hasta ahora todo se había desarrollado normalmente y que había mandado a fabricar unos cilindros de telgopor en sustitución de las groseras bananas. El superior parecía muy nervioso. Le ordenó que una vez finalizadas las tres clases restantes le hiciera llegar un informe completo sobre el contenido, metodología y resultado de las cinco clases. Necesitaba ese informe el lunes próximo, así que le recomendó que trabajara el sábado y lo despachara ese mismo día a última hora. Felicitó a don Raimundo por su creatividad, pues aunque admitió que lo había sorprendido y, en cierto modo, hasta alarmado con lo que le contó, no podía negarle el mérito de la audacia y la originalidad. Le dio su bendición y le aconsejó amistosamente que fuera preparándose para su viaje a Roma.

Cuando concluyó la comunicación, don Raimundo se quedó como atribulado. No sabía qué era, pero algo en el tono de la voz del superior, quizás su injustificado desasosiego, o su interrogatorio inusitadamente apremiante, lo había inquietado. Era

como un presentimiento de que algún peligro desconocido, alguna amenaza oculta, lo estaba acechando.

Como no encontró ninguna razón lógica para justificar ese vago temor, lo atribuyó a su cita con Griselda y a la situación que se había creado entre ellos, lo cual, sin duda, lo había trastornado emocionalmente.

Había dejado de llover, y por momentos el sol lograba disipar las cargosas nubes que insistían en opacarlo. Fue caminando hasta la Biblioteca Municipal a devolver un libro, y luego se llegó en taxi hasta el colegio San Orán, en la calle Güemes, donde se reunió brevemente con los docentes encargados de continuar las clases iniciadas por él, saludó a algunos de los chicos de tercer año que se le cruzaron, y conversó a solas con el presbítero Narváez. Este lo anotició de que un par de padres, gente relacionada con la política local, lo habían interrogado sobre las clases que había dictado don Raimundo, aunque le aseguró que ambos habían quedado conformes con las explicaciones recibidas. Se notaba que al padre Narváez le desagradaba tener que dar la cara para justificar esas clases con las que él estaba en franco desacuerdo. Don Raimundo le encareció al sacerdote que ante cualquier otro requerimiento de esa naturaleza lo llamara de inmediato al hotel, que él se dirigiría en el acto al colegio a fin de conversar con quien planteara sus dudas o pidiera información.

Apenas tuvo tiempo para regresar al hotel y cambiarse de ropa. Se puso una remera, un pantalón de corderoy y un saco nuevo de gamuza que había comprado esa misma mañana. A las doce y medía estaba en la puerta del hotel esperando a Griselda quien llegó con puntualidad. Don Raimundo subió al automóvil y luego de consultarse adónde irían, se decidieron por a un típico restaurante de la banquina del puerto.

—¿Cómo salió todo? —preguntó don Raimundo.

—Ay —exclamó ella sonriendo—, qué momento, Raimundo.

—¿Pero qué pasó? No me tengas en ascuas, por favor...

—No; bien, bien, todo salió bien —lo tranquilizó Griselda apoyando levemente su mano derecha sobre la rodilla de Raimundo—. Te digo que fue una experiencia pedagógica extraordinaria. Nunca creí que se pudiera hablar de estos temas con las adolescentes con tanta altura y respeto. Viviana quedó encantada. Con decirte que sonó el timbre y las chicas nos pidieron que nos quedáramos, que aprovecháramos el recreo para continuar la clase.

—Pero qué bien, Griselda, que alegría me das.

—Mirá, Raimundo, lo que parecía una locura se transformó en un descubrimiento fantástico. ¡Qué necesidad tienen los chicos de que se les hable de su sexualidad! Con Viviana salimos del aula emocionadas.

—¿Qué experiencias tienen esas chicas?

—Casi todas han hecho transa con chicos más grandes. Ninguna reconoció haber tenido relaciones sexuales propiamente dichas, aunque tuve la certeza de que dos o tres de ellas sí las habían tenido, y quizás con resultados frustrantes.

—¿Cómo manejaron el tema de la virginidad y los preceptos religiosos?

—Raimundo, no sabés cómo tenemos que agradecerle tus consejos. Cuando les dijimos a las chicas que pueden elegir responsablemente su vida pero que no deben regalarse, como decís vos, porque lo más desvalorizante de sí misma que puede hacer una mujer, es entregarse al primero que aparece, vimos que todas, muy serias y en absoluto silencio, asentían con la cabeza.

Eran las palabras que estaban necesitando, pobrecitas. ¡Sos un genio Raimundo!

—Bueno, gracias, pero no es mérito mío sino de ustedes que supieron transmitirlo. ¿Qué pasó con el control de la natalidad?

—Una chica sacó el tema y no tuvimos más remedio que desarrollarlo. Expusimos la posición tradicional de la Iglesia y después nuestra opinión sobre la relatividad del contenido dogmático de la prohibición. Muchas de ellas intervinieron y opinaron criteriosamente sobre la cuestión. Una alumna nos sorprendió al opinar que una mujer moderna podía llegar a tener en toda su vida dos, tres, cuatro hijos, a los cuales criar y educar responsablemente, pero que en cuarenta años de vida matrimonial tenía la opción de disfrutar con su esposo de más de diez mil cópulas, con el propósito exclusivo de alimentar la dicha de la pareja, sin proponerse procrear cada vez que lo hacen.

—¿Diez mil? —exclamó don Raimundo incrédulo— ¿Cómo los habrá contado?

—Mirá, no sé —dijo riendo Griselda mientras ponía la primera para cruzar un semáforo de Juan B. Justo que le daba luz verde—, habrá calculado uno por día, qué se yo, no hice la cuenta. Pero el concepto es inobjetable.

—Sin duda, plantea un contraste muy elocuente. Cuatro contra diez mil.

—Bueno, lo del control de la natalidad se agotó sin necesidad de hablar mucho. Lo que más les interesó fue la descripción que les hicimos del acto sexual, de la anatomía genital masculina y del uso del preservativo. Quedaron entusiasmadísimas con la clase de mañana, aunque no les dijimos en qué consistirá.

—Qué bien, Griselda, las felicito...

Llegaron a un característico restaurante de la banquina. Griselda estacionó su automóvil en la amplia y semivacía playa de

estacionamiento. Ingresaron al local y eligieron una mesa en la planta alta.

—Quiero comer paella y tomar un vino blanco, me lo merezco —exigió Griselda resplandeciente

Hicieron los pedidos al mozo y se quedaron en silencio mirando como distraídamente la decoración típicamente marinera del lugar. El cielorraso, las vigas y las paredes estaban revestidas en cedro intensamente barnizado. Faroles y lámparas de bronce pulido completaban el toque cálidamente naviero.

Los dos sabían íntimamente que ninguno se animaba a iniciar la conversación que más los inquietaba. Finalmente sus miradas se encontraron. Ella clavó sus ojos verdes en el rostro de Raimundo. Su ligero entrecejo acentuaba ahora ese aire de amorosa tristeza que había subyugado a Raimundo en la escena de la noche anterior. En sus mejillas, dos imperceptibles arrugas curvas que bordeaban los extremos de sus labios gruesos embellecían su rostro delgado con esa pátina tan atractiva que les da el tiempo, todavía piadoso, a las mujeres que pasan levemente de los treinta.

Sonrió mientras lo seguía mirando. Esa mirada le pareció irresistible a Raimundo quien se decidió a tomar la iniciativa.

—Griselda, ¿qué nos pasó anoche y qué nos está pasando en este momento?

—No sé —respondió ella por toda respuesta. Lo siguió mirando con desenfado.

—Soy un hombre mayor, es lógico que me atraiga una mujer hermosa como vos. Pero no puedo entender que yo pueda interesarte...

—Me gustás mucho, Raimundo —lo interrumpió ella—, me gustás como hombre, tu edad no tiene nada que ver. Cuando me besaste anoche sentí, no sé, algo que no había experimentado en

toda mi vida. Estoy confundida, no sé si está bien, no sé si esto es amor. Lo único que sé es que me siento atraída hacia vos.

—Yo siento lo mismo, Griselda, pero tengo sesenta y dos años, soy demasiado viejo para vos.

—Es cierto, no te lo voy a negar. La diferencia de edad es muy grande. Pero siento como si eso no me importara. Hoy no te cambiaría por ningún joven del mundo.

Interrumpieron el coloquio. El mozo se acercó con la bandeja y sirvió una porción de paella a cada comensal.

—¡Qué rico que parece esto! —exclamó Griselda—. ¿Me servís vino?

Raimundo llenó las dos copas y brindaron:

—Por el éxito de las clases —dijo don Raimundo torpemente.

—Por nuestra amistad —lo corrigió Griselda.

Bebieron un trago de vino blanco y comenzaron a comer sin decir palabra.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Raimundo sin dejar de comer.

—No sé —contestó ella.

—Sugiero que no hagamos nada hasta que estemos seguros de lo que sentimos.

—Pero quiero verte todos los días.

—Podemos vernos, sí —trató de explicarse Raimundo—, pero como amigos, no como amantes.

—Raimundo, no pienso en vos sexualmente..., al menos por ahora.

—Yo tampoco.

—Pero te confieso que en este momento querría abrazarte y besarte. No sé que me pasa, pero... estoy loca por vos.

Ella tomó su mano y se miraron apasionadamente. Raimundo se inclinó sobre la mesa y la besó ligeramente en la boca. Le dio vergüenza, ese era el gesto propio de un joven y no era bien visto en personas mayores. Había poca gente en el lugar, pero sintió en su nuca el roce de algunas miradas ásperas.

—Desde que enfermó mi esposa, hace más de cuatro años, no he tenido relaciones íntimas con ninguna mujer —murmuró como apocado Raimundo—, no sé si sería capaz de... poder hacerlo ahora. No me tengo mucha confianza.

—Raimundo —lo interrumpió ella para animarlo—, vos me decís eso, ¿y qué tendría que decir yo, entonces? Escuchame, te voy a hacer una confesión que jamás le hice a nadie: soy virgen.

—¿...?

—Cuando dijiste que una mujer no debía regalarse a cualquier hombre y que solo tenía que pertenecer a quien lo mereciera, contaste mi vida sin saberlo. Conocí a muchos jóvenes y hombres grandes que lo primero que querían era acostarse conmigo. Pues bien, ninguno lo mereció, por eso no me regalé. Al fin y al cabo todavía soy joven —rió—, creo que estoy a tiempo, ¿no?

—Estoy maravillado. Pero, ¿anduviste de novia, te enamoraste alguna vez de alguien?

—Mi vida sentimental ha sido un desastre. Una vez me enamoré de un hombre casado. Pero no pasó nada porque me aparté de él y lo olvidé. Tuve un par de novios que me gustaban mucho aunque no los amaba. Como no pudieron convencerme de ir a la cama terminaron por abandonarme. Pero no creas que soy una mujer frígida —aclaró con una sonrisa—, disfruté sexualmente con las caricias de todos ellos, y cuando quise supe prodigarlas. Sólo que ningún hombre se ganó el premio de romper el precinto. Bueno..., hasta ahora.

—¿Por qué decís “hasta ahora”?

—Porque creo —dijo ella con gran seguridad— que encontré al hombre que tiene que hacerme suya.

—Griselda, yo...—balbuceó con timidez Raimundo.

—Raimundo. No quiero que vayamos corriendo a un albergue transitorio. Dejemos que el tiempo nos aclare las dudas.

—Entonces... —preguntó Raimundo en tono pueril— ¿Somos algo así como novios ahora?

—Somos novios —afirmó ella con una tierna sonrisa.

—Pero en secreto —propuso Raimundo—; no sería nada grato que tu familia se enterara de esto ahora. Sobre todo por el problema de tu papá...

—Sí, eso quería decirte. Necesito contar con vos y tenerte cerca de mí. Después no sé qué pasará con mi vida. Voy a necesitar un tiempo.

—Me vas a tener a tu lado cuando me necesites. Si querés verme, allí estaré. Si necesitás estar sola, voy a respetar tu voluntad.

—Sos un amor —le dijo ella apretando su mano. Miró su reloj—. Tenemos que irnos porque mamá me espera en la clínica.

Don Raimundo pagó la adición y se retiraron del restaurante. Griselda detuvo su automóvil en la puerta del hotel y luego de acariciar tiernamente las mejillas y el cabello de Raimundo, lo besó en la boca y le pidió amorosamente que no se quedara estático, que se bajara de una vez.

Parado en la vereda como si estuviera flotando en el espacio, Raimundo se quedó mirando embobado el automóvil gris que se perdía en medio del tránsito vespertino. No podía creer que en ese rodado viajara una joven y bella mujer que acababa de confesarle que estaba loca por él.

16

UN PERIODISTA PROMETEDOR

El joven motociclista yacía de espaldas, inmóvil y ensangrentado, bajo una fría llovizna. Una unidad móvil del Canal 102 había llegado al lugar del accidente, en pleno centro de Buenos Aires, antes que la policía y la ambulancia. Javier Ramírez, joven cronista de exteriores recién egresado de una de las tantas escuelas de periodismo de la ciudad, dio rápidas instrucciones al camarógrafo y al iluminador y se agachó junto al herido tratando de obtener algunas declaraciones.

—¿Cómo te sentís? —le preguntó procurando no apoyar los pies en el charco de sangre. Puso el micrófono cerca de la boca del motociclista quien con los ojos abiertos e inexpresivos respiraba con dificultad y balbucía palabras incoherentes.

Un potente reflector iluminaba intensamente al moribundo mientras la cámara lograba un impresionante primer plano de ese rostro pálido ya desfigurado por la inminente muerte. La garúa inclemente empapaba las ropas ensangrentadas del motociclista y dificultaba el trabajo de aquellos abnegados profesionales de la comunicación social.

—¿Querés decirle algo a tus familiares?

El motociclista torció la boca en un gesto convulso, gimió y expiró.

Javier Ramírez se incorporó y siguió hablando por el micrófono mientras hacía enérgicas señas a sus compañeros para que continuaran tomando de cerca esa máscara cadavérica por cuyas córneas corría el agua de lluvia como si rezumara extrañas lágrimas.

—Estamos conmocionados —dijo Javier con afectado desasosiego—, hemos visto morir a este chico a quien quizás sus padres o su novia están esperando en algún lugar de esta ciudad, una víctima más del salvajismo del tránsito porteño. ¿Hasta cuándo tendremos que seguir presenciando estos hechos injustificables y desgarradores en las calles de Buenos Aires? Esta vez la víctima ha sido un hombre joven, tal vez no tenga más de veinticinco años, atropellado por un automovilista asesino que se dio a la fuga. Creo que tenemos que decir basta a estas muertes injustas. Y esa es una de las misiones ingratas del periodismo, que muestra la realidad por atroz que sea, para que aprendamos a vivir con respeto por los demás. Javier Ramírez, para canal 102.

Esa noche Javier Ramírez tuvo otra de sus tantas desilusiones laborales. La nota sobre la muerte del motociclista no fue al aire. Indignado, encaró a su supervisor de exteriores quien se limitó a encogerse de hombros:

—El que toma las decisiones es Ledesma ¿A que no te animás a pedirle explicaciones a él?

—¡Qué no me voy a animar! Ya estoy harto de romperme el culo para que ese hijo de puta se cague en mi trabajo.

El director del noticiero, un morocho corpulento de grandes bigotes negros y aspecto de oso enfurecido, apenas si le prestó atención:

—¿Por qué no mandé al aire esa nota de mierda que hiciste? Por que se me cantó. ¿Tenés algún problema, pendejo? —le contestó despectivamente Ledesma.

—Sí, quiero saber el motivo, porque era una nota excepcional, dramática, no se consigue todos los días que un hombre muera frente a las cámaras.

—Mirá, pibe, la nota que hiciste es una mierda. Te pasaste de rosca; ¿en qué país crees que estamos? Los televidentes quieren escándalos pero no espectáculos macabros. Y otra cosa, ¿querés que la familia nos haga una demanda? ¿Vos estás loco? Me parece que no vas a aprender nunca a trabajar. ¿Qué te enseñaron en esa escuela trucha de periodismo?

—Yo cumplí las instrucciones que usted me dio: “Andá, pibe, y matalos” ¿No es lo que nos dice a los que salimos a la calle?

—¡Pero chupame un huevo! Andá, andá, no me hagas perder más tiempo.

—¿Lo sabe el director general del canal?—preguntó indignado Javier.

—¿Qué cosa? —gritó Ledesma.

—Que se suprimió la nota del motociclista.

—Decime, pibe, ¿vos te crees que el director general está para estas pavadas? Mirá, andate a tu casa y mañana venite con las pilas puestas, y hacé lo que te mandan. Vos estás acá para cubrir los accidentes en la calle y las movilizaciones de las putas en Palermo. Nada más. No tenés derecho ni a pensar, ¿entendiste? Acá el único que piensa soy yo. Y el que decide qué nota va y cuál no va, soy yo. Y si seguís tan flojo te voy a mandar a buscar chismes de la farándula.

Javier Ramírez debió tragarse una vez más esa tizana mezcla de humillación y descorazonamiento que le preparaba casi a diario su despótico superior. Pero esta vez no estaba dispuesto a dejar las cosas así. Al día siguiente pidió una audiencia con el director general. Sabía que eso no le iba a gustar a Ledesma, pe-

ro ya estaba harto de que le obstruyera su progreso y lo desvalorizara permanentemente. Se jugaría a todo o nada. Quería ser un periodista famoso y se sentía con suficiente talento como para lograrlo. Pero tenía que puentear a quién sea y saltar hasta el jefe máximo porque de lo contrario jamás podría librarse de su triste destino de felpudo de Ledesma.

Tuvo suerte: el director general accedió a recibirlo. Javier era un joven audaz y ambicioso. Sin vacilaciones le explicó al ejecutivo lo que pretendía: quería progresar y para ello necesitaba la oportunidad de hacer una nota importante. Le habló sobre sus ideas, sus proyectos y su concepto del periodismo moderno. Algo debió de haber visto el director general en la personalidad de aquel movilero porque mientras lo escuchaba mandó pedir su legajo personal. Ojeó la carpeta amarilla que le acercó su secretaria y miró con atención y en silencio a Javier para que siguiera exponiendo todo lo que tenía que decir. Cuando éste terminó, el director general volvió a mirar el legajo:

—Ajá... —musitó mientras leía—. Acá dice que sos discutidor, poco disciplinado y que para vos el periodismo no tiene límites éticos.

—Señor —respondió Javier con pasión—, no me han permitido demostrar mi capacidad. En cuanto a los límites, cumplo lo que me mandan, llego hasta donde la empresa quiere que llegue.

—¿Y qué es lo que pretendés?

—Quiero una nota importante sobre un tema que atrape a la opinión pública.

—¿Como movilero?

—Más que eso, quiero hacer investigaciones periodísticas.

—¿Sabés como trabaja Canal 102?

—Sí, con intrepidez, competitividad y... si me lo permite... con pocos escrúpulos.

—Epa, ¿cómo con pocos escrúpulos? —le respondió con una sonrisa sardónica el ejecutivo—. Ese concepto está mal empleado. Hacemos, es verdad, un periodismo agresivo, valiente, descarnado, si se quiere, pero no sin escrúpulos. Nosotros tenemos un severo código de ética.

—Me expresé mal —se corrigió hábilmente Javier—: periodismo valiente y agresivo, así como usted lo dice. Pues bien, yo me siento totalmente identificado con esa política del canal.

—Bien, vamos a ver: ¿estarías dispuesto a viajar al interior para hacer unas notas especiales que estamos preparando?

—Sí, claro, dónde usted lo disponga. Sólo que...

—¿Sí?

—¿Tendré que trabajar con Ledesma?

—Es bravo el Negro ¿no? —dijo risueño el superior—; pero no te preocupes, si te mandamos a ese lugar vas a trabajar directamente bajo mis órdenes. Pero mientras tanto, seguí con tu jefe sin buscarte problemas. Yo te voy a avisar.

—¿Puede anticiparme algo?

—En absoluto. Se trata de una operación muy confidencial. Pero prepárate, porque dentro de algunos días vas a viajar a una ciudad del interior para armar una nota espectacular. Vas a ir con un camión de exteriores y un equipo de técnicos a tus órdenes. No hables de esto con nadie. ¿Te parece bien?

—Cuenta conmigo, señor, y gracias.

—Andá tranquilo, pero mirá que te vas a tener que jugar. Si lográs el impacto que buscamos te voy a poner al frente de los operativos complejos. Si no, lo lamento, Javier, pero vas a tener que seguir bajo la bota de Ledesma, entrevistando travestis o cubriendo los entierros de los delincuentes pobres abatidos por la policía.

17

HECHOS INESPERADOS E INCONTROLABLES

El jueves y el viernes las profesoras dictaron sus dos últimas clases en el Instituto de Mujeres. El viernes por la tarde se encontraron con don Raimundo para evaluar los resultados. Al día siguiente don Raimundo redactó un amplio y minucioso informe para el superior de la Orden y lo despachó a última hora. No había vuelto a encontrarse a solas con Griselda porque ésta quiso acompañar a su padre en sus últimas horas. El domingo don Raimundo recibió en el hotel la esperada mala noticia. Pasó el resto de ese día y toda la noche en el velatorio. El lunes por la mañana enterraron al señor Teleman. Raimundo, extenuado, regresó al hotel para comer algo y acostarse.

Durmió toda esa tarde, se levantó ya de noche y salió a caminar un poco por la ciudad, fue al cine para distraerse y a eso de las once cenó y regresó a su habitación. Durmió toda la noche de un tirón. El martes se despertó a las siete de la mañana. Se bañó, se afeitó y bajó a la confitería para desayunar y leer las noticias del día.

Cuando tomó el diario local *La Capital* y echó un vistazo a los titulares de la tapa, tuvo un estremecimiento. En un destacado recuadro sobre la derecha se leía con grandes caracteres: **“ESCANDALO SEXUAL EN COLEGIOS ORANITAS”**.

—¡Dios Santo! ¿Qué es esto?—, pensó espantado.

Con avidez, leyó el acápite de letras más pequeñas y sintió que el corazón se le paralizaba: *“El inspector general de la Or-*

den de San Orán de Catanzaro y dos docentes del Instituto de mujeres Santa Anaclleta, acusados de corrupción de menores. La denuncia ha sido radicada por el fiscal Dr. Gervasio Sappo ante el Juzgado de Garantías de turno a cargo del Dr. Romualdo Sanhedre”.

La nota periodística era breve y revelaba el nombre y apellido de don Raimundo, a quien se lo sindicaba, en modo condicional, como autor penalmente responsable del presunto delito de abuso deshonesto en perjuicio de alumnos y alumnas menores de edad, ilícito en el que también habrían participado activamente dos profesoras de Santa Anaclleta —no identificadas— y que se habría consumado durante el desarrollo de clases de educación sexual no autorizadas, dictadas ilegalmente en los prestigiosos colegios secundarios de la congregación oranita.

Desesperado, Raimundo subió a su habitación y llamó por teléfono al superior general.

—¡Monseñor, me han denunciado por corrupción de menores! —le dijo casi a gritos a monseñor Bonetto.

—Me lo acaban de informar, don Raimundo. Tranquilícese, todo se va a aclarar. Ya mismo le hablo a nuestro abogado en Mar del Plata para que lo asista; es el doctor Héctor Gotieri, véalo en medía hora. Anote la dirección...

Raimundo escribió nerviosamente en su agenda el domicilio y el teléfono que le pasaba el superior. Preguntó exaltado:

—¿Pero que fue lo que pasó, monseñor? ¿Cómo me han hecho esa denuncia?

—No sabemos nada, don Raimundo. Hasta que nuestro abogado vea el expediente no podemos tener ni idea de lo que ocurrió.

—Monseñor, esto es terrible, ¡Yo, corruptor de menores! ¿Usted se da cuenta del horror de esa acusación?

—Lo comprendo, don Raimundo, pero lamentablemente la denuncia ha sido interpuesta. Tendrá que defenderse y demostrar su inocencia. No se preocupe por los gastos. La Orden se hace cargo de todo, incluso... si hubiera que pagar una fianza.

—¡Fianza!, ¿pero... es que voy a ir preso?

—Vea, según nuestros asesores legales cuando los menores involucrados tienen más de doce años el delito de corrupción es excarcelable, por lo tanto no habría que preocuparse por una eventual orden de detención. Aunque, claro, podrían cambiar la carátula, si es que el juez encontrara otros elementos... Pero no nos anticipemos.

—¿Y las profesoras?, ellas también han sido acusadas. ¿Las van a asistir como a mí?

—En principio, el mismo abogado los va a defender a los tres. Luego, veremos...

—¡Cómo que luego veremos! ¡Monseñor, las docentes cumplieron lo que yo les ordené. Ellas son más inocentes que yo. Esto es una gran injusticia, y para peor una de las chicas acaba de perder a su padre!

—Cálmese, don Raimundo. No las vamos a abandonar...

—Pero acláreme por qué dijo “luego veremos”.

—Es que cuando interviene la Justicia no podemos tomar partido. Habrá que investigar si la denuncia es por las clases o por algo más... En lo que a usted respecta, don Raimundo, ponemos las manos en el fuego, pero a esas docentes, vea, aquí ni las conocemos.

—¿Cómo me dice eso, monseñor? Se trata de chicas excelentes que dieron esos cursos con toda la voluntad de colaborar con la Orden.

—Escuche, don Raimundo, usted apenas las conoce, ¿cómo sabe si no hubo algún exceso por parte de ellas? Hay que esperar

las pruebas y los testimonios que se presenten. ¿Quién le dice, don Raimundo, que en una de esas usted se ha visto involucrado por culpa de ellas?

—Eso que está insinuando es abominable, monseñor, no lo puedo creer de usted.

—Raimundo, Raimundo, ¿qué le pasa?, estamos hablando de dos profesoras que usted apenas trató durante un par de semanas y ya las defiende como si fueran de su familia.

—Es que a una de ellas, a Griselda Telemán, llegué a conocerla muy bien...

—No me dirá, don Raimundo, que se ha enredado con una de las profesoras...

—Monseñor, entre Griselda y yo ha surgido una relación afectuosa. Prefiero confesárselo ahora y no que lo averigüe usted por otros medios.

—¿Qué clase de relación? ¿Amorosa?

—Sí...

—Ay, don Raimundo, qué macana, eso puede empeorar su situación procesal.

—¿Pero de qué situación me habla, si yo no he hecho más que cumplir escrupulosamente lo que usted me ordenó?

—Espere, don Raimundo, no olvide lo que conversamos aquí. Usted tiene que hacerse responsable de todo sin comprometer a la Orden.

—Yo sé muy bien lo que prometí, y no me desdigo, pero en su despacho hablamos de un posible escándalo y no de un proceso penal por corrupción de menores...

—Con más razón, Raimundo. Debemos preservar el buen nombre de la Orden y la reputación de nuestros colegios. Nosotros lo vamos a asistir legal y económicamente. Incluso a las dos profesoras, si usted insiste, pero no se le ocurra involucrarnos

porque en ese caso... nos veríamos obligados a desmentirlo y expulsarlo de la Orden.

—Monseñor, lo que usted me está diciendo... —la voz se le incrustó en la garganta.

—Tengo que dejarlo, Raimundo. Vendrán a entrevistarme de varios medios y yo tengo la obligación de decir que no sé nada, que confiamos en la justicia y cosas así. Hágase responsable de todo y defiéndase que nosotros no lo vamos a abandonar. Después de todo usted no hizo nada reprochable. Todo se va a aclarar.

Raimundo estaba pasmado. Todo aquello le parecía un sueño. No se atrevió a telefonar a Griselda. Se sintió descompuesto. Hizo un esfuerzo y salió del hotel para ir a ver al abogado, cuyo estudio estaba a unas pocas cuadras de allí.

El doctor Gotieri acababa de recibir la llamada de monseñor Bonetto. Era un hombre afable bastante viejo, calvo, más bien bajo, rechoncho y miope, usaba anteojos de gruesos cristales que apenas dejaban ver dos ojos diminutos encerrados en infinitos círculos concéntricos. Se especializaba en derecho penal y en derecho canónico. Una bonachona y permanente medía sonrisa parecía anunciar a sus atribulados clientes que para esa cabeza lúcida y experimentada el derecho penal y los embrollos tribunales no tenían secretos.

Don Raimundo le relató todo lo que había hecho —por iniciativa propia, recalcó— para proporcionar a los alumnos de los dos establecimientos oranitas una sólida educación sexual con énfasis en la prevención del sida mediante el uso del preservativo. Lo informó sobre el contenido y desarrollo de sus clases y de las clases dictadas por las dos profesoras de Santa Anacleta. El doctor Gotieri tomó nota de todo, se quedó pensando, le hizo algunas preguntas a don Raimundo, y luego le dijo:

—Bien, profesor. Esteee... cómo se llama, por ahora no podemos hacer nada más. Ya me voy para Tribunales con un pedido de eximición de prisión para los tres, por si fuera necesario. Luego voy a intentar que me dejen leer el expediente. Si hay secreto de sumario, voy a pedir que lo citen a declarar cuanto antes. Esteee... cómo se llama, por supuesto, antes de la indagatoria tendremos que trazar, como se llama, la estrategia de la defensa. Nos mantenemos en contacto.

—Gracias, doctor —respondió apesadumbrado don Raimundo—, ¿alguna recomendación especial?

—Yo no me haría ver mucho —le sugirió con su invariable media sonrisa—. Cómo se llama... si el periodismo se le echa encima, diga la verdad. Por lo que usted me contó, no hubo ningún delito, aunque en derecho todo es cuestión a veces de interpretación y de matices... cómo se llama...

Cuando Raimundo regresó al hotel se encontró con Griselda que lo esperaba en la recepción. Estaba pálida y temblorosa. La llevó a la confitería y le pidió un café. Le contó lo que acababa de hablar con el abogado de la Orden, pero le ocultó los aspectos negativos y hasta repugnantes de su conversación anterior con monseñor Bonetto.

—¿Cómo te enteraste? —le preguntó Raimundo.

—Me llamó la madre Fernandita a casa. Está destrozada. Según ella, ningún padre se quejó por las clases. Parece que hicieron la denuncia directamente ante la fiscalía. Hasta ahora no se sabe quiénes fueron. Esto es incomprendible. Todo había salido tan bien, estábamos tan satisfechas y las chicas tan agradecidas. La madre está preocupadísima, le ordenaron viajar de inmediato a Buenos Aires. Parece que la Orden va a intervenir el instituto.

—¿Cómo decidieron todo tan rápido?

—No sé. Hicieron lo mismo con el colegio San Orán.

—Lo misterioso es que se nos acusa de corrupción en los dos colegios. Pudo haber sido en uno, o en el otro, pero en los dos... —Raimundo se quedó pensativo.

—¿Qué vamos a hacer, Raimundo.

—Esperar y defendernos. Alguien nos ha tendido una trampa infame, no puedo sospechar de nadie, y menos imaginar los motivos.

—Se divulgó en todos los medios locales, y hasta lo pasaron por varios canales de cable de Buenos Aires. ¿Cómo es posible que haya trascendido de esa manera?

—Hoy no salió nada en los diarios de la capital, pero seguramente mañana todos van a recoger la noticia. Después del escándalo de ese juez homosexual y de la maestra salteña que sedujo a su alumno de doce años, no había aparecido ningún otro acontecimiento que estimulara y alimentara la avidez morbosa de la gente.

—La madre me autorizó una licencia de una semana.

—¿Y Viviana?

—Parece que viajó a Entre Ríos. Me llama la atención que no se haya comunicado conmigo, supongo que los padres ya la habrán informado.

—Griselda, yo soy el responsable de todo esto. Las voy a exculpar declarando que yo les di las órdenes, lo cual es la pura verdad.

—Pero vos recibiste instrucciones de tus superiores.

—Sí, pero no puedo decirlo, me comprometí a defender el honor de la Orden aunque tenga que cargar con todas las culpas.

—¡Eso es una injusticia!

—Sí, pero di mi palabra y la voy a cumplir.

—Y mientras tanto, ¿qué hacemos?

—Creo que lo mejor es que no nos veamos por un tiempo, excepto en lo del doctor Gotieri si fuera necesario. Si los medios descubrieran nuestra relación serían capaces de hacernos aparecer como una pareja de pedófilos.

—Raimundo, lo que decís es espantoso.

—Sí, Griselda, pero es la realidad de esta inmundicia en la que vivimos. Nos van a crucificar. Quiero que confíes en mí y hagas todo lo que te pido. Voy a tratar de dejarlas fuera de este escándalo. Hasta ahora sólo se ha publicado mi nombre. A lo mejor puedo lograr que no se divulgue el de ustedes dos.

El gerente del hotel se acercó discretamente a don Raimundo para comunicarle que había llegado un móvil de Canal 102 para entrevistarlos. Le preguntó si estaba dispuesto a recibirlos.

—¡Mierda...! ¿Qué hago? —farfulló Raimundo desorientado.

—Puedo decirles que usted no está en el hotel —se ofreció solidariamente el gerente—, pero lo van a andar buscando por todas partes. Usted sabe como es esta gente.

—Bueno, no tengo alternativa. Los voy a atender. Hágalos pasar a alguna oficina que ya voy.

Cuando el gerente se retiró, Raimundo tomó fuertemente a Griselda por los hombros.

—Andate, que no te vean. Yo voy a aclarar la situación de ustedes.

—Llamame, por favor, y cuidate, mi amor.

Apesadumbrado, Raimundo se despidió de aquella chica que ahora le parecía más indefensa que nunca. Hizo un esfuerzo para restaurar su alicaída imagen y se presentó en la oficina de la gerencia donde varios técnicos histéricos y con raros atuendos ya habían armado para la entrevista toda una parafernalia de cables, consola, micrófonos, reflectores y cámaras.

Saludó al joven periodista que lo iba a entrevistar, se sentaron en dos sillones y se encendieron las luces:

—Profesor Argenta, se lo ha denunciado ante la Justicia por corrupción de menores —dijo a boca de jarro el movilero—, ¿qué nos puede decir sobre tan grave acusación?

—Que es una infamia —respondió enfáticamente don Raimundo—; soy un docente con cuarenta años de limpia trayectoria y un apellido honorable. Desconozco los términos de la denuncia porque todavía no he sido citado por la Justicia. Pero desde ya rechazo todos los cargos por calumniosos.

—Hemos hecho algunas investigaciones, profesor —continuó el periodista—, y parece que las denuncias han sido efectuadas por varios padres de alumnas y alumnos de tercer año, directamente ante la fiscalía y bajo reserva de identidad. Estos padres sostienen que usted y dos profesoras laicas hicieron demostraciones obscenas ante los adolescentes con la excusa de darles una lección no autorizada de educación sexual.

—Dimos clases sobre educación sexual, es verdad. Pero no fueron obscenas sino eminentemente didácticas.

—Se dice que usted usó bananas para que los alumnos les pusieran un profiláctico.

—El objetivo de las clases era prevenir el contagio del sida. Les enseñamos a los chicos a usar preservativo. Lo mismo que muestran ustedes por televisión.

—¿Pero utilizó bananas?

—No voy a contestar eso. Sólo le digo que las clases fueron decorosas. No hubo ningún exceso de nuestra parte.

—¿En el colegio de monjas también se utilizaron profilácticos para hacer demostraciones prácticas?

—Sí, pero allí las clases las impartieron dos profesoras que se limitaron a cumplir mis instrucciones.

—¿Usaron en lugar de bananas unos objetos con forma de pene?

—No voy a contestar esa pregunta porque usted la plantea de una manera indebida.

—¿Qué fue lo que se les enseñó a los chicos?

—A que se cuiden y usen preservativos.

—¿En colegios religiosos?

—Perdón, señor, usted está llevando esta entrevista en forma aviesa. Quiere el escándalo, no la información veraz.

—Está bien, profesor, no se altere, le haré la pregunta de otra manera, a ver: ¿sus superiores de la Orden de San Orán lo enviaron a usted para que enseñara el uso del preservativo en los colegios de la congregación?

—No, yo tomé la iniciativa alarmado por los casos de sida que se han detectado entre los adolescentes. Yo, por mi función, tengo un amplio margen para decidir estas cosas. La Orden no es responsable por esto.

—¿Me quiere decir que hay casos de sida entre los alumnos oranitas de Mar del Plata?

—No, no. Es una cuestión meramente preventiva. Hay muchos casos entre los jóvenes en general. Estoy convencido de que debemos educar sexualmente a los adolescentes en las escuelas secundarias y eso fue lo que hice en forma experimental.

—Bien, profesor, según usted afirma, la congregación desconocía lo que usted estaba haciendo. Pero supongo que el obispo de Mar del Plata estaba enterado.

—Eso no se lo puedo decir.

—¿Cómo! El obispo no podía ignorar esto. ¿No debieron, las autoridades de los colegios, informarlo y pedirle su autorización?

—Sin comentarios.

—¿Sabe que el obispo también ha sido denunciado por haber permitido en su diócesis estas clases clandestinas?

—Lo ignoraba, pero las clases no fueron clandestinas...

—¿Cómo las calificaría usted? Los padres no estaban enterados.

—Los padres tampoco están enterados de que sus hijos suelen tener experiencias sexuales tempranas y que se exponen al sida por su falta de información. Yo traté de evitar eso.

—¿Estuvo usted visitando recientemente un *Sex shop*?

Don Raimundo empalideció ante ese golpe bajo. ¿Cómo era posible que ese movilero estuviera enterado de su visita a ese comercio?

—Niego totalmente eso —contestó con firmeza.

—Sin embargo entrevistamos hace minutos al propietario de un negocio de artículos sexuales que nos aseguró que usted había hecho insistentes consultas sobre prótesis, digamos, masculinas (no puedo ser más explícito porque estamos en el horario de protección al menor), y también había solicitado demostraciones de muñecos inflables, también masculinos.

—Le repito, eso es falso.

—Profesor, si usted hubiera buscado esos objetos para su uso personal, no tendríamos ningún derecho de ventilarlo. No pretendemos juzgar sus inclinaciones ni sus fantasías íntimas. Pero según este comerciante usted le dijo que quería esos artículos para usarlos con sus alumnos.

—¡Eso es mentira!—respondió fuera de sí don Raimundo— voy a demandar por calumnias e injurias a ese comerciante, y también a su canal por las infamias que está divulgando.

—Tranquilícese, profesor. Este es un canal responsable y nunca faltamos a la verdad. Tenemos grabada la entrevista con ese vendedor, la cual será difundida por el noticiero de esta no-

che junto con esta nota y otros testimonios. Además obtuvimos el video de seguridad del *sex shop*. Se trata de una cámara oculta que graba todo lo que pasa en el local. Allí se lo ve a usted tocando y contemplando las prótesis de diversos tamaños y también observando los detalles de un muñeco mientras el vendedor lo infla y lo invita a que le toque sus partes íntimas.

Esta revelación terminó de derrumbar a don Raimundo. ¿Qué podía decir ante aquellas evidencias que él mismo, en su desprevenida ingenuidad, había sembrado por todas partes?

—Señor, niego todo lo que usted dice. Tengo derecho a defenderme ante tantas calumnias. He querido dar la cara ante las cámaras porque no tengo nada que ocultar, pero mi letrado me aconsejó guardar reserva, por lo tanto, doy por terminada esta entrevista.

Don Raimundo se levantó de su asiento y se alejó de las luces. Mientras se retiraba abriéndose paso entre los numerosos curiosos que se habían amontonado junto a la puerta de la gerencia, escuchó el cierre de la nota desde un parlante que los técnicos habían instalado en el medio de la recepción:

—El profesor Raimundo Ezequiel Argenta, inspector general de los institutos oranitas de la República Argentina, con quien acabamos de dialogar en exclusiva, ha sido denunciado por corrupción de menores. Abrumado por las pruebas que reunió el Canal 102 en la breve investigación que llevamos a cabo esta mañana en la ciudad, se ha retirado intempestivamente sin aclarar lo que la comunidad, y en especial, las familias de los alumnos afectados, le están reclamando. Los videos obtenidos en esta investigación periodística serán puestos a disposición del Juzgado del doctor Sanhedre. Entretanto, trascendió que el obispo de Mar del Plata, monseñor Anteres Melitano, habría sido acusado por el fiscal de partícipe necesario en el delito de co-

rrupción de menores, aunque esta versión no ha sido aún confirmada. Desde Mar del Plata para todo el país, Javier Ramírez. Adelante estudios centrales.

18

MONSEÑOR BONETTO RECIBE LOS MERECIDOS
ELOGIOS DEL CANCELLER

Monseñor Segismundo Bonetto se recluyó en sus habitaciones privadas, se sirvió un whisky doble y se sentó frente al televisor. Eran las nueve de la noche y acababa de comenzar el popular noticiero de Canal 102. En la lectura de los títulos habían prometido, con sensacionalismo, “inéditas revelaciones sobre el caso de corrupción en escuelas religiosas de Mar del Plata”. Los dos primeros bloques habían concluido con el insistente anuncio gancho de que “cuando nos volvamos a encontrar pondremos en pantalla increíbles testimonios obtenidos por nuestros periodistas en la investigación exclusiva de Canal 102”. Los nervios consumían al superior.

Por fin el conductor del programa anunció la esperada nota. Con la agilidad característica de la televisión, el canal puso en pantalla la entrevista concedida por el profesor Argenta, pero con numerosos cortes malintencionados que mutilaron las respuestas correctas y resaltaron las evasivas y los reconocimientos parciales que el imputado parecía haber hecho. La compaginación del reportaje era aborrecible. Cuando el movilero le pregunta a don Raimundo si anduvo por el *Sex Shop* y aquél le responde “¡Niego totalmente eso!”, aparece en pantalla el vendedor de ese comercio relatando con mucha locuacidad las consultas que el docente le había formulado sobre diversos artículos. “¡Niego totalmente eso!”, dice otra vez la imagen del profesor, intercalada mediante un montaje malicioso. “¿El profesor le dijo para qué los quería?”, le pregunta el movilero al vendedor. “Sí,

me explicó que los iba a usar con sus alumnos”. “¡Niego totalmente eso!”, vuelve a decir el enojado Don Raimundo, esta vez con efectos de gran comicidad. A continuación el conductor central, muy serio pero con un tono ligeramente sarcástico, anuncia el video de seguridad del comercio, “que por hallarnos en horario de protección al menor vamos a emitir con omisión de los aspectos más chocantes”, aclara. De inmediato aparece en pantalla una filmación en blanco y negro no muy nítida en la cual aparecen, tomados desde un ángulo del techo, don Raimundo y el vendedor. El video es mudo y muestra a don Raimundo observando y palpando varias prótesis, que por la distancia no son muy evidentes. “¡Niego totalmente eso!”, reitera en primer plano don Raimundo. Luego se lo ve contemplando un muñeco inflable cuyos genitales han sido esfumados por el canal con un recurso técnico. Se ve claro que el vendedor toca esas partes ocultas y las zarandea con el evidente propósito de demostrar su firmeza al cliente. “¡Niego totalmente eso!”, machaca por última vez el despedazado profesor de la congregación oranita.

De inmediato el conductor hace poner en pantalla una nota realizada con el superior de la congregación:

—Estoy muy preocupado por la denuncia —dice un compungido monseñor Bonetto a su entrevistador—, pero ya he dado las órdenes administrativas para que se investiguen los hechos de Mar del Plata y se separen de nuestro cuerpo docente a quienes resultaran responsables.

A continuación el conductor del programa comenta que según trascendidos de último momento, el obispo de Mar del Plata, monseñor Anteres Melitano habría sido denunciado penalmente como partícipe necesario en el delito de corrupción de menores, hecho sin precedentes en la historia eclesiástica nacional. Dijo que no se había podido hablar con los directores de

ambos colegios porque fueron inmediatamente reemplazados y trasladados, ni con ninguno de los padres que habían efectuado la denuncia, cuyas identidades se mantenían en reserva por motivos que se desconocían.

Luego de prometer a la audiencia que el Canal 102 continuaría con las investigaciones de este “sonado caso de corrupción de menores en escuelas religiosas”, el conductor pasó, sin transición, a las imágenes del partido entre Boca y Racing del día anterior.

Monseñor Bonetto se secó el sudor de la frente y vació de un trago el vaso de whisky. Tomó el teléfono y marcó un número.

—¿Vio el noticioso de Canal 102, canciller?

—Sí, quedé impresionado. Pobre tipo, lo hicieron de goma.

—¿Por qué se llegó a ese extremo?

—Y, Segismundo, no podemos controlar los excesos de la prensa. Les proporcionamos la información con exclusividad para que la divulguen y ellos le sacan todo el jugo posible. No tienen escrúpulos...

—Sí, claro. Me apena por ese profesor, es una buena persona...

—La verdad es que lo aniquilaron. Qué periodismo de mierda...

—Bueno, trataremos de ayudarlo para que lo desprocesen. En eso va a tener que darme una mano, ministro.

—Sí, algo vamos a hacer, no se preocupe. ¿Qué medidas piensa adoptar con las autoridades de los colegios?

—Ya ordené la intervención de los dos institutos. Sus directores terminan de abandonar la ciudad y deben presentarse en nuestros colegios de Córdoba. Conviene alejarlos del temporal. Los interventores tratarán de calmar a los padres y restaurar el

buen nombre de la Orden. A don Raimundo lo vamos a mandar a Roma y después pensamos jubilarlo. Convendría que el juez no le trabe su libre desplazamiento.

—Eso lo vamos a arreglar con el ministro del Interior. ¿Tiene alguna noticia sobre lo que hará el obispo?

—Creo que se resiste a renunciar.

—Entonces tendrá que intervenir el nuncio apostólico. Ante este escándalo la Santa Sede lo va a relevar de la titularidad de esa diócesis para que afronte la causa judicial.

—Bueno... fue duro pero lo logramos —dijo monseñor Bonnetto con un suspiro.

—Sí, y lo felicito, Segismundo, manejó este asunto mejor de lo que lo hubiera hecho la mismísima SIDE. Ah, el próximo domingo lo espera el presidente en la residencia de Olivos. Recibió su carta y está muy interesado en conversar con usted.

—Gracias, canciller, allí estaré.

—Rece por el gobierno, Segismundo. Dios no puede abandonarnos en esta lucha por la consolidación de la democracia y la estabilidad.

—Lo hago siempre, canciller, lo hago siempre.

19

GRISELDA Y RAIMUNDO SE HABLAN POR TELÉFONO

Después de haber visto el noticiero del Canal 102, don Raimundo se sintió solo, enfermo y miserable. Dos de sus hijos lo llamaron al hotel alarmados por las noticias que habían llegado fragmentariamente hasta ellos. Los tranquilizó diciéndoles que todo era un malentendido, y les pidió que no viajaran porque el problema se solucionaría en pocos días más. Algunos amigos también lo llamaron para reconfortarlo y ofrecerle ayuda.

Se negó a otras entrevistas televisivas pero debió recluirse en la habitación del hotel porque las unidades móviles hacían guardia frente a la entrada del edificio. Los diarios del miércoles se ocupaban despiadadamente de la noticia. *La Nación* titulaba: “DENUNCIA POR PRESUNTA CORRUPCION EN COLEGIOS MARPLATENSES”; *Clarín*: “EL OBISPO DE MAR DEL PLATA SANCIONADO POR EL PAPA”; *Ámbito Financiero*: “SORPRENDE LA PARTICIPACION DE OBISPO EN CLASES SOBRE PRESERVATIVOS”; *Crónica*: “CORROMPEN A CHICAS EN ESCUELA DE MONJAS”. *Página 12*: “OBISPO SUSPENDIDO POR FORRO”

Don Raimundo veía una y otra vez su triste imagen al recorrer canales con el control remoto. En todos los noticieros de los distintos horarios se difundían partes de la despiadada nota que había propalado el Canal 102 el día anterior. “¡Niego totalmente eso!” repetía por todos lados don Raimundo, mientras el degenerado del *sex shop* hablaba y gesticulaba con la soltura de un charlatán profesional de la televisión.

Tuvo sin embargo un momento de alivio: Griselda lo llamó por teléfono a pesar de que habían convenido en no hacerlo.

—Raimundo, estoy tan indignada por la nota de la televisión —le comentó con amargura.

—Hicieron lo que quisieron. Suprimieron los pasajes en los que contesté pasablemente bien. Nunca creí que fueran tan canallas. No tengo manera de defenderme.

—¡Qué hijos de puta! Lloré toda la noche. Estuve a punto de ir hasta el hotel para acompañarte.

—Ni se te ocurra.

—Pero necesito verte.

—Yo estoy desesperado por verte. Sos lo único valioso que me queda en este momento de mi vida. Cuando recuerdo que unas pocas noches atrás te tuve en mis brazos y te besé por primera y única vez, no lo puedo creer. Después vino este desastre...

—Y yo, mi amor, he estado pensando tanto en vos...—dijo Griselda bajando la voz, para que no la escucharan en la casa—. Desde que se desencadenó todo esto me he sentido más cerca de vos que nunca. Ahora estoy segura de que este metejón no es un deslumbramiento pasajero, es amor, Raimundo, estoy enamorada de vos y tengo miedo de perderte por todo esto.

—Yo también te amo, Griselda. Si esta pesadilla fuera el precio por haberte conocido, creo que estoy pagando muy poco. Sos tan hermosa, tan culta, tan buena persona, que pienso que Dios ha querido recompensarme por algo. ¿Pero por qué me ha dado esta dicha y al mismo tiempo me arrojó a estas fieras inmundas? Estoy moralmente tan afectado que tengo miedo de no poder sobrellevarlo. Y sin embargo, con solo pensar en vos me siento mejor, con ánimos para luchar y enfrentar lo que venga.

—Entonces te prohíbo que dejes de pensar en mí.

—No podría hacerlo aunque quisiera.

—Bueno, mi vida, decime que me amás.

—Te amo.

—Otra vez.

—Te amo con toda mi alma.

—Te deseo... quiero ser tuya.

—Yo también, tesoro, pero no debemos pensar en eso ahora.

—No, no, yo lo pienso todas las noches y lo voy a seguir haciendo.

—Bueno, está bien, pero tenemos que contenernos hasta que todo esto se aclare.

—¡Qué hermoso va a ser volver a abrazarnos y besarnos!

—Por favor, Griselda, me pongo loquito si me hablás así.

—Quiero seducirte, volverte loco, eso es lo que quiero.

—Ya me sedujiste.

—No, vos me sedujiste a mí. ¿Qué me hiciste, Raimundo? Explicámelos vos que sos un intelectual. ¿Qué es este amor que sentimos los dos?

—Bueno, según Ortega y Gasset es un “estado atencional anómalo” —explicó Raimundo fingiendo un tono solemne hasta que soltó la risa. Se divertía por primera vez en días.

—Me gusta oírte reír. ¿Sabés que tenés una risa encantadora?

—Sí, me lo habían dicho otras mujeres.

—No me digas eso porque soy muy celosa.

—No te creo, sos demasiado inteligente para ser celosa.

—No me sigas seduciendo. Cada rato me tratás de culta e inteligente y eso es el elogio más irresistible que puedo recibir de un hombre que me gusta.

—No es un elogio, es la verdad. Pero además de inteligente, sos hermosa.

—No mientas.

—Es verdad, y vos lo sabés.

—¿Qué es lo que más te gusta de mí?

—Tu inteligencia.

—No seas chanta. Te pregunto por mi físico.

—Lo que más me gustan son tus ojos verdes. Después tus brazos.

—¿Mis brazos?

—Tus brazos son largos, delgados y con musculitos.

—¿En serio? —Griselda rió animosa—. Hago gimnasia. ¿Y qué más?

—Me gusta tu cuerpo estilizado, pero claro, visto así, exteriormente.

—¿Te gustaría verme desnuda?

—Claro, y creo que tus piernas deben de ser espectaculares. Se nota debajo de tus pantalones ajustados...

—¿Qué es lo que se nota?

—Tus muslos bien formados, y también, bueno... tu culito.

—¿Qué estás diciendo, degenerado, me estuviste mirando esa parte?

—Como mirarte expresamente, no, pero, ¿qué querés? no soy ciego. Y estás tan fuerte de atrás. Buen lomo, como se dice ahora.

—¿Y qué más?

—¿Qué más qué?

—¿Qué otra parte de mi cuerpo te gusta?

—Tus manos y tus labios; ah, tus labios son tan carnosos y firmes...

—¿Y nada más?

—Lo demás no lo he visto...

—Tengo senos pequeños...

—Pero deben de ser firmes como una roca.

—¿Qué loco que sos! ¿A vos como te gustan, grandes o chicos?

—Mirá, para serte franco siempre me gustaron más bien grandes, pero, en fin, algún defecto tenías que tener — Raimundo rió a carcajadas.

—¿Sos un desgraciado!

—Mi amor, te adoro como sos y todo lo que tenés me parece hermoso. No puede haber otra mujer que me guste más. Sos maravillosa, sos encantadora, sos única.

—Y yo pienso que sos el mejor hombre del mundo. Además el más jovial, inteligente y apuesto de cuantos he conocido en mi vida.

—Gracias, pero tengo defectos.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Soy egoísta, acostumbrado a vivir solo, un poco depresivo.

—Esos no son defectos.

—Me siento sexualmente inseguro...

—Otra vez con eso. A ver, hablemos claro. Suponete que fuéramos a un hotel y nos acostáramos. Nos besamos y nos acariciamos apasionadamente. Llega el momento en que tenés que poseerme... e iniciarme, no te olvides que vas a ser mi primer amante. ¿Qué es lo que te puede pasar?

—Y... que no pueda... hacerlo.

—¿Querés decir que a lo mejor no se te para?

—Ni más ni menos —Raimundo no pudo contener la risa. Le encantaba el desenfado fresco y espontáneo de Griselda.

—Muy bien, vamos a ver, voy a someterte a una prueba. ¿Aceptás? —propuso ella.

—De acuerdo.

—Quiero que imagines que yo estoy ahora a tu lado. Tenemos buena calefacción, poca luz y música romántica. ¿Entrás en clima?

—Ajá.

—Ahora te beso, te acaricio el pecho bajo tu camisa, te bajo el cierre de tus pantalones e introduzco muy suavemente mi mano por debajo de tu boxer (porque supongo que usarás boxers como todo hombre elegante). Comienzo a tocarte mientras vos desabrochás pacientemente mi blusa, extendés tus dos brazos hasta cubrir mi espalda y desprendés mi corpiño para volver enseguida los brazos atrás hasta que las palmas de tus manos se topan con mis pechos ya turgentes. Estás sintiendo mi aliento acelerado cerca de tu boca. Dejo escapar un débil gemido que te anuncia que tus manos han comenzado a embriagarme. Yo no dejo de acariciarte, muy tiernamente, con lentos movimientos ondulatorios. Sentís el contacto de mis dedos que suben y bajan incansables, ávidos de percibir las pulsaciones y contracciones de esa parte de tu cuerpo, tan suave, ardiente y potente, que en pocos minutos se va a deleitar penetrándome... ¿Cómo te sentís?

—Me excitaste... por un momento sentí tus caricias sobre mi piel.

—¿Te provoqué una erección?

—Sí, sos maravillosa.

—¿Viste como podés? Todo depende de la mujer.

—¿Y ahora, qué hago? —preguntó divertido Raimundo.

—Bueno, eso es cosa tuya... y también mía, porque... ¿puedo decir una grosería?

—Sí, me divierten tus exabruptos.

—Si vos te excitaste, yo quedé... alzada como una potra.

La risa descontrolada de los dos enamorados resonó durante varios minutos en los dos extremos de la línea.

—Podés consolarte como quieras mientras no busques una negra por ahí.

—Ni una cosa ni la otra. Me voy a duchar con agua tibia y luego me pongo a leer la Biblia.

—¿Qué parte de la Biblia?

—Creo que voy a encontrar fuerzas en Eclesiastés; quiero recordar que en la vida hay un tiempo para cada cosa.

—Un tiempo para reír y un tiempo para llorar. Yo ahora me divierto mucho con vos. Pero mejor lee *El Cantar de los Cantares*, esos poemas fueron escritos para nosotros.

—Tenés razón, es un maravilloso canto al amor. Pero me has intrigado... decime, ¿cómo sabés tanto sobre la sensibilidad y los atributos masculinos si nunca...?

—No te atrevas a poner en duda mi virginidad. Mirá que vas a tener que ser muy paciente y suave para iniciarme. Lo que pasa es que tuve experiencias eróticas con varios hombres sin llegar a la cópula.

—¿Y los dejabas locos, como ahora a mí?

—No, quedaban bastante desahogados.

—¿Qué les hacías?

—Mirá, una mujer que quiere conservar su virginidad, pero que al mismo tiempo no es una histérica y gusta de los hombres, aprende a usar muchos artilugios que otras mujeres menos prejuiciosas ignoran toda su vida.

—Mirá vos... ¿Y por qué no hacés lo mismo conmigo?

—Sos un vanidoso: querés oír de nuevo lo que ya sabés. Con vos es distinto porque quiero que me poseas porque te amo y sos el primer hombre de mi vida que realmente se lo merece. ¿Conforme?

—Te adoro.

—Te quiero, te quiero, te quiero.

- Habría con vos toda la noche.
- Yo también, pero tengo que cortar.
- Bueno, mi amor, un beso y hasta mañana.
- Te amo. Que duermas bien.

DON RAIMUNDO DECLARA ANTE EL JUEZ

Griselda no lo volvió a llamar. Afligido, Raimundo intentó comunicarse con ella pero nadie contentaba el teléfono del domicilio de la profesora y su celular se hallaba desconectado. El jueves lo citó su abogado y le dijo que el fiscal le recibiría declaración el lunes siguiente a las ocho de la mañana. Lo tranquilizó haciéndole saber que no había notado ni en la Fiscalía ni en el Juzgado la intención de perjudicarlo procesalmente, ni a él, como principal denunciado, ni a las dos profesoras. El letrado había observado con gran desconcierto que la Fiscalía apuntaba más al obispo que a ellos. Ignoraba el motivo, ya que monseñor Anteres Melitano era absolutamente ajeno a los hechos denunciados.

A los dos les llamó la atención que esa postura del juzgado coincidiera con los medios de comunicación. A partir del jueves los diarios y la televisión se ensañaron con el obispo a quien no sólo se lo procesaba sino que la Santa Sede —ahora estaba confirmado—, había dispuesto su relevo como titular de la diócesis de Mar del Plata y lo había designado simbólicamente al frente de una diócesis inexistente. A don Raimundo no volvieron a nombrarlo, y cuando se hablaba del caso de corrupción en los colegios oranitas, se mencionaba únicamente al obispo Melitano.

Esto trajo alivio a don Raimundo. Las unidades móviles abandonaron la guardia en su hotel y se instalaron en el Pasaje Catedral a la caza del obispo. Ahora hurgaban también en la conducta presuntamente homosexual de algunos sacerdotes muy

allegados al obispado. Se animó entonces a salir a caminar un poco, pero molesto porque la gente lo reconocía y se volvía para mirarlo, regresó enseguida a encerrarse nuevamente en su habitación.

El sábado y el domingo devoró los diarios y comprobó con satisfacción que el caso de corrupción en Mar del Plata casi ni se mencionaba. La atención pública estaba ahora concentrada en la posible ruptura de relaciones diplomáticas con Irán al comprobarse la participación de esa nación islámica en los atentados contra la Embajada de Israel, ocurrido en 1992 y contra la AMIA en 1994. También se hablaba del pedido de captura librado contra el poderoso empresario telepostal, sospechoso de haber ordenado el asesinato del fotógrafo de la revista *Noticias* José Luis Cabezas.

Durante esos dos días Raimundo se dedicó a leer, habló telefónicamente con sus hijos y se comunicó con un par de amigos de Buenos Aires. Por supuesto intentó mil veces localizar a Griselda. Pero fracasó.

El lunes, acompañado por el doctor Gotieri, se presentó en Tribunales. Mientras esperaban la audiencia el abogado le explicó a don Raimundo que de acuerdo con el artículo 125° del *Código Penal*, corruptor es aquel que para satisfacer deseos propios o ajenos, o con ánimo de lucro, promoviere o facilitare la prostitución o corrupción de menores de edad. Si las víctimas tienen más de doce años, la pena es de tres a diez años.

El juez Romualdo Sanhedre prodigó al imputado un trato respetuoso y muy considerado. Raimundo explicó su verdad con fluidez y elocuencia, contestó todas las preguntas que se le hicieron y se defendió de los cargos que se habían presentado contra él. Se declaró único responsable por la iniciativa pedagógica generadora de la denuncia, y se esforzó por desvincular de

los hechos tanto a la Orden como a las dos profesoras de Santa Anacleta. Sobre la responsabilidad del obispo fue más bien ambiguo, ya que no podía reconocer que se le había ordenado que no lo informara. Le llamó la atención que el fiscal no insistiera mucho en averiguar si él, concretamente, había solicitado o no la autorización pastoral.

Terminada la audiencia, le hicieron firmar el acta y le comunicaron que en diez días el juez determinaría su situación procesal. Sin que él lo preguntara, le dijeron que estaba autorizado a dejar la ciudad e incluso el país, con la obligación de informar al juzgado su paradero.

Cuando salieron de Tribunales el abogado invitó a su defendido a tomar un café en un bar de las inmediaciones. El doctor Gotieri estaba muy extrañado por la forma superficial en que se había desarrollado esa audiencia.

—Tengo mucha experiencia en indagatorias —dijo perplejo mientras ponía edulcorante en su café—; nunca vi una actuación judicial tan poco sagaz, tan... banal, insustancial. Vea, Este... como se llama... me alegro por usted porque es evidente que no lo quieren joder mucho, pero esto me huele mal. Aquí hay algo sucio. No sé que es...

—¿Pudo averiguar por lo menos quiénes me denunciaron?

—No, los denunciantes están bajo reserva de identidad. No sé por qué...

—Quisiera saber quiénes son para hablar con ellos.

—Es imposible. Yo lo intenté y reboté en todos lados, en fin...

—Bueno, doctor, ¿creé que las citarán a las chicas?

—Después de lo que usted declaró, me da la impresión de que no. Cómo se llama... parecería que al único que quieren cargar es al obispo. No sé qué es lo que pasa, pero esto se asemeja a

una sucia operación política para neutralizar a un obispo que se ha destacado por ser un severo crítico del gobierno. Si esto es así, lo lograron. Ya no es más el obispo de Mar del Plata. Pero como la decisión del Papa es provisional y hasta que se aclare su situación judicial, lo van a tener agarrado de las bolas el mayor tiempo posible.

Don Raimundo se quedó pensativo y con una sensación de angustioso presentimiento. Si aquello era una operación política y de prensa para voltear a un obispo opositor al gobierno, ¿qué papel había jugado él en todo ese cochino proceso?

—Qué cosas sucias que se hacen en este gobierno — comentó Raimundo con amargura—; derrotaron la inflación, estabilizaron la economía, pero... ¿por qué actúan así? ¡Cuánta iniquidad!

—Mire —le dijo el doctor Gotieri— yo soy un independiente, tirando a liberal, de origen conservador, ¿vio?, no puedo menos que apoyar a este gobierno por todo lo bueno que hizo en materia económica. Porque hizo cosas buenas, eh, no lo podemos negar. No sé... bastaría la urbanización de Puerto Madero, o la abolición del Servicio Militar obligatorio, o la resolución de todos los conflictos fronterizos con Chile, ¡o la derogación de la figura penal del desacato!, para quedar en la historia... pero hizo mucho más que eso. Pero al mismo tiempo soy católico y un hombre con sensibilidad social, y por eso tuve que alejarme de la militancia. Le digo algo: los políticos liberales son personas muy capaces, muy cultas y brillantes funcionarios en el gobierno. Pero ¡qué hijos de puta que son! Dejando aparte a don Álvaro, ¿no?, que para mí es un prócer. No hay político más insensible, frío, egoísta, desalmado y deshumanizado que un liberal con apetencias de poder. Ojo, que yo los voto a ojos cerrados... cómo se llama..., porque sé que nadie como ellos me va a cuidar

el bolsillo y la estabilidad de la moneda. Pero no quiero ser amigo de ninguno de ellos. Salvo excepciones, claro.

—No puedo opinar sobre eso —dijo don Raimundo— porque yo jamás me he metido en política. Creo que los políticos en general son una raza bastante peculiar, por decirlo suavemente.

—Sí, pero vea la diferencia. Por ejemplo, los peronistas son propensos a la relatividad moral, a la coima y al afano, pero tienen una auténtica sensibilidad social. Eso no se les puede negar. Se preocupan sinceramente por el sufrimiento de los más necesitados. Claro, no hacen gran cosa por ellos, esteee... cómo se llama, porque son torpes y rapiñeros, cómo se llama..., pero son auténticos cuando proclaman su amor por los pobres. Y eso los pobres lo saben; por eso se da hoy la paradoja que los marginados y los desempleados de ahora, no votan contra el Justicialismo. Los radicales, en cambio, son bastante decentes, por lo menos no tan ladrones como los peronistas, pero hipócritas. Ah, eso sí, hipócritas como la madre que los parió. Sólo les interesa el poder y se cagan en los pobres, aunque quieran aparecer como políticos de sensibilidad social y hasta se convencen a sí mismos de que lo son. De economía no saben ni medio, aunque ahora parecería que están aprendiendo algo. ¿Y los comunistas? Ahí tiene, ¿ve?, esteee... cómo se llama, si los activistas de extrema izquierda, incluyendo a los comunistas y a esas rarezas antediluvianas que son los troszkistas y maoístas, llegan a tomar el poder, ¡mamita querida!, nos impondrían la más feroz de las dictaduras, ¡qué derechos humanos ni que mierda!; y como no saben nada de economía fracasan y cagan de hambre a todo el mundo. Pero en el llano son la gente más pura y bondadosa que uno pueda imaginar. ¡Qué buenos compañeros que son, qué solidarios y desinteresados! Son quizás la mejor gente de la políti-

ca. Pero claro, en el llano, ojo. Que Dios nos guarde de un gobierno con estos puros.

—Tal vez haya matices. En todas las militancias debe de haber de todo.

—Sí, claro, pero en general, con una mirada en perspectiva, usted visualiza las cualidades y los defectos sobresalientes de cada grupo ideológico. En resumen: para amigos me quedo con los comunistas; para gobernantes elijo a los liberales, pero no quiero ni verlos cerca.

—Pero ahí tiene, este gobierno es una rara mezcla de justicialistas y liberales.

—Así es, por eso podemos esperar lo peor en materia de bajezas políticas, como la que parece que le están haciendo al pobre obispo.

—Es que a pesar de los aciertos en materia de estabilidad y crecimiento que usted bien señala, la gente pobre está sufriendo mucho —comentó don Raimundo—, lo de la exclusión social no es un invento de la oposición, y la Iglesia tiene el deber moral de denunciar estas injusticias...

—¡Pero algunos obispos exageran, profesor, exageran! Mire, estee... cómo se llama, una empleada de Tribunales me comentaba días pasados las penurias que había pasado durante la hiperinflación de 1989: “Anduve meses con la nariz tapada, no podía comprarme ni un Dazolín”, me dijo indignada ante las críticas irresponsables que hacen hoy la oposición y algunos obispos. Y es así, estee... cómo se llama... con la estabilidad los que tienen un empleo están muchísimo mejor. Pero claro, el que está desempleado o el que vive de una jubilación mínima la están pasando muy mal. Un economista amigo me dijo que la economía argentina actual es como una sábana corta: “Si te tapás la cabeza no te podés tapar los pies. Entonces lo que hay

que hacer es ir agrandando la sábana, hebra por hebra, hasta que cubra a toda la sociedad. Esto es lo que se llama acumulación de capital, un proceso penosamente lento”. Y la Iglesia, en lugar de entender esto y colaborar, se emputece con la parte negativa de la historia, lo cual, claro, no justifica que haya que silenciar a curas y obispos críticos por muy equivocados que estén.

—Sobre eso del capital tengo mis dudas. Desde el 96 que no se está invirtiendo nada en el país. Nadie trae un dólar a la Argentina para invertirlo productivamente. Todo lo que entra al país es capital financiero, más deuda. ¡Estamos viviendo de prestado y es nada más que para mantener el gasto público! ¿Hasta cuándo nos van a prestar dinero para que lo malgastemos? Además dicen, no se si será cierto, que así como entra dinero prestado, los grandes ahorristas argentinos llevan sus dólares al Uruguay y a las islas Caimán.

—Vea, este...como se llama, estoy convencido de que la crisis económica comenzó en 1997, cuando Graciela Fernández Meijide le ganó la elección de la provincia de Buenos Aires a Hilda Chiche Duhalde. ¿Se acuerda? Ya entonces los Duhalde estaban enemistados con Menem.

—¡Lo estaban desde el Pacto de Olivos en 1993! —recordó Raimundo.

—¡Claro, hombre, si con ese pacto Menem y Alfonsín le birlaron al cabezón la candidatura presidencial que le habían prometido para 1995! Entonces el gobernador Duhalde comprende que no tiene apoyo popular, y que si aspiraba a presentarse en 1999 tiene que repartir plata. Y dicen que están dilapidando el dinero del Banco Provincia con una irresponsabilidad inaudita, todo por demagogia, por la ambición personal de un político sin carisma que quiere ser presidente de cualquier manera.

—Bien, pero, ¿y el proyecto de una nueva reelección de Menem para 1999? ¿No es peor? Porque es indudable que Menem no quiere dejar el poder. Dígame su opinión.

—Bueno, vea —respondió el abogado— los independientes como yo sentimos respeto por el doctor Fernando de la Rúa, y siempre lo imaginamos como un futuro buen presidente, no para transformar nada ni dejar su impronta en la historia, pero sí para mantener este modelo económico y administrar honradamente a la República.

—Yo lo voté para la Intendencia de Buenos Aires, así que pienso como usted. Pero desde que es jefe del gobierno de la ciudad me ha decepcionado hasta el extremo de inclinarme a sospechar que no posee ni el temperamento ni el liderazgo enérgico que se necesitan para gobernar desde la Casa Rosada.

—¡Pero claro, hombre! Si no puede controlar la propia tropa en la legislatura porteña, ¿cómo mierda va a liderar y disciplinar en el orden nacional a la heterogénea Alianza UCR-Frepaso?

—Vea doctor —opinó don Raimundo—, esa Alianza fue para los independientes como un limpio amanecer después de una noche inquietante, una alternativa seria para librarnos de la corrupción enquistada en sectores del Justicialismo vinculados con el poder, y al mismo tiempo conservar los cambios revolucionarios que, le concedo, este gobierno ha logrado plasmar en el campo económico. Pero ahora, a tan solo nueve meses de aquel esperanzador pacto de Palermo, los que entonces aplaudimos con entusiasmo el nacimiento de la Alianza, hemos comenzado a dudar justificadamente de muchas cosas. Nos está pareciendo un rejunte sin pie ni cabeza.

—¿Y qué le parece, estee... cómo se llama? —lo interrumpió el doctor Gotieri—; ¿Tiene la Alianza una real vocación de mantener este modelo de economía libre tan contrario a sus to-

davía no superados dogmas y prejuicios ideológicos? ¿Acaso el doctor Alfonsín, que es el que manda en el partido, se lo permitiría al dubitativo De la Rúa? ¿Y el inefable Chacho Álvarez? Por favor, ese sí que nos va a hundir a todos. Y no sólo eso, yo dudo sobre la voluntad de algunos de sus dirigentes para cimentar la frágil paz social y la reconciliación entre los argentinos sin reabrir las heridas del pasado... Para mí la Alianza es un engendro impresentable.

—Mi duda —dijo don Raimundo— es sobre la madurez de sus principales figuras para gobernarnos con sensatez y con los pies puestos sobre la tierra. Veá, la señora Graciela Fernández Meijide, que acabamos de nombrar, con ser una dirigente respetable y hasta admirable en no pocos aspectos de su personalidad, no parece preparada para ejercer el poder. Carece de la necesaria experiencia de toda una vida dedicada a la política. Jamás administró ni un quiosquito de barrio.

—“Ella”, la condesa que le dicen, lo trató al Papa de boludo, y eso los católicos no podemos perdonarlo. (Ya había dicho de Menem, no se si recuerda, que era el último caudillo plebeyo, vea qué acto fallido de desprecio por los sectores populares) ¿Sabe lo que le preguntó el Papa, en su precario italiano, a uno de sus asistentes? “¿*Qui es questa signora quella che a detto che io non capisco di certe cose che mi scrivono?*” —el abogado rió a carcajadas.

—Bueno, es que esa carta del Papa elogiándolo a Menem fue sin duda el resultado de una hábil maniobra política. En fin... Pero tampoco podemos esperar nada del peronismo. Veá, doctor, Duhalde causa pánico cuando propone reformar la Constitución provincial nada más que para prohibir por toda la eternidad la privatización del Banco de la Provincia, banco que está quebrado, según me han asegurado en la Orden, por los préstamos

millonarios que le hizo a empresarios insolventes, que es lo que usted decía hace un rato. Eso me parece a mí que es muy poco serio. Además declaró enfáticamente hace un par de meses: “Yo no soy el continuador de este modelo económico”.

—Así es —asintió el letrado con expresión preocupada—; Duhalde insiste en no identificarse con este modelo. ¿Está loco? Si este gobierno ha acertado en algo, con todas sus lacras y limitaciones, es precisamente en el modelo económico. ¡Hay tanto por hacer y cambiar en el país! Empezando por bajar el gasto. Pero la economía está bien encaminada... estee... cómo se llama... ¿Cómo puede decir el gobernador que no desea ser el continuador de un modelo que ha modernizado nuestra economía? Si criticara el excesivo gasto del Estado, estaríamos de acuerdo (fíjese que Menem duplicó el gasto público en su segunda presidencia, y ese desatino, acuérdesese profesor, le va a explotar al próximo gobierno). Pero no, Duhalde —que a su vez despilfarra escandalosamente los recursos de su propia provincia (prácticamente la ha fundido, a pesar de recibir del gobierno nacional dos millones de dólares por día como “Fondo de reparación histórica”)—, no se preocupa por el gasto público ni por el excesivo endeudamiento para financiarlo. Él sólo critica el modelo de libre empresa. Es increíble...

—Pero parece que es así —respondió don Raimundo—. Y no se olvide que los radicales de la provincia son cómplices de Duhalde en este despilfarro.

—¡Qué le parece! Le votan todo lo que pide en la Legislatura, no investigan nada, no denuncian a nadie...

—Ahora dígame, ante esta realidad política, ¿qué opciones tenemos los independientes para 1999?

—Le contesto: hasta ahora (esta es mi humilde opinión, ¿eh?) el actual presidente es la única garantía de continuidad, de

este modelo que, más allá de sus buenos resultados, tiene una ventaja que muy pocos han advertido: su capacidad para preservar sin ninguna fisura y sin ningún peligro la vigencia cada vez más sólida de nuestro sistema democrático.

—Pero doctor, usted es un hombre de derecho —replicó enérgicamente don Raimundo—, una nueva reelección está vedada por la Constitución, y ante todo debemos respetar la Ley.

—De acuerdo, de acuerdo, profesor. Reconozco que una nueva reelección, ya sea habilitada por un alambicado fallo de la Corte Suprema, o por una eventual reforma constitucional (que es políticamente impensable), no sería moral y afectaría seguramente la seriedad institucional del país.

—Exactamente. No digo que estaríamos ante un golpe de estado institucional como exagera la oposición, pero sí tendríamos una fuerte recaída en la confiabilidad ganada.

—Sin embargo, y aquí tal vez usted no comparta mi pensamiento —dijo el doctor Gotieri—, ante la gravedad institucional que implicaría equivocarnos en 1999 y que en lugar de seguir adelante, emprendiéramos un dramático retorno al pasado, deberíamos decidir cual sería el mal menor: si afectar transitoriamente la seguridad jurídica del país con una reelección forzada, o lanzarnos a la incertidumbre, quizás todavía peor, que provocaría la dudosa continuidad del modelo y las reglas de juego económicas ante un gobierno de la oposición nada comprometido ideológicamente con la moderna economía de mercado.

—No, no, perdóneme doctor —respondió con firmeza don Raimundo—, el Derecho son las alas de una república. En 1930, en el 55, en el 66 y en el trágico 76, muchos argentinos, millones de argentinos, estuvimos absurdamente convencidos de que violar la Constitución era el mal menor. No volvamos a equivocarnos, por el amor de Dios: si queremos levantar vuelo tendre-

mos que respetar para siempre la Constitución y aceptar con todos sus riesgos la alternancia democrática.

—Está bien, está bien, profesor —exclamó riendo de buena gana el abogado—, la suya es una posición genuinamente liberal, se lo reconozco. ¿Pero usted se ha puesto a pensar lo que pasaría en este pobre país si se derogara la convertibilidad y se devaluara el peso? Dios no lo quiera, pero hay muchos siniestros personajes que están apostando a este desenlace, verdadera tragedia para la mayoría de los argentinos, y yo creo que sin la garantía de Menem eso puede llegar a suceder. Pero está bien, respeto su punto de vista, usted habla como lo harían si vivieran esos grandes liberales que fueron Alberdi y Gregorio Marañón. Yo en cambio soy más pragmático. Pero ahora le digo algo: creo que no va a haber reelección, el presidente sabe que es imposible. Le está tirando carne a los perros, como dice Cesar Jaroslavsky (ahí tiene usted a un hombre respetable de la política). Lo que pasa es que Menem se divierte con la oposición, los mantiene a todos hablando sobre ese tema, y de paso conserva intacto su poder en el último tramo de su gobierno.

—Lo más grave es la corrupción... Y creo que todos tenemos un poco la culpa... es como si hubiéramos canjeado estabilidad por tolerancia a la corrupción.

—Esteee... cómo se llama... hay una cosa muy fea: la venta de armas a Ecuador y Croacia; acuérdesese, ese escándalo va a terminar mal...

Los dos hombres permanecieron un instante en silencio, pensativos y como distantes. Don Raimundo reanudó la charla:

—¿Quiere que le diga de qué manera podemos combatir a la corrupción?

—A ver...

—Con mujeres —contestó muy serio don Raimundo.

—¿Mujeres...? —preguntó extrañado el doctor Gotieri.

—Mujeres en el poder, la corrupción es machista, doctor...

—Ajá...

—Vea, no sé si fue Bossuet, el escritor francés, que dijo: “Las mujeres son extremas: o son mejores o son peores que los hombres”. Y es cierto, pero hay aspectos en los cuales ellas nos superan. Por ejemplo, está demostrado que tanto en los negocios privados como en la función pública hay más mujeres honradas que hombres honrados. Me refiero a la honradez como condición de probidad, de recto proceder.

—Esteee... cómo se llama...

—Vea, una estadística mundial asegura que sólo el 20 por ciento de los delitos son cometidos por mujeres. En términos generales se reconoce que en las funciones de supervisión oficial hay muy pocas mujeres que acepten coimas o utilicen su autoridad para obtener ventajas ilegales.

—En la caso Banco Nación-IBM, no hay mujeres involucradas...

—No sólo en ese negociado: de todos los casos de alta corrupción que se han conocido en los últimos años, sólo trascendieron los nombres de tres mujeres muy sospechadas, aunque no condenadas, por lo menos no hasta ahora.

—Tiene razón, profesor, esteee... cómo se llama; fíjese, en la purga policial de la provincia de Buenos Aires cayeron hasta ahora cientos de hombres y, que yo sepa, ninguna mujer policía.

—Ahí tiene, doctor, y mire que curioso contraste: leí los otros días que hay una sola mujer al frente de una comisaría en toda la provincia.

—Sí... —reflexionó el doctor Gotieri con la expresión de cautela de quien nunca antes había pensado en ello—, a uno le cuesta imaginar a una mujer oficial de policía explotando a las

pobres putas callejeras, o recaudando coimas de los quinieleros o yendo a buscar la pizza gratis, ¿no?...

—Tal vez si las comisarías estuvieran conducidas por mujeres habría menos delincuencia en la calle y más rectitud y confiabilidad en la institución —opinó don Raimundo.

—Si, pero... no sé... esteee... cómo se llama. Cabría esperar de las mujeres en algunos casos una mayor dureza e incluso algún grado de refinada crueldad con los delincuentes detenidos, porque también es sabido que la mujer cruel suele serlo mucho más que el más cruel de los hombres.

—Pero ese riesgo sería una excepción...

—¿Y que pasa con la Justicia, esteee...cómo se llama? —dijo con repentino entusiasmo el doctor Gotieri—; vea, profesor, no se si recuerda que el año pasado un tribunal compuesto por tres mujeres dictó ejemplares condenas a varios barras bravas de Boca Juniors. Y aquí, en Mar del Plata, ¿se acuerda del caso Monzón? El juicio oral que en el que se condenó al boxeador fue impecable y paradigmático. ¿Y quien lo presidió ejemplarmente?, una mujer, la doctora Ramos Fondeville. Para no hablar de la Suprema Corte federal: la única mujer que la integró en toda la historia, fue la eminente jurista Margarita Argúas, y no en tiempos de democracia.

—Le aclaro, doctor, que yo no soy sexista —se atajó don Raimundo—: me parecen repugnantes por igual el machismo y el feminismo. Creo que la mujer es tan inteligente como el hombre, aunque lo supera en sensibilidad e intuición. Tal vez en la Argentina ambos sexos estén habituados por igual a las pequeñas corruptelas de todos los días, pero por alguna razón intuitiva o quizás insospechadamente racional, ellas se detienen ante ciertos límites éticos, no saltan el último cerco como lo hacen muchos hombres.

—Pero hay cosas que un sexo hace mejor que el otro... este-ee... cómo se llama...

—Claro, claro, por ejemplo: los hombres han sido hasta ahora más aptos para componer sinfonías, o para crear sistemas filosóficos; pero las mujeres suelen dejarlos atrás como escritoras, periodistas, pedagogas, psicólogas y trabajadoras sociales.

—Pero vea, todo es relativo. También se creía que los hombres jugábamos mejor al ajedrez, y Kasparov llegó a decir un día que jamás perdería una partida ni con una mujer ni con una computadora. La computadora *Deep Blue* lo hizo mierda. Pero lo gracioso es que ahora la húngara Judit Polgar desafió públicamente *Deep Blue*, ¡Mire si derrota a la computadora que derrotó a Kasparov!

—Sería un doble fracaso que ese genio se merecería por machista. Mire, doctor, por una cuestión de discriminación sexista que aún practicamos por igual tanto hombres como mujeres, todavía éstas no han podido demostrar lo que para mí es su principal virtud: la honradez en la función pública. Es que ni las mujeres se han animado a meterse en esas actividades ni la sociedad las ha aceptado como cosa normal.

—¡Si ni siquiera permitimos que sean árbitras de fútbol!

—Pero seguramente todos ganaríamos en moral y buenos ejemplos —remató don Raimundo, admirado de la pasividad conformista con que el letrado aceptada sus puntos de vista— si un auténtico cambio cultural y mental favoreciera que por lo menos la mitad de nuestros jueces, legisladores, ministros y policías fueran mujeres...

—Y la otra mitad aprendiera de ellas.

—Eso mismo, bueno, parece que hemos coincidido.

—Es que tengo cinco hermanas, tres hijas y dos nietas, profesor —se justificó el doctor Gotieri a las carcajadas—; ya estoy amortizado, ¿cómo no le voy a dar la razón?

Permanecieron unos segundos en silencio, como reflexionando sobre lo que acababan de conversar. El abogado, que tenía deseos de seguir hablando de política retomó el tema:

—Vea, profesor, yo se que todavía tendrán que pasar muchos años, pero la historia le va a reconocer a Menem las cosas buenas que hizo.

—Con todo respeto, doctor, yo creo que lo vamos a recordar como el jefe de una banda de ladrones, y no se ofenda.

—No le niego que haya mucha corrupción, pero vayamos a los hechos positivos.

—A ver...

—Yo creo que se le reconocerán muchos méritos, porque le guste o no, bien o mal, este personaje cambió a la Argentina, la dio vuelta como a un guante. No, espere, no me interrumpa: es verdad lo que le digo, y si usted es honrado no me lo puede negar. Este presidente tan desgastado y debilitado en el ocaso de su último mandato, con cerca del 70 por ciento de la población en contra, según las últimas encuestas, demostró poseer las tres condiciones de todo gran político: saber anticiparse a los hechos, generar situaciones de singularidad histórica y, sobre todo, tener una enorme habilidad para usar a los demás. En esto último fue un maestro. Nadie como él ha sabido manipular el magma humano. No solo sus compañeros y aliados fueron piezas solícitas en su ajedrez político, también sus adversarios bailaron con su música, y hasta grandes personalidades mundiales, hechizados todos por su estilo y su formidable voluntad de poder. Es verdad que este maestro de la política no pudo, no supo o no

quiso extirpar la escandalosa corrupción que contaminó a su propio entorno, pero...

—¿Que contaminó a su entorno? ¡Él es el jefe, el organizó la corrupción!

—Está bien, pero déjeme hablar, acépteme que ha sido un hombre de acción, un político, no un intelectual ni un moralista. La Historia lo juzgará por las reformas concretadas, no por su inescrupulosidad, tan propia de los genios de la política (Julio Cesar, Mirabeau, Napoleón). La izquierda lírica y rencorosa, en cuyas filas militan todavía tantos intelectuales, periodistas y artistas (tal vez usted sea uno de ellos, y créame que lo comprendería, y hasta le prodigaría mi más tierna y piadosa simpatía), nunca le perdonará que una revolución liberal tan drástica se haya hecho en democracia y desde un partido con base obrera como el peronista. Por eso intentarán acentuar su desprestigio una vez que se haya ido. Pero seguramente ningún historiador inteligente va a pasar por alto su clarividencia política.

—En primer lugar yo no soy un izquierdista, soy, sí un progresista con sensibilidad social. Y en segundo lugar, no sé qué clarividencia me habla.

—Vamos, profesor, usted lo sabe como yo: cuando en 1989 inició las transformaciones que modernizaron a la Argentina, el mundo aún conservaba su estructura ideológica decadente: los sandinistas gobernaban en Nicaragua, Ceausescu, el tirano de Rumania, todavía no había sido llevado al paredón, Lech Walesa luchaba desde el llano contra la dictadura comunista de Polonia, la estatua de Lenin aún se erguía siniestra y rectora en todas las plazas de la Europa del Este, Augusto Pinochet era dictador de Chile, la *perestroika* tambaleaba ante el poder conservador en la hoy inexistente URSS y, lo más emblemático de todo, aún no

había caído el muro de Berlín. ¿Le parece poco? Puso a la argentina en el mundo moderno.

Raimundo quedó callado por un instante. Finalmente dijo:

—No sé, no entiendo mucho de política. Supongamos que usted tiene razón, pero ¿qué ejemplo está dando? Es un personaje ridículo, frívolo, superficial, sin cultura.

—Bueno, esas son apreciaciones subjetivas... —El abogado parecía fastidiado de discutir con alguien que no veía el fondo de lo para él era un proceso de cambio trascendental.

Hablaron algunos minutos más de fútbol y del próximo Mundial y se despidieron. Don Raimundo prefirió volver a su hotel caminando. Pensaba en Griselda.

21

REGRESO A BUENOS AIRES

En la conserjería le entregaron el fax. El consejo académico de la congregación le ordenaba dejar la ciudad de Mar del Plata y presentarse al día siguiente por la mañana en el despacho del superior general. Don Raimundo se sintió aliviado, tenía ganas de regresar a Buenos Aires. Fue a su habitación a preparar el equipaje e intentó una vez más, aunque inútilmente, comunicarse con Griselda. Nadie contestaba en su casa y su celular seguía desactivado.

El hotel se encargó de reservarle un pasaje para el primer vuelo del día siguiente. Cenó y se acostó temprano. Estaba inquieto y preocupado. Aunque las presiones periodísticas habían cedido repentinamente, otras angustias comenzaban a torturarlo. Todo aquel extraño proceso, su propia actuación como detonante (¿casual o premeditado por alguien?) de un escándalo artificialmente agrandado cuya víctima resultaba ser el obispo de la ciudad; y las profesoras que se esfumaban misteriosamente, primero Viviana y ahora Griselda. No entendía lo que estaba pasando y esperaba aclararlo todo con monseñor Bonetto al día siguiente. Raimundo era un hombre sencillo, optimista, creía en las personas y nunca se inclinaba a pensar mal de sus semejantes. Estaba seguro de que todo tendría una explicación aceptable. Pero Griselda, ¿dónde estaba en esos momentos? Lo lastimaba esa inexplicable ausencia. Le dejó un mensaje en la conserjería del hotel.

A medía mañana del día siguiente estaba ya en su departamento de Palermo. Le agradó volver a su casa. El portero le

había dejado la correspondencia y las facturas de los servicios sobre la mesa de la cocina. Todo estaba limpio y en orden. Dejó las valijas en el dormitorio y salió rápidamente para la congregación. Cuando llegó al antiguo edificio de avenida de Mayo subió directamente al sexto piso sin pasar por su oficina. Al presentarse en la antesala del despacho del superior general, un hermano asistente le indicó que monseñor Bonetto no podría recibirlo porque estaba presidiendo una importante reunión, pero que había dado expresas instrucciones para que lo atendiera su secretario privado, el padre Espíndola, cuyo despacho estaba en el otro extremo del amplio y extenso *foyer* del sexto piso.

Contrariado por el rechazo —era la primera vez que el superior no lo recibía—, se dirigió a la oficina del padre Espíndola.

—Raimundo, qué gusto verlo —lo saludó el joven y muy simpático sacerdote invitándolo a pasar— lamento el mal momento que pasó en Mar del Plata.

—Gracias, espero que todo se aclare pronto —le contestó secamente Raimundo con la intención de evitar conversaciones superfluas—. Creo que usted tenía que comunicarme algo.

—Sí, pase Raimundo—. El sacerdote lo invitó a sentarse y le extendió un abultado sobre— Sírvase, son sus pasajes para Italia, la reservación del hotel, un programa del *simposium* al cual va a asistir en representación de los colegios oranitas de la Argentina y el documento de designación oficial. Además, para viático, hay una tarjeta de crédito internacional a su nombre.

—¿Cuándo tengo que viajar?

—Dentro de tres días.

—¿Tan pronto? —preguntó alarmado don Raimundo.

—Las fechas del *simposium* no las fijamos nosotros. No se preocupe más por nada, vaya a Roma, tómese un merecido descanso, olvídense de todos los sinsabores que ha tenido en Mar del

Plata y en diez días está de vuelta, renovado y dispuesto a reiniciar sus actividades en la Orden.

—¿Podré hablar antes con monseñor Bonetto?

—Mire, es un poco difícil. Hoy tiene un día terrible y creo que mañana viaja al Sur a encontrarse con su amigo el obispo de Viedma.

Desalentado y confundido, don Raimundo saludó al padre Espíndola y salió al vestíbulo con la intención de bajar por la escalera, como lo hacía habitualmente. Casi distraídamente vio que en el otro extremo de la sala se abría la puerta del despacho del superior general y salía una mujer elegantemente vestida con un sacón rojo, minifalda blanca y zapatos de tacos altos que se dirigía resueltamente a los ascensores. Raimundo se quedó alelado. Le pareció que la mujer era Griselda. No podía estar seguro porque ella estaba de espaldas y con pollera, y él a Griselda solamente la había visto con pantalones. Apuró el paso con intención de alcanzarla. Pero la joven ya había ingresado a uno de los ascensores. Al girar ella su cuerpo, don Raimundo pudo verla parcialmente de frente antes de que se cerrara la puerta corrediza. No podía asegurarlo, pero el cabello de esa mujer y cierto mohín al recostarse sobre el fondo del ascensor, casi lo convencieron de que se trataba de Griselda.

Bajó por el otro ascensor. Cuando llegó a la planta baja vio que la mujer estaba ya en la vereda haciendo señas a un taxi. “¡Griselda!”, le gritó, pero ella ya había subido al vehículo que se alejaba velozmente del lugar succionado por el intenso tráfico de la avenida de Mayo.

Quedó como atontado. ¿Era Griselda? “Dios mío”, pensó, “si era ella, ¿qué estaba haciendo en el despacho del superior?”. Se sintió repentinamente asustado, casi aterrorizado. Sus pensamientos eran ahora torpemente paranoicos. Sospechaba de to-

dos. ¿Había sido burlado, engañado, traicionado, incluso por su adorada Griselda? Si eso era así no podría soportarlo. Almorzó en el centro y luego caminó y pensó durante horas. No podía creer lo que le estaba pasando. El superior se negaba a recibirlo, le daban los pasajes para que se fuera a Italia, y Griselda, el único ser humano que le importaba en ese penoso momento de su vida, luego de una misteriosa ausencia de varios días, aparecía saliendo del despacho de monseñor Bonetto, de la forma más misteriosa e inexplicable. En medio de estas cavilaciones se le hizo de noche. Tomó el colectivo 109 en Córdoba y Florida y se dirigió, cansado y derrotado, a su departamento de la calle Honduras.

Eran las nueve cuando llegó a la puerta del edificio. Puso desganadamente la llave en la cerradura, y en el momento en que abría la puerta, una voz de mujer le dijo a sus espaldas:

—Era hora de que llegara, señor profesor.

Se dio vuelta sobresaltado y allí estaba ella, sonriente y elegante con su sacón rojo y su minifalda blanca. Los tacones le daban una esbeltez que Raimundo le desconocía.

—Griselda, ¿qué hacés aquí? —exclamó emocionado Raimundo.

Ella lo abrazó con fuerza.

—¡Cuánto te extrañé, mi vida! ¡Qué ganas tenía de verte!

—Pero desapareciste, ¿qué pasó, por qué me hiciste esto?

—Es largo de contar. Te llamé hoy temprano a Mar del Plata y del hotel me pasaron tu mensaje y tu dirección. Vine a buscarte hace un par de horas y como no estabas me quedé esperándote en ese barcito de enfrente. Tenés un aspecto terrible, ¿qué te pasó?

—No sé, estoy destruido. Tendríamos que hablar de muchas cosas...

—¿Me invitás a pasar a tu departamento?

—Sí, por supuesto.

Subieron en silencio. Ella lo abrazó y permaneció aferrada a su cuerpo hasta que el ascensor se detuvo en el quinto piso.

Entraron al departamento. Griselda observó todos los detalles con interés.

—Qué lindo es tu departamento— comentó tímidamente.

—Está un poco descuidado, pero me resulta cómodo.

—¿Quién lo mantiene tan limpio y ordenado? —preguntó mientras curioseaba las habitaciones y la pequeña cocina.

—Tengo una mujer que viene dos veces por semana. Pero yo soy muy cuidadoso y metódico —contestó Raimundo empezando a sentirse un poco mejor con la presencia de Griselda, aunque sus dudas y desconfianzas lo seguían aguijoneando.

—Otra cualidad en tu haber —le dijo Griselda mientras lo besaba ligeramente en la mejilla—, me encantan los hombres ordenados. Quisiera tomar algo fuerte, si tenés.

—¿Un whisky?

—Sí, por favor, lo necesito.

—Yo también— comentó por lo bajo y para sí mismo Raimundo mientras iba a buscar los vasos y una botella.

—Supongo que querrás saber qué hago en Buenos Aires.

—No sólo eso. Querría saber algo más, si es que tengo derecho de preguntar: primero, por qué no me hablaste durante cinco días en Mar del Plata, y segundo, qué hacías esta mañana en el despacho del superior general.

—¿Me viste allí? —Griselda se mostró sorprendida—, ¿y por qué no me llamaste?

—Lo intenté, pero no pude alcanzarte.

—Me imagino lo que habrás pensado cuando me encontraste en ese lugar.

—No voy a pensar nada hasta que me des tus explicaciones.

—Desaparecí porque quería investigar lo que estaba pasando. No era posible que la prensa conociera cosas que solamente nosotros tres sabíamos.

—¿Qué cosas?

—Lo del *Sex shop*. ¿Quién más sabía que habías estado en ese lugar?

Raimundo se puso a pensar. No se lo había dicho a monseñor Bonetto ni lo había escrito en ninguno de sus informes. “¡Carajo!, sólo las dos profesoras estaban enteradas de su estúpida incursión por ese comercio, entonces...”; Raimundo se quedó consternado, mirándola fijamente con estupor.

—Si vos no le comentaste eso a nadie más y yo tampoco lo hice, la única persona que pudo dar esa información es Viviana.

—¿Viviana Consortti? ¿Estás segura de lo que decís?

—Así es. Traté de localizarla pero se había evaporado de Mar del Plata. Entonces aproveché que mamá viajaba a Montevideo para pasar unos días con su hermano y me vine con ella a Buenos Aires. No bien la despedí comencé a investigar de inmediato. Fue muy difícil, pero cuando yo me propongo algo lo consigo, aunque tenga que tirar puertas abajo. Poco a poco fui obteniendo algunos datos fragmentarios. No paré un minuto, me recorrí todas las oficinas del Canal 102 y hablé con todo el mundo, con el periodista que te entrevistó y con un tal Ledesma, un resentido que habla pestes de ese mocoso. Visité en su oficina de la SIDE a un ex compañero de facultad que en una época estuvo muy enamorado de mí. Flirteé un poco con él y logré que me averiguara algo. No fue mucho, pero lo suficiente como para iluminar esa zona oscura de nuestras vidas. ¿Querés saber lo que pasó?

—Sí, por supuesto.

—Fuiste miserablemente, canallescamemente utilizado por la congregación para generar en Mar del Plata hechos conmocionantes que pudieran comprometer al obispo. El objetivo era remover a monseñor Melitano y lo lograron. A mí me usaste vos, aunque sin saberlo, para el mismo propósito. Viviana es agente de un servicio de inteligencia. Estaba al tanto de todo y proporcionó la información que se necesitaba para que la prensa dramatizara la falsa denuncia sobre corrupción de menores. ¿Te acordás cuando en la confitería te preguntó con cierta insistencia dónde quedaba ese comercio?

—Sí, ahora recuerdo, fue cuando salíamos. No lo puedo creer, Viviana es compañera tuya en el Instituto...

—Sí, es docente y hace años que trabaja con las monjas. Pero simultáneamente actúa como agente encubierto. Siempre estaba escribiendo en una libretita, todo lo anotaba, me llamaba la atención... claro, era una informante. Ya no la volveremos a ver por Mar del Plata porque fue trasladada a Entre Ríos, donde continuará ejerciendo como profesora de la Orden y al mismo tiempo como empleada de los servicios.

—¿Y la madre Fernandita?

—Monseñor Bonetto le había ordenado que la designara a Viviana para que colaborara con vos. Ni ella ni el padre Narváez tuvieron nada que ver en esto. Ellos también fueron sacrificados en esta hoguera de hipocresías y pasiones políticas.

—¿Y a qué fuiste al despacho del superior?

—Le pedí audiencia. Cuando me contestaron que era imposible hice un escandaleta. Los amenacé con denunciarlos a los medios. Si me hubieras visto, ni yo me reconocía, me sentí dispuesta a todo. El viejo me atendió enseguida. Le dije que estaba enterada de la canallada que habían urdido en Mar del Plata, que como cristiana y miembro de la Orden oranita me sentía defrau-

dada y agraviada por lo que me habían hecho a mí, pero sobre todo por la bajeza incalificable de lo que te habían hecho a vos, un docente que había dado la vida por la congregación y que merecía por lo menos el respeto y la consideración de todos ellos. Lo amenacé con ir al programa *Hora clave* para contarle todo. Estaba pálido y trató de calmarme. Pero me di el lujo de tratarlo como se merecía. Lo que yo quería era tener una confirmación de que realmente se había fraguado desde allí toda esa repugnante operación para voltear a un obispo. Le exigí que me revelara toda la verdad a cambio de no delatarlo. Le fui sacando una palabra detrás de la otra. Quiso hacerse la víctima, trató de convencerme de que él había sido presionado, que nunca quiso humillarte ni exponerte ante los medios como un vulgar degenerado. No le creí ni medio. Es un miserable y se lo dije en la cara. Detrás de todo esto hay altos funcionarios del gobierno nacional. Bonetto no es más que otro instrumento, otro forro como lo fuimos nosotros, pero a diferencia de vos y yo, que actuamos inocentemente y de buena fe, él es un forro consciente, sabía muy bien lo que hacía y seguramente obtuvo algo a cambio. El juez y el fiscal de Mar del Plata también lo son. Todo ha sido una cadena de servidumbres utilizada nada más que para satisfacer un insignificante capricho del Estado: neutralizar a un obispo que dice lo todo el mundo sabe: que hay desocupación, miseria y creciente marginalidad en vastos sectores de la sociedad argentina.

—Dios...—murmuró Raimundo abrumado por lo que acababa de oír.

—Les exigí que te indemnizaran por estas amarguras y están dispuestos a darte el retiro y una compensación monetaria.

—No debiste hacer eso. La congregación no es responsable de los manejos de monseñor Bonetto.

—La congregación es un nido de ratas. Todo el consejo superior estaba al tanto de estas maniobras. ¿Y querés que te diga más? Hasta el prefecto de Roma conoce las operaciones que se hacen en la Argentina. Porque esta no es la única. Están implicados hasta en el homicidio.

—¿Qué estas diciendo, Griselda? —exclamó horrorizado don Raimundo.

—No me consta, pero estoy segura de que ellos tuvieron algo que ver con el asesinato, durante el “Proceso”, del obispo de La Rioja.

—No sabés lo que decís.

—Está bien, es solo mi intuición. Pero son una mafia. Yo voy a presentar mi renuncia no bien regrese a Mar del Plata. No puedo trabajar más con esta gente.

—Bueno, Griselda, no nos volvamos locos. Tratemos de olvidarnos por hoy de todo esto. Disfrutemos de nuestra compañía.

—Sí, Raimundo, con el whisky me siento un poco mejor. ¿No tenés hambre?

—Ahora sí. Se me despertó de golpe. Pero no tengo nada... ¿Qué hacemos?

—Se me ocurre una idea. Mientras vos te bañás y te afeitás, que buena falta te hace, yo me voy al supermercado que tenés aquí a la vuelta y compro comida preparada. ¿Qué te parece, amor?

—Me parece perfecto —contestó entusiasmado Raimundo—. ¿Y después...?

—¿Después, qué?

—Después de comer...

—Mirá, tenemos dos opciones: o me acompañás hasta mi hotel que está en la otra punta de la ciudad, o me quedo a dormir

acá. Si me quedo acá se plantea otra alternativa: o me acuesto en aquella habitación con dos camas, que deben de ser de tus hijos, o me acuesto con vos y dormimos juntos. Como vos sos un caballero...

—Un caballero andante, después de lo que me pasó —bromeó Raimundo.

—El caballero de la triste figura —dijo ella dándole un abrazo—. Como vos sos un caballero, digo, no tengo nada que temer. Podés elegir lo que más te guste. Ahora dame las llaves del departamento y andate a bañar, dicho esto con todo respeto.

Raimundo le dio el llavero y se apuró a meterse bajo la ducha. El agua caliente terminó de reanimarlo. Se afeitó, se limpió los dientes, se perfumó, se entalcó y se vistió. Puso varios CD del Trío los Panchos, de Ray Connif y de Armando Manzanero (dos horas, por lo menos, de buena música romántica), y elevó la calefacción para que el departamento se templara de acuerdo con la ocasión.

Tendió sobre la mesa del comedor un finísimo mantel bordado y completó la paquetería con velas en dos candelabros de plata que no había usado en más de veinte años. Encendió una tenue lámpara de pie y apagó las demás luces. Puso una botella de champaña rosado en un balde con abundantes cubitos de hielo. Examinó la disposición de los cubiertos y quedó satisfecho. Buscó un tono suave e intimista para la música. Los Panchos cantaban: *“Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez...”* El escenario era romántico y acogedor.

Se terminó de vestir como los antiguos enamorados: camisa blanca con gemelos de oro, corbata azul con rayas rojas y traje cruzado azul con finísimas rayas blancas verticales. Se miró en el espejo del dormitorio y se vio espectacular. Se convenció de

que era todo un galán maduro al estilo de Federico Lupi o Sean Connery. Esa noche estaba para matar.

LAS TRIBULACIONES DE MONSEÑOR BONETTO

El superior general quedó pálido e inmóvil. Griselda Teleman acababa de retirarse indignada. Le temblaban las manos y sentía una ingrata opresión en el pecho. Es verdad que la exaltada docente no había llegado al insulto (aunque había estado en el límite del desquicio), pero las cosas que le dijo fueron tan duras e hirientes, y las acusaciones tan oprobiosas, que lo habían aplastado como nunca antes en su vida. No ignoraba que los cargos eran fundados, sabía que él y la Orden habían actuado mal con el profesor Argenta, con la joven que acababa de retirarse y con las honorables autoridades de los Institutos de Mar del Plata.

Comprendía ahora que se había dejado llevar por su ambición personal y por los envolventes designios del régimen de corrupción en cuyo mecanismo triturador se había introducido para ser un engranaje secundario más. Claro, en principio él lo había hecho con el sano propósito de colaborar con un gobierno que había producido transformaciones tan importantes para el país. ¿Acaso no había que hacer algo con los excesos de los obispos que ponían en peligro esas reformas que el doctor Menem —el segundo Roca de la historia, según él lo creía con sinceridad—, estaba llevando a cabo con tanto patriotismo y valor personal?

El plan, ciertamente, no ha sido ético. ¿Pero acaso en política el fin no ha justificado siempre los medios? No, eso es horrible, no puede aceptarse, es inmoral... He ahí la diferencia entre Maquiavelo y el gran pensador católico Jacobo Maritain. Maquiavelo pretendía en política el éxito inmediato. Maritain, en

cambio, sostenía sabiamente que el gobernante que sacrificaba todo al deseo de ver con sus propios ojos el triunfo de la política es un mal gobernante y pervierte la política, porque mide el tiempo de maduración del bien político conforme a los breves años de su propio y personal tiempo individual.

Pero si el plan hubiera pasado inadvertido, si esa joven no hubiera descubierto la trama secreta, el abuso contra aquellas buenas personas habría significado tal vez un mal menor frente a los graves peligros (¡males mucho peores!) que gracias a Dios hemos logrado conjurar a tiempo. Lo malo es que se supo... Pero Bonetto sabía que había procedido mal, lo sentía en lo profundo de su corazón, y eso lo angustiaba. Era un hombre de Dios, estaba obligado a discernir entre el recto camino y la conducta tortuosa e impropia.

Llamó a su secretario y le ordenó que cancelara su viaje al Sur, porque no se sentía bien. Se recluyó en sus aposentos privados y ordenó que nadie lo molestara. El antiguo pero amplio y bien amueblado departamento del cuarto piso, que era la vivienda permanente del superior general, estaba totalmente a oscuras. Encendió un velador de luz tenue, tomó un ansiolítico, se sirvió un *whisky* y se arrojó en su sillón predilecto para relajarse y reflexionar sobre todo aquello que había comenzado a perturbarlo espantosamente.

Hizo algunas llamadas telefónicas a distintas personalidades y finalmente quedó en silencio, con el segundo vaso de *whisky* en la mano y la mirada perdida. Recordó su infancia. Su madre, tan bondadosa y tierna, orgullosa de que su hijo tuviera vocación religiosa. Y era una vocación auténtica, amaba a la gente y siempre trataba de ayudar a quienes lo necesitaban. El seminario no le había resultado una carga. Fueron años felices, entregados a Dios y al estudio, con el sueño indeclinable de ser un día sa-

cerdote y docente. Amaba la enseñanza y le encantaba la compañía de los jóvenes a quienes siempre aconsejaba correctamente. Recordaba que en todo momento tuvo buenos sentimientos, siempre fue honesto con las personas, leal con los amigos y afectuoso con sus familiares. Siempre había sabido perdonar las ofensas y había sido incapaz de una venganza o de un acto indebido. Bueno, casi siempre...

Estaba el recuerdo de Dorita, claro. Él era un joven sacerdote recién ordenado cuando aquella catequista lo sedujo inesperadamente. Sonrió con emoción. Ella se le había declarado. Pobre Dorita, era de una pureza total, creyente y bondadosa. Pero el joven sacerdote la había deslumbrado. Tenía su pinta, pero él nunca había dado lugar a situaciones comprometedoras. Y la verdad es que la chica lo atraía y a veces lo perturbaba. Finalmente la joven, tan inocente y tímida como parecía, había tomado la iniciativa. Se lo dijo directamente: No puedo dejar de pensar en usted, padre. Necesito que me ayude a sacarme este pecado de encima, que Dios me perdone. Ante la sorpresa de Segismundo que había quedado sin palabras, le pidió que la confesara ahí mismo, en la sala de lectura de la Orden, para poder quitarse esa atormentadora carga de su conciencia. Y el joven sacerdote, confundido y nervioso, en lugar de derivarla a otro sacerdote como debió habérselo aconsejado el sentido común, aceptó lo que la enamorada le pedía. Se puso la estola litúrgica y se sentó tembloroso en una silla. Dorita se arrodillo junto a él con la mirada fija en el piso y le dijo que estaba terriblemente enamorada de él, que no podía tener un minuto de paz y que la dominaban fantasías eróticas que transformaban sus sueños en escenas infernales que la llenaban de culpa. Le contó algunos de esos sueños, y el pobre Bonetto sintió que la testosterona aceleraba sus incursiones novedosas por todos los rincones de su cuerpo. Hab-

ía hecho un esfuerzo por dominar la inquietud carnal que lo oprimía. En cierto punto, advirtió con alarma que el acto sacramental de la confesión se estaba distorsionando escandalosamente; eso no era más que una escena de amor pasional inadmisibles para los votos sacerdotales. Quiso resistirse e intentó concentrarse en su solemne misión de confesor. Pero en lugar de cortar todo aquello e imponerle a Dorita una penitencia de manera de disipar la peligrosa situación (o tal vez —siempre tuvo esta duda—, impulsado por una libido inconsciente) le requirió a la joven detalles de sus malos pensamientos, y ella le dijo que lo soñaba desnudo, que acariciaba y besaba sus genitales, que los dos se entregaban desesperadamente a coitos interminables, y que estos malos pensamientos la llevaban a masturbarse todas las noches; que sabía que lo que le estaba sucediendo era una cosa espantosa, que era creyente y quería cumplir con las leyes de Dios, que necesitaba confesar todos esos pecados, comulgar y tratar de sacarse esa obsesión de su mente.

“¡Ayúdeme, padre Segismundo!”, le había implorado mientras en un gesto convulsivo abrazaba las piernas de Bonetto.

Mientras recordaba esos lejanos pero siempre presentes sucesos, el superior general bebió un largo trago de *whisky*. Qué curioso, habían transcurrido más de cincuenta años desde aquel episodio y le parecía tan cercano en el tiempo. Evocaba con nitidez las escenas que siguieron. Ella, entre llantos, suspiros y gestos involuntarios había acercado su mano al pene del joven sacerdote. Cuando sintió debajo de la sotana la formidable erección que aquél había tenido contra su voluntad, perdió la cabeza y le pidió que la hiciera suya.

Lo demás sucedió vertiginosamente. Aún con la estola colocada sobre su cuello, se arrojó al piso y desfloró a medias a la catequista en un acto que había durado segundos. Fue la primera

y única vez que había poseído a esa mujer. Los dos se arrepintieron enseguida. La chica desapareció del colegio y no volvió a saber nada de ella. Él debió recluírse en un retiro espiritual para poder sobrellevar la culpa, y, lo que le resultó aún más difícil, sacarse a aquella mujer de su cabeza, propósito que nunca había logrado totalmente.

Con la ayuda de otro cura que lo asistió espiritualmente, pudo regresar a la normalidad sacerdotal con algún alivio de conciencia. Pero nunca fue la misma persona. Sabía que así como había cedido ante la tentación de la carne una vez, lo haría muchas otra veces en su vida, y esto lo aterraba.

Sin embargo su vocación sacerdotal no ofrecía fisuras y ese temor a recaer no lo hizo dudar a la hora de seguir adelante por el camino elegido.

Pero el episodio cambió su vida. Los fugaces instantes de intensa voluptuosidad que había vivido con Dorita no se borraban nunca de su mente. Se esforzó entonces en el estudio y en su carrera dentro de la Orden de San Orán. Obtuvo su doctorado en teología y pronto ocupó importantes cátedras y cargos administrativos en la orden. Pasaron los años, fue director en distintos institutos del interior, y, ya en la madurez, fue designado superior general de la Congregación para la República Argentina. Ahora había pasado los setenta años y se sentía satisfecho con todo lo realizado en su vida, pero...ah, aun hoy, en la vejez, recuerda los momentos pasionales vividos aquella tarde en su juventud y no puede evitar excitarse como cuando tenía veinte años. Una vez le había preguntado a un cardenal italiano de ochenta y nueve años en qué momento de nuestra vejez nos vemos liberados de la tiranía del sexo. Y el anciano purpurado le había contestado: “Todavía no lo sé”.

¡El hedonismo! Instinto antiguo como el hombre mismo que había sido reprimido por casi todas las corrientes filosóficas. El placer es siempre rechazado, menospreciado, reducido en provecho de otros valores considerados más trascendentales. Recordaba conceptos polémicos del semiólogo Rolan Barthes quien afirmaba que el rival victorioso del hedonismo es el deseo pero nunca el placer, el deseo tendría una dignidad epistémica pero el placer no. Se diría que la sociedad rechaza de tal manera el goce que no puede sino producir epistemologías de la ley, nunca de su ausencia o de su nulidad. Es llamativa esta permanencia filosófica del deseo en tanto nunca es satisfecho. Y se preguntaba el intelectual francés: ¿El deseo no denotaría una idea de clase? Presunción de una prueba bastante grosera aunque muy notoria: lo popular no conoce el deseo, sólo placeres.

La maldita política... Se había metido mucho con funcionarios y legisladores del gobierno menemista. ¿Por qué lo había hecho? Para ayudar; uno cree en ciertas ideas y... Pero también he sido ambicioso. Señor, sé que hoy, como aquella tarde con Dorita, no soy digno ni siquiera de hablarte. Creo que he procedido mal. ¿Pero procedí realmente mal? Si, sin duda, usé miserablemente a ese pobre hombre y a otros dignos docentes de nuestra Orden. Además, todo tuvo como objetivo remover al correcto obispo de Mar del Plata. Es horrible lo que hemos hecho... Pero el fin era bueno, yo al menos en ese momento estaba convencido de que los planes del canciller eran una cuestión de Estado muy importante. Y creo que los objetivos alcanzado son satisfactorios. Y yo tengo posibilidades de ser designado Secretario de Cultos, y con esa autoridad podré ser útil a la gente y a mi Iglesia. Lo malo es que esta chica lo ha descubierto todo y yo me siento avergonzado por eso... Además, ella podría denunciarlo públicamente y entonces... No, tal vez no se atreva, se ex-

pondría a perder su empleo. Ella ha de tener, como todos, sus ambiciones y, sobre todo, sus necesidades materiales. Pero lo hicimos bien, salió todo tan limpio, tan bien planificado que, por momentos me he sentido orgulloso de mi capacidad. Al fin y al cabo la Iglesia es una organización eminentemente política donde imperan las pasiones, los egoísmos, las ambiciones como en toda organización humana. Aunque... se dice que Dios nos quiere a los sacerdotes en el mundo, pero no del mundo... ¡Pero si hasta San Francisco debió enfrentarse a la curia Romana y actuar en consecuencia políticamente! La historia de la Iglesia es un compendio de luchas intestinas y personalidades enfrentadas.

Se sirvió otro *whisky*. Su mente vagaba ahora anárquicamente. Pensó en Dorita. Tan rápido había sido todo que ni siquiera atinó a desvestirla. Se rió amargamente. Si él no llegó a sacarse ni la sotana, apenas si se había bajado los pantalones... no, fue Dorita quien le desprendió el cinturón, le desabrochó la bragueta y le bajó los pantalones. ¡A ella ni la bombacha llegó a quitarle! Se la corrió para un costado y la penetró a medias. La eyaculación había sido inmediata. Pobre Dorita, tan desesperada que estaba y seguramente no tuvo tiempo de sentir nada. El profesor Argenta es una buena persona, no debí exponerlo... Lo que más lo horrorizó de aquella inesperada aventura es que manchó con semen la estola litúrgica, y ese hecho sacrílego lo atormentó toda su vida. Tenía guardada esa estola aún con las marcas delatoras. Un hombre creyente como él no podía perdonarse el haber perpetrado ese ultraje.

Se sirvió el cuarto *whisky*. Estaba casi ebrio. Los objetos de la sala en penumbras habían comenzado a dar vueltas. Los estantes de la biblioteca repleta de libros parecían oscilar en movimientos ondulantes. Se acordaba de su madre, de Dorita, de los sacerdotes que había tenido que dejar en el camino para es-

calar posiciones. ¡Qué obsesión por alcanzar mayores jerarquías dentro de la Orden! Es que o bien pensaba en las mujeres o concentraba todos sus esfuerzos en su perfeccionamiento intelectual y en sus ascensos dentro de la estructura de su Congregación. Muy de tanto en tanto, cuando viajaba al exterior, solía caer en la tentación de tener contacto con alguna prostituta. Siempre buscaba mujeres maduras para sentirse más seguro y evitar problemas. Había pasado ya los cincuenta años cuando conoció en Roma a una tal Celina que uno de los conserjes del hotel le había recomendado. La recibió en su habitación con muy poca luz, como era su costumbre, por lo cual no observó nada anormal. Cuando ella ya se había vestido para retirarse y Segismundo la miró por primera vez a los ojos para pagarle, tuvo un sobresalto. Esa mujer tenía un asombroso parecido con Dorita, aunque con treinta años más. No se atrevió a interrogarla. Celina pareció ruborizarse, bajó la mirada, guardó el dinero en su cartera y se fue con un saludo en italiano casi inarticulado. ¿Era Dorita? Nunca lo supo, probablemente no, pero la sospecha de que hubiese sido ella lo atenaceaba desde entonces.

Entretanto había adquirido respetabilidad y poder dentro de la Orden. Pero claro, ya había llegado al pináculo y no era posible avanzar más. Por eso se interesaba en la política. Tengo que poner límites a mi ambición, esta vez me he excedido... ¿Pero acaso no me he excedido otras veces? No fue fácil llegar a superior general, y para lograrlo y evitar que otros me hagan a un lado tuve que usar estrategias a veces inescrupulosas. Si, he sido un inescrupuloso, que Dios me perdone... Tengo que rezarle a la Virgen.

Se levantó con dificultad, y tambaleando se dirigió hacia el reclinatorio que frente a una pequeña imagen de la Virgen de los desamparados, de la cual Segismundo era devoto, ocupaba un

pedestal de mármol en un ángulo de la amplia biblioteca. Se arrodilló y comenzó a orar. Permaneció así durante algunos minutos. Levantó la vista para mirar a la Virgen y tuvo un sobresalto. En lugar de la estatuilla de la Virgen se erguía, sobre la plataforma, un repugnante escuerzo de color violáceo que lo llenó de espanto. Era un ser de horribles facciones que respiraba ruidosamente y lo miraba con ojos feroces y la boca entreabierta de la que se escurría una baba espumosa y amarillenta. Quedó paralizado mirando esa figura horrorosa. Trató de tranquilizarse. Sabía que no se debe mezclar el alcohol con antidepresivos porque pueden provocar visiones distorsionadas. Allí hay una imagen de la Virgen de los desamparados, y yo, por una mala jugada de mi mente conturbada, creo estar viendo una figura horrenda. Seguramente es mi estado de ánimo mezclado con este desarreglo que he hecho...

—Yo no lo creo —dijo el escuerzo con una voz ronca y desagradable.

—¿Quién... es usted? —balbució monseñor Bonetto.

—Soy un representante de Satanás y ha venido en nombre de mi Señor para decirte que en el Infierno estamos todos muy orgullosos de vos.

—¡Soy un hombre de Dios! ¡No tengo nada que ver con ustedes, malditos... batracios, o lo que sean! —gritó Bonetto exaltado.

El escuerzo rió a carcajadas.

—Has hecho, querido Bonetto, demasiados méritos para pasar a este lado. Estás muy lejos de ese Innombrable de quien te sentís uno de sus ministros en la Tierra.

—Soy un pecador, pero eso no me hace merecedor del Infierno.

—¿Pecador? Vaya...

—Lo de Dorita fue un momento de debilidad... Y he pagado esa falta con un remordimiento permanente.

—Amigo mío, lo de Dorita fue un acto humano, Nadie es castigado por esa nimiedad. Has hecho otras cosas peores con las cuales nos has honrado sobremanera.

—¿Qué he hecho que me aparte del Señor y me arroje a ustedes, malditos espantajos?

—Has hecho preciosidades, verdaderas *delicattessen*: has traicionado, has mentido, has conspirado, has abusado de las buenas personas, te has ofrecido como instrumento de los políticos corruptos, has tenido ambiciones desmedidas, has pisado la honra de los demás para trepar. ¡Cuánto te amamos, Segismundo, has sido un trepador hijo de puta!

—¡Basta, maldito súcubo, bicho inmundo, te voy a aplastar!

Bonetto tomó un candelabro y golpeó ferozmente al escuerzo que comenzó a proferir gritos de dolor y a despedir haces luminosos y olores tan penetrantes y fétidos que hicieron vomitar a Bonetto sobre la bien cuidada alfombra. Cuando el superior general se sintió aliviado de sus violentos espasmos estomacales, se produjo un profundo silencio. Se incorporó y miró hacia el piso donde debió de haber caído el animalejo reventado a golpes. Sobre la alfombra, partida en veinte pedazos, yacía la estatuilla de la Virgen. Bonetto, desesperado, se arrojó sobre los trozos de yeso y, llorando, le pidió perdón a la madre de Dios.

GRISELDA EN SU HORA TRASCENDENTAL

Cuando Griselda regresó cargada con la comida, se quedó deslumbrada ante la elegancia de Raimundo.

—Perdón, señor —bromeó fingiendo salir— creo que me equivoqué de piso.

—No me cargues, Griselda, no es para tanto.

—¡Raimundo, estás re lindo! Ese traje te queda bárbaro. ¡Y pusiste velas en la mesa! Gracias, mi amor —lo abrazó y lo besó— me hacés sentir siempre tan bien tratada.

Sirvieron la mesa entre los dos, encendieron las velas y se sentaron a comer. Raimundo descorchó la champaña y brindaron por la maravillosa relación que los unía. Cenaron mirándose a los ojos y diciéndose cosas agradables. Cada tanto se tomaban de las manos y se inclinaban sobre la mesa para besarse. La champaña los fue transportando placenteramente a un estado de euforia y excitación, aunque bebieron moderadamente con el inocultable propósito de cuidarse en aquella noche de felicidad que recién comenzaba.

Cuando terminaron de cenar Raimundo la invitó a que se sentara en el sillón de la sala mientras él levantaba la mesa y preparaba café. No consintió que ayudara en nada. Griselda era ese día su agasajada, su *Dulcinea del Toboso*.

Llevó el café a la sala y lo bebieron en silencio mientras Ray Connif tocaba *Concierto a la luz de la luna*. Raimundo depositó los dos pocillos en la mesita ratona. Tomó a Griselda por la nuca y la besó interminablemente. Luego la estrechó entre sus brazos y la mantuvo así largo tiempo.

- Te amo —le dijo al oído.
—¿Mucho? —preguntó ella con voz de mimosa.
—Hasta la locura... ¿y vos?
—Tengo un metejón que me derrito.
—¿No tenés ganas de bailar?
—Por supuesto.

Bailaron abrazados durante medía hora. Se miraban a los ojos, se besaban y se hablaban al oído, hasta que él comenzó a morderla suavemente en el cuello y ella le respondió dándole mordisquitos en el lóbulo de la oreja. Griselda se estremeció cuando Raimundo, luego de levantar por ambos lados su corta pollera y acariciar con fruición sus muslos firmes y tersos, puso una de sus manos sobre la húmeda entrepierna. Ella hizo lo mismo con él. Cada cual percibió en su oído los suaves gemidos del otro. Hasta que no resistieron más.

—Vamos a la cama, Raimundo —le suplicó Griselda con la mirada lasciva y sus mejillas encendidas de deseo.

El la tomó de la mano y la condujo hasta el dormitorio. No encendió la luz para que se percibiera solamente la penumbra que ingresaba a través de la puerta entreabierta. Los dos se desvistieron frenéticamente y se metieron bajo las sábanas. No había lugar para juego amoroso alguno. Todos los preludios imaginables se habían agotados durante el baile. El se inclinó como indeciso sobre aquel delgado cuerpo de piel blanca y perfumada. Griselda lo tomó dulcemente por los hombros y lo atrajo hacia sí. Raimundo obedeció y se montó sobre ella, entre sus piernas anhelantes que se abrieron para recibirlo. Apoyó sus manos en la cama y mantuvo su torso separado de ella mientras comenzaba a penetrarla con una suavidad extrema, casi angelical. Griselda, confiada en la medida infinita de ese hombre amado que la estaba poseyendo, observaba con avidez sus facciones lúbricas y los

gestos de placer que acentuaban su impetuosa masculinidad. Raimundo veía en esa lujuriosa mirada la confirmación de que él era el hombre que se había ganado el derecho a quebrantar ese entrañable precinto. Y así, mientras los dos se contemplaban ardentamente, se iba consumando la mansa desfloración. Griselda exhaló un suave quejido de dolor. El se retrajo y redobló su delicadeza. Finalmente el himen se desgarró con un imperceptible crujido. Ella hizo un gesto de dolor, pero enseguida sonrió aliviada y le dijo: “Ya está, mi amor, ya lo lograste, gracias por ser tan suave, no te contengas más”. El la abrazó con frenesí salvaje y se entregó a un reprimido orgasmo que estalló sin transición, con una voluptuosidad abismal, desenfrenada.

Cuando cesaron sus convulsiones la miró exhausto y aturdi-
do. Ella le dijo sonriendo:

—Qué bárbaro, Raimundo, esto me pareció un terremoto.
¿Y vos eras el que no sabías si ibas a poder?

—Creo que perdí el control. ¿Te hice daño?

—Estoy un poco dolorida, pero lo hiciste muy bien.

—Eras virgen de verdad —le dijo jadeante y entre risas
mientras le alcanzaba una toalla. Los dos se taparon con las fra-
zadas y se abrazaron.

—¡Ah...! —suspiró Griselda con una sonrisa de plenitud—.
Esta iniciación era muy importante para mí. Fue un aconteci-
miento trascendental. Jamás lo voy a olvidar. Y me alegro de
haber esperado hasta conocerte.

El la acarició tiernamente y besó sus ojos y sus mejillas.

—Nunca disfruté tanto con una mujer. Sos maravillosa.

—Acariciame así. Quiero que siempre me acaricies así, que
me hagas dormir con tus caricias.

El no cesó de mimarla hasta que oyó su respiración profunda y pausada. La arropó y permaneció mirándola hechizado hasta que el sueño lo venció.

24

LA DESPEDIDA

Griselda durmió apaciblemente toda la noche. Se despertó cuando Raimundo abrió la ventana y la saludó con un “Buenos días, dormilona”. Eran las diez de la mañana. Se despezó remolonamente, sonrió y abrió sus hermosos y amodorrados ojos verdes. El se sentó en el borde de la cama, la besó y se quedó mirándola como si quisiera retener para siempre la luminosa estampa de esa deliciosa y joven cara.

—Quería saber como te veías por las mañanas —le dijo acararamelado mientras le acomodaba cariñosamente su pelo enmarañado.

—¿Y qué te parezco? ¿Horrible?

—Estas más hermosa ahora que anoche.

—No mientas —comentó ella vanidosamente—. En todo caso, sería mérito tuyo.

—¿Cómo te sentís?

—Nunca dormí tan bien.

—¿Tenés hambre?

—Me muero por desayunar. Me levanto en seguida y vamos...

—Nada de eso —la retuvo él con firmeza—. Compré factura y preparé el desayuno con café y jugo de naranja para servírtelo en la cama.

—Raimundo, mi vida —dijo ella enternecida— ¿de veras vas a traerme ese rico desayuno a la cama?

—Así es. Ponete esta camisa mía, no podés estar así toda desnudita —le dijo Raimundo mientras levantaba las frazadas y

miraba descaradamente sus pequeños senos de gruesos pezones. Griselda, con fingido gesto de pudor, se cubrió rápidamente con las sábanas. El la ayudó a colocarse la prenda y le acomodó las almohadas para que esperara el desayuno cómodamente reclinada.

Griselda, encantada por la caballerosidad extrema de aquel hombre maduro que la hacía sentir como una princesa, se recostó plácidamente sobre las mullidas almohadas y se entregó a la dulce somnolencia mientras Raimundo, en la cocina, ponía música de tango y preparaba la bandeja con el desayuno. Por la ventana se colaban los ruidos del tránsito porteño y los tibios rayos de sol de una espléndida mañana otoñal.

Raimundo regresó sonriente y orgulloso con la bandeja del desayuno. Cuando la depositó cuidadosamente sobre las rodillas de Griselda ésta descubrió al lado de su taza una rosa roja.

—¡Me... compraste una rosa! —exclamó Griselda en el colmo del asombro.

—¿No es lo que te merecés, acaso? —contestó Raimundo besando ligeramente sus labios.

—Nunca me habían regalado flores —comentó Griselda con los ojos repentinamente brillantes—; me emocionaste... gracias, mi amor. Mirá que tonta, se me caen las lágrimas.

—Bueno, bueno —dijo Raimundo tiernamente mientras buscaba un pañuelo en la mesa de luz—, a ver esos ojitos, yo te los seco. ¡Qué cosa! Quise darte una alegría y te ponés sentimental.

—Sos demasiado bueno, Raimundo. Por eso estoy tan enamorada de vos. Me hiciste recordar a papá, pobre, que de chica me llevaba el desayuno a la cama cuando nos levantábamos de madrugada para ir a pescar. Te adoro.

—Bueno, basta de zalamerías que se enfría el café. Vamos a desayunar y a planear nuestro día de hoy. Te voy a llevar adonde vos quieras.

Conversaron animadamente y convinieron en pasear por aquellos lugares típicos de Buenos Aires que ella casi no conocía. Raimundo lavó los platos de la noche anterior mientras Griselda se bañaba y se vestía. Luego sacaron de la cochera el automóvil de Raimundo y se llegaron hasta el hotel de Griselda para abonar el alojamiento y retirar su equipaje. Regresaron al departamento para que ella acomodara sus cosas y se cambiara de ropa.

Fueron hasta *El Rosedal*, pasearon bajo las adormecidas pérgolas con sus últimas rosas otoñales y se sentaron en el patio andaluz para descansar y gozar del sol del mediodía. Luego Raimundo la llevó a *Puerto Madero* donde almorzaron en un restaurante con vista a las dársenas. Después del almuerzo dejaron el auto estacionado en la avenida Belgrano y Defensa. Griselda alegre como una niña contó los proyectiles incrustados en uno de los campanarios de la basílica del Convento de Santo Domingo. “¡Son diecinueve cañonazos!”, exclamó. “Veinte”, la corrigió Raimundo, “allí arriba hay otro, ¿ves?”. “¿Es cierto lo que se dice, Raimundo, que en algún lugar de esta Iglesia está el tesoro de Sobremonte?” “Seguro, pero todos los que bajan a la cripta para buscarlo desaparecen misteriosamente”. Caminaron sin prisa por las angostas veredas de las últimas calles empedradas de San Telmo. Fachadas con vegetación en sus grietas, cornisas descascaradas y balcones en colapso, extrañas casas tomadas con escaleras de peldaños infinitos y pasillos sombríos parecían desde su letargo saludar a la pareja. Atravesaron el parque Lezama, donde Sábato escenificó el primer capítulo de *Sobre héroes y tumbas*, subieron y bajaron los cansadores desniveles

de La Boca y llegaron hasta Caminito donde se sentaron a escuchar a un bandoneonista callejero. Luego volvieron al punto de partida bajo las recovas de Paseo Colón. Fatigados y con deseos furiosos de volver a amarse, regresaron al departamento para dormir una tardía siesta. La pasión los envolvió nuevamente en su vertiginoso tornado. Ella disfrutó como no lo había podido hacer la noche anterior. Se resarcó con orgasmos delirantes que enardecieron a Raimundo y lo agotaron más de lo aconsejable para un hombre de su edad.

Griselda, hoguera inapagable, lo abrumada con sus requerimientos, y Raimundo, feliz por sentirse aún en condiciones de responderle, repetía su vano trajín extintor.

Durmieron un par de horas, y ya de noche salieron para el centro. Fueron al teatro *Astros* de la avenida Corrientes donde se revolcaron de la risa con la revista de Jorge Corona: “Un paciente le dice al médico: —Doctor, tengo una gases bárbaros, pero no tienen nada de olor, ¿será una enfermedad grave? —A ver, tírese uno. —Prrrrrrrrrac. —Tírese otro. —Prrrrrrrrrac, ¿Y doctor, tendrán que operarme? —Sí, de la nariz.”. “Un médico a su paciente: —Usted necesita una placa. —¿De rayos, doctor? —No, de bronce”.

Cenaron en un restaurante cercano al teatro, donde siguieron festejando los chistes subidos de tono y las groserías inesperadas del talentoso comediante, y regresaron al departamento. Como los dos estaban demasiado cansados, se acostaron y se durmieron sin prodigarse más que unos mimos y dos o tres sonoros besos. Don Raimundo respiró aliviado por esa tregua.

A la mañana siguiente Raimundo volvió a cumplir el rito de sus galanterías, sólo que esta vez el desayuno era un humeante chocolate con churros, y la flor, un clavel blanco. Griselda estaba tan feliz y agradecida que le pidió a Raimundo que se metiera

otra vez en la cama, que quería ser ella quien lo agasajara ahora. Él no discutió esa orden, aunque le advirtió, tentado de risa, que ya se le estaba terminando la cuerda. Cerró otra vez la persiana, se desnudó y, obediente, se tendió de espalda, como ella se lo pidió. Griselda, arrodillada en la cama, lució su habilidad para complacer a un hombre nada más que con sus besos y sus caricias. Lo volvió loco, lo hizo bramar como un fauno romano. Suelta y libidinosa, con su boca y sus manos agitando las aguas tranquilas de aquel mar apaciguado, Griselda lo miraba con desenfado para disfrutar de ese espectáculo conmocionante que es para cualquier mujer atrevida, la mirada agónica y las súplicas de un hombre que goza los espasmos de su polución.

Ese día almorzaron en la Recoleta y asistieron a un concierto vespertino de piano en el Salón Dorado del Teatro Colón. A la salida fueron a tomar el té a una coqueta confitería de la calle Santa Fe.

Pero algo estaba sucediendo. Hablaban menos que el día anterior. Raimundo tenía momentos de silencio, como si se ensimismara en pensamientos melancólicos. Mientras tomaban el té su cambio de humor se había hecho más notorio. Griselda, preocupada, lo interrogó:

—¿Qué te sucede, amor? Te noto serio y pensativo...

—Mirá, tesoro —le contestó él con una mirada triste—, mañana viajo a Italia.

—Ya lo sé —respondió Griselda—, y yo me vuelvo a Mar del Plata. Pero eso es transitorio, vos volvés en diez días...

—Griselda, he decidido viajar desde Roma a Minnesota para visitar a mis dos hijos mayores, y de allí hasta Los Ángeles para ver a los otros.

—Pero... ¿Cuándo decidiste eso? No me habías dicho nada.

—Lo decidí hace unas horas— Raimundo bajó la mirada.

—¿Por qué? —interrogó Griselda en tono de enojo.

—Lo nuestro tiene que terminar hoy —dijo sin mirarla.

—Raimundo... ¿Qué estás diciendo? ¿Ya te cansaste de mí?

El tomó sus manos con fuerza y la miró hondamente a los ojos.

—Sos lo mejor que me pasó en la vida. Va a ser muy difícil para mí perderte. Te amo como nunca amé a una mujer.

—¿Entonces...?

Raimundo siguió apretando sus manos y calló. No podía encontrar las palabras justas para decirle a esa joven hermosa a la que adoraba con locura, lo que tenía pensado decirle.

—Soy un hombre viejo, Griselda...

—¡No digas eso, no te permito que lo vuelvas a decir!

—Soy un hombre viejo —repitió serenamente—. En poco tiempo me voy a jubilar y no tendré nada que hacer. Mi vida activa se habrá terminado. Vos en cambio sos una pendeja, casi una niña que todavía no ha comenzado a vivir. Tenés un título universitario y un porvenir intacto. No podés estropear tu vida en flor con un hombre que en poco tiempo puede estar decrepito.

—¡Raimundo, es horrible lo que estás diciendo!

—Bueno, decrepito a lo mejor no —sonrió—, espero tener una vejez lúcida y con buena salud. Pero no podés estar atada a mí. Yo estaría en el paraíso con una mocosa como vos como esposa o como amante. Pero sería muy egoísta, extremadamente egoísta, si no tuviera ahora la claridad mental y espiritual de apartarte de mi vida otoñal para que levantes vuelo en tu propio cielo de primavera.

Dos lágrimas silenciosas quedaron titilando en los ojos de Griselda, quien sin poder decir palabra miraba impotente a ese hombre amado que se estaba despidiendo de ella con argumen-

tos fatídicamente realistas e irrefutables. Raimundo, conteniendo el desborde de una emoción que crecía entre sus frágiles diques, siguió hablándole con la misma ternura de siempre, pero con palabras que le trizaban el corazón.

—Yo te habría pedido que te casaras conmigo. Quise hacerlo anoche mismo.

—Y yo te habría dicho que sí...

—Pero, Griselda querida, entre los dos arruinaríamos tu vida. Tengo un pasar cómodo pero no soy rico. Tampoco soy famoso.

—¿Y eso a mí qué me importa? —contestó Griselda con rabia sollozante.

—Es que los únicos viejos que pueden casarse con mujeres muy jóvenes son los millonarios o los muy famosos. Esas niñas se lucen socialmente con sus ilustres maridos, escritores, poetas, periodistas o industriales. Pero vos, amor mío, casándote conmigo solo ganarías el desprecio de todo el mundo. Ni mis amigos, y probablemente tampoco mis hijos, te aceptarían, ni tu familia y tus amigos me aceptarían a mí. Los dos haríamos el ridículo. Tal vez eso a mí no me importaría porque yo ya estoy de vuelta de esas intolerancias sociales. Pero vos vas a sufrir mucho, y mientras eso ocurre tu juventud se va a marchitar y un día vas a descubrir que la desperdiciaste junto a un hombre que ha ido declinando inexorablemente desde el mismo día en que lo conociste.

—Si supieras qué daño me hacés con lo que estás diciendo.

—Yo sufro más que vos, Griselda, pero es la verdad, es la pura verdad.

—Yo no voy a poder olvidarte, me estás empujando a un precipicio. No concibo mi vida lejos de vos.

—No se trata de que me olvides, y espero que nunca lo hagas. Pero un día vas a despertar de este ensueño y en ese momento me vas a agradecer lo que te estoy diciendo ahora. Una mañana verás todo diferente, saldrás a la calle y conocerás imprevistamente a un joven que te va a deslumbrar. Y vas a ver qué distinto es amar a un hombre de tu edad. Te vas a enamorar de una forma diferente, como se enamoran todas las chicas que no buscan tanto el ideal romántico, que supuestamente ya lo encontraste conmigo, sino el hombre con el cual formar un hogar y tener hijos. Entonces vas a ser feliz y podrás pensar en el futuro sin preocuparte demasiado por el terrible transcurso del tiempo.

—Te agradezco que pienses en mí. Sos tan bueno que estás dispuesto a perderme para no dañarme. No hay otro hombre como vos, Raimundo.

El sonrió ante la exageración de Griselda.

—Sí, Griselda, hay muchos hombre mejores que yo. No me idealices tanto, no te olvides de qué manera indigna me dejé utilizar por la Orden religiosa a la que pertencí con orgullo toda la vida. ¿Cuántos hombres crees que serían tan estúpidos?

—No, Raimundo, estás equivocado. Te hicieron eso porque sos demasiado bueno, no porque seas estúpido.

—Pero fui formado así, Griselda, obediente, disciplinado, respetuoso de las jerarquías. Pero, tenés razón, además soy altruista y generoso, pero porque ellos también me hicieron así. Creo que esa es la parte buena de ser un oranita. Yo jamás he usado a nadie en mi beneficio y mucho menos voy a usarte a vos. Sería horrible que me aprovechara de este amor que inexplicablemente desperté en vos. Y porque soy así, digamos, buena persona, y también por que tengo mi cabeza bien puesta, mi deber es pensar en vos y ayudarte a que regreses, como diría Ortega, a la caravana de tu generación.

—No lo acepto, Raimundo, no comparto lo que pensás y creo que tengo derecho a esperar que respetes mis sentimientos. Quiero que me dejes demostrarte que todo puede ser diferente a lo que vos suponés.

—Amorosa testaruda —dijo él acariciando su cabello—; si me dejara seducir por tus hermosas palabras perderíamos los dos. Nos estamos despidiendo, vida. No lo hagas más duro, por favor.

—Raimundo, escuchame: tal vez vos no quieras que nos veamos con mucha frecuencia, a lo mejor no querés sentirte oprimido, sexualmente exigido, no sé. Pero podemos vernos en forma espaciada. Acepto ser tu amante de fin de semana, si lo querés así. Pero no me abandones, por favor, no me abandones.

—Griselda, esto se terminó ahora. Es más, no quiero que te quedes esta noche en casa. Ahora vamos a hacer tus valijas y te llevo a un hotel para que mañana tomes un avión para Mar del Plata.

Griselda quedó callada y ofendida. No quiso seguir hablando. Cuando regresaban en el auto al departamento ella rompió su mutismo:

—Raimundo, sólo quiero pedirte una cosa y esto no me lo podés negar.

—Sí, mi amor, te escucho.

—Nos separamos como vos lo decidiste, te vas a Europa y a los Estados Unidos, no nos hablamos ni nos escribimos. De acuerdo. Pero cuando regreses, quiero que me llames por teléfono y que nos encontremos en Mar del Plata para tomar un café y charlar como buenos amigos.

—Prometido, quiero que quedemos como amigos.

—Pero deseo algo más: que cuando nos encontremos dentro de un mes volvamos a hablar sobre esto. Yo voy a estar es-

perándote, con el mismo amor que siento ahora por vos. Tal vez cambies de opinión.

—Griselda —protestó Raimundo.

—Por favor, Raimundo, prométeme solamente que lo vamos a volver a hablar, que esto no es todavía definitivo. De otra manera no voy a poder soportarlo.

—Está bien, Griselda, prometido. Cuando regrese tendré que presentarme en el Juzgado de Mar del Plata, así que te prometo ese café y una nueva charla sobre lo que hemos hablado hoy. Pero hasta entonces no vas a saber nada de mí; además quiero que te sientas en libertad de salir con otros hombres, ¿aceptado?

—Aceptado.

Griselda decidió partir esa misma noche para Mar del Plata. Raimundo la llevó hasta Retiro donde ella abordó un micro que salía a las doce de la noche. La despedida fue desgarradora. Ella lo saludó por última vez desde la ventanilla agitando apenas su mano. El micro se puso en movimiento y Raimundo, inexpresivo y casi sin fuerzas para alzar su brazo, le contestó el saludo.

Cuando el autobús se perdió en la noche, una ráfaga de viento frío y húmedo le recordó a Raimundo que estaba desabrigado y solo, espantosamente solo en aquella inmensa ciudad tan inhóspita con los seres solitarios. Aterido, sintió que los diques estallaban y que las rabiosas aguas de su desconsuelo se precipitaban arrastrando despiadadamente las vívidas imágenes de lo que sólo había sido un hermoso sueño, el mejor, y seguramente el último, de sus sueños románticos. Comenzó a caminar sin rumbo por las plataformas semidesiertas de la terminal mientras sus manos heladas buscaban inútilmente calor en sus bolsillos y las lágrimas corrían sin tapujos por su cara súbitamente envejecida e inclinada hacia el suelo.

LA NUEVA VIDA DE GRISELDA

Todavía era de noche cuando Griselda llegó a su casa. El viaje había sido horrible y se sentía anímicamente destrozada. La casa vacía y fría, cargada de recuerdos de su padre —la pipa en la repisa, los anteojos sobre su mesa de luz y otros objetos que reclamaban su atención en cada cajón que abría—, acentuó su amargura. En su mente se agitaban las imágenes de los momentos de ilusión que vivió con Raimundo en Buenos Aires y la escena de la despedida que ambos habían protagonizado apenas unas horas antes.

En unos pocos días había perdido a su padre, se había enamorado, se vio atrapada en una abominable conspiración política, fue poseída por su primer amante, conoció la felicidad del amor, perdió absurdamente al hombre amado y ahora se iba a quedar sin trabajo. Le parecían demasiadas emociones juntas para que un ser frágil y sensible como ella pudiera soportarlas en soledad. “Si al menos estuviera mamá”, se lamentó.

Apenas pudo dormir algunas horas. Se levantó temprano y fue al Instituto de Mujeres para presentar su renuncia. Al ingresar al establecimiento varias alumnas de tercer año se le acercaron ansiosas para saludarla. “¿Supo lo que pasó, señorita Griselda?”. Otras alumnas se fueron uniendo al grupo hasta que una desordenada y vocinglera multitud colmó el hall del Instituto en derredor de la sorprendida Griselda. “Estuve de viaje, ¿qué ocurrió?” Atropelladamente, interrumpiéndose unas a otras, le contaron que sus padres, alarmados por las denuncias de corrupción, se reunieron en una asamblea para adoptar una actitud conjunta

contra el Instituto, pero que todo se había aclarado porque las mismas alumnas les habían explicado la verdad de lo sucedido y que los habían convencido de que lo único que merecían sus dos profesoras era gratitud por las valiosas lecciones sobre la sexualidad que valientemente les proporcionaron.

—Nos reunimos con los chicos de San Orán —le relató orgullosa una de las adolescentes— y resolvimos organizar una protesta frente a la Municipalidad en defensa de los colegios y de ustedes. Cuando nuestros padres nos vieron tan decididos se dieron cuenta de que se estaba cometiendo una gran injusticia. Entonces nos apoyaron y redactaron una declaración que firmaron todos.

Le contaron que con excepción de los diarios locales *La Capital* y *El Atlántico*, que habían accedido a publicar íntegro ese comunicado en el que las familias impugnaban por falsas las denuncias y se solidarizaban con los directores y personal docente de los dos colegios, ningún medio nacional se interesó en el asunto.

Le preguntaron por la profesora Consortti. Griselda, para no decepcionar a las chicas, se limitó a informarles que se había ido definitivamente a Entre Ríos. Les agradeció a las jóvenes su apoyo y les pidió que se desconcentraran y continuaran con sus actividades escolares, prometiéndoles reunirse con ellas a la brevedad.

La secretaria de la dirección, al enterarse de que Griselda estaba en el colegio, había salido a su encuentro y luego de saludarla afectuosamente le pidió que fuera hasta el despacho de la interventora, la hermana Lucrecia Gancedo, quien deseaba hablar con ella.

—Adelante, profesora, mucho gusto —la saludó la interven-
tora, una monja de unos cincuenta años, bien provinciana y de
aspecto campechano.

—Encantada —respondió secamente Griselda mientras le
tendía su mano.

—Siéntese, por favor. Ante todo lamento lo de su padre.

—Gracias.

—Traté de localizarla pero me dijeron que estaba de viaje.

—Sí, acompañé a mi madre a Buenos Aires.

—¿Le contaron que todo se aclaró?

—Sí, las chicas me lo acaban de decir. No sabía nada. Estoy
sorprendida de que los padres hayan escuchado a sus hijos y los
hayan apoyado. No es lo que uno espera en estos casos.

—Así es, Griselda. *Io* también he quedado como burro sin
orejas —la monja exageró su tonada salteña, lo que encantó a
Griselda—. Imagínese, cuando me mandaron aquí me pintaron
un panorama negro, y me encuentro con un clima casi beatífico.

—Hermana, todo esto me ha afectado mucho y venía a pre-
sentarle mi renuncia.

—¿Su renuncia...? ¿Pero... por qué, Griselda? —la religiosa
pareció muy sorprendida.

—Es un conflicto de conciencia. No estoy en paz con las au-
toridades de la Orden por razones que no puedo revelar. Deseo
irme del Instituto.

—No... entiendo —dijo confundida la religiosa—; A ver,
acláreme, por favor: usted me dice que tiene un problema con la
Orden, pero la Orden no parece tener más que ponderaciones pa-
ra usted...

—¿Ponderaciones...? No se de qué me habla...

—*Io* tengo que darle una noticia: *aier* me llamó por teléfono
monseñor Segismundo Bonetto para pedirme que hable con us-

ted y le ofrezca en su nombre la dirección de este Instituto. El superior la tiene a usted en un pedestal. Me aseguró que para el Consejo académico usted es la docente mejor calificada para esa función.

A Griselda se le paralizó hasta el parpadeo. ¿Había oído bien? ¿La Orden de San Orán quería designarla nada menos que directora del Instituto de Mujeres?

—¿Me repite lo que acaba de decirme?

La monja, riendo, le repitió el insólito e inesperado ofrecimiento. Le aseguró que aquélla era una infrecuente distinción, ya que la Orden muy raramente designaba al frente de sus colegios a docentes laicos, por lo cual era notorio que ella gozaba de una especial predilección por parte del Consejo Superior.

—No lo puedo creer —confesó Griselda desconcertada—; vine dispuesta a renunciar como docente por razones muy personales e íntimas, y usted me transmite esta proposición... No me siento en condiciones morales de aceptarla...

—Griselda —le dijo afectuosamente la religiosa—, ignoro cuáles son los motivos que la llevan a renunciar. Me imagino lo que su decisión debe de estar relacionada con los penosos hechos que le ocurrieron aquí. Pero eso ya ha quedado aclarado, el consejo le ratifica su total confianza y usted tiene ahora la oportunidad de reorganizar y dirigir este Instituto de acuerdo con sus convicciones. ¿Por qué rechazar esta valiosa oportunidad?

—No sé —dijo Griselda. Se sentía vacilante y torpe—, estaba dispuesta a iniciar una nueva vida.

—Pero querida, ¿qué mejor nueva vida que acceder tan joven a la dirección de este Instituto? Además éstos no son tiempos para quedarse sin conchabo —reflexionó la monja—, piénselo, por favor. Acepte este cargo, y de paso ayúdeme a que

pueda volver cuanto antes a mi provincia. Yo aquí me siento como lagartija sobre *yelo*. Sus alumnas la quieren mucho y no le van a perdonar que las abandone después de todo lo que hicieron por usted. Aunque sea por ellas, le ruego que lo piense bien.

—Gracias, hermana —le dijo Griselda. Comenzaba a sentir honda simpatía por aquella buena mujer. La besó al despedirse—, voy a pensarlo y mañana le contesto.

Griselda salió a la calle desorientada. ¡Era demasiado! Sospechaba que monseñor Bonetto pretendía comprar su definitivo silencio con ese nombramiento. ¿Qué tenía que hacer, rechazarlo y salir a buscar trabajo a la calle? Sí —le reclamaba por momentos su conciencia—, eso era lo que tenía que hacer. Pero, ¿dónde encontraría “conchabo”, como decía la hermana Lucrecia? El Instituto pagaba buenos sueldos a sus docentes, y el cargo de directora tenía seguramente una alta remuneración. Pensó en su madre, en su hermana y en sus amigos. Para ellos este nombramiento sería un motivo de orgullo. Al fin y al cabo el lamentable episodio de la denuncia por corrupción no la había afectado a ella ante la opinión pública, ya que el único públicamente deshonrado había sido el pobre Raimundo. Griselda había tenido la suerte de pasar inadvertida en la difusión de las noticias, y sus alumnas, convencidas de que había obrado bien, se jugaron por ella. Tenía que poner en la balanza de su decisión todas estas circunstancias y considerar también la opinión de tantas personas que le habían demostrado su cariño y su activa solidaridad. Pero al mismo tiempo tenía la amarga sospecha de que la estaban como sobornando. No podía pensar en otra intención de monseñor Bonetto. El superior actuaba fría y calculadamente. La operación para remover al obispo ya se había cumplido, lo prioritario era ahora normalizar los colegios oranitas de Mar del Plata y Griselda era, después de todo, una buena docen-

te. También podía conjeturarse el arrepentimiento de sus superiores: ¿por qué negar que ese ofrecimiento pudiera ser una manera de ganar su perdón y, de paso, dejar conformes a las familias de las alumnas que tan sorpresiva e inesperadamente se habían movilizadado para defenderla? Pero, además, ¿por qué no creer que también influyó su legajo personal, colmado de méritos y distinciones? El remordimiento la aguijoneó: ¿Y la pobre madre Fernandita? ¿Acaso no habría sido un acto de justicia devolverle a ella la función de la cual había sido desdorosamente despojada? ¿Y acaso Griselda no estaba moralmente obligada a ser leal con esa recta religiosa? Pero sabía que la congregación jamás daría un paso atrás en la decisión tomada: la madre no recuperaría su cargo por el solo hecho de que Griselda lo rechazara. Simplemente designarían a otra religiosa del interior o de la capital, y ella tendría que salir a mendigar mal pagadas horas de cátedra. Sí, necesitaba ese trabajo, y aceptarlo era una forma tal vez legítima y lógica de resarcirse por tantas injustas amarguras. Después de todo ella se reconocía como una buena docente, y se sabía capaz de llevar la batuta de ese colegio. “¿Hago bien o hago mal si acepto?”. En principio le parecía que hacía mal, pero luego cavilaba que como directora del establecimiento podría hacer mucho por las alumnas y por la calidad de la enseñanza. Tenía otra opción: mandar al demonio la docencia y materializar su viejo sueño de crear una empresa encuestadora y ejercer así su profesión de socióloga. Sí, eso sería como emprender un nuevo rumbo. ¡Ah, cuánto le hubiese gustado consultarlo a Raimundo! ¿Qué le habría aconsejado él?

Esa noche fue al gimnasio para retomar el ritmo de sus ejercicios con aparatos. Se mató trabajando con las pesas en flexiones y abdominales. Descargó todos sus nervios y ansiedades en la resistencia empecinada de esos fríos y torpes hierros. A medi-

da que el cansancio agotaba sus energías, se iba sintiendo anímicamente mejor. Cuando se duchó y se cambió ya era otra mujer. Se sentía tranquila, con buen humor y renovadas ganas de vivir. Fue a tomar algo fresco a la confitería del gimnasio y allí saludó a varios conocidos. Desde la barra, se puso a mirar, con una curiosidad que no había tenido antes, a los hombres jóvenes y atléticos que concurrían asiduamente a ese lugar. Contempló con disimulo esos cuerpos perfectos y llenos de vitalidad, y se complació, a su vez, de saberse observada y codiciada por varios de ellos.

Descubrió, con regocijo e inusitado interés, que en el mundo hay muchos hombres disponibles, y que no era cuestión de tener ojos nada más que para uno, por muy enamorada que una mujer pudiera estar, sobre todo si el ejemplar seleccionado se acababa de despedir de ella.

SANCTA SIMPLICITAS

Por esos días se había producido en Gualeguaychú el enigmático suicidio del empresario Alfredo Yabrán, buscado por la justicia bajo la sospecha de ser el instigador del asesinato del fotógrafo de la revista *Noticias* José Luis Cabezas, acusación que para muchos ciudadanos reflexivos, entre ellos don Raimundo Ezequiel Argenta, se parecía más a una gigantesca y tenebrosa operación “político – mediática” que a una persecución judicial con fundamentos jurídicos serios.

A don Raimundo lo apenó mucho la noticia, pero no pudo evitar el alivio egoísta que le produjo ese inesperado acontecimiento por haber borrado de los diarios, con su profundo impacto social, los vestigios periodísticos que cada tanto reaparecían sobre el escándalo de Mar del Plata.

Viajó a Italia, participó con escaso entusiasmo del *simposium* sobre historia de la Iglesia Católica y pronunció una conferencia en Roma sobre la traicionera inmolación, en 1415, del heresiarca bohemio Juan Hus, inspirador secreto de San Orán de Catanzaro. El profesor argentino deleitó e impresionó a un distinguido auditorio con su muy singular y audaz interpretación de ese desdichado episodio de la historia violenta de la Iglesia del pasado.

“La Iglesia como organización corporativa (no la Iglesia de Cristo, que a veces está en otra parte) siempre manipuló y sometió psicológicamente a la gente —sostuvo en el final de su charla—, generalmente con oscuros objetivos políticos ajenos a su

misión pastoral. Casi siempre prefirió dominar, sojuzgar, oprimir, antes que predicar y convencer mansamente como lo hizo Jesús. Cuando ese sabio y santo hombre que fue el teólogo reformador Juan Hus, juzgado y condenado a la hoguera por el Concilio de Constanza (traicioneramente, ya que se le había garantizado salvoconducto), ya estaba atado encima del montículo de leña esperando que sus verdugos encendieran el fuego, contempló con tristeza a la multitud de cristianos que se habían reunido para presenciar el espectáculo de su horrible muerte. En eso vio que una anciana se abría paso entre la gente y se acercaba al patíbulo arrastrando los pies. Encorvada y de aspecto pobre y endeble, la viejita llevaba en sus manos un pequeño manojito de leña, seguramente sustraído a las necesidades de su mísero hogar, con el propósito piadoso de contribuir a alimentar el fuego que quemaría al hereje.

“Dice la leyenda que Hus, conmovido por la simpleza de alma de aquella mujer, exclamó: «*Sancta simplicitas*».

“¿Cuántos de nosotros, a través de los siglos, hemos alimentado, con la misma santa simpleza, las hogueras que han encendido y seguirán encendiendo algunos hombres de nuestra Iglesia para incinerar ideas, destruir reputaciones y transformar en cenizas la libertad humana, todo para alcanzar y conservar el poder en este mundo, tal vez con la estúpida esperanza de usufructuarlo también en el otro?”

Ese fue el remate de su temeraria conferencia, discretamente aplaudida por los siempre temerosos intelectuales católicos y criticada acremente por las autoridades eclesiásticas, quienes se escandalizaron de que un oranita latinoamericano —¡un erudito de la Iglesia!— se atreviera a pensar por sí mismo, osara expresar interpretaciones históricas tan alocadas y, mucho más aún,

¡que desafiara con tamaño desparpajo sus veneradas y milenarias reglas de obediencia!

Estuvo una semana en Roma. Luego viajó por Alemania, Francia, España y el Reino Unido. Apasionado del fútbol, vivió en Francia la angustia y la alegría del triunfo por penales de la selección argentina sobre el equipo de Inglaterra por la Copa Mundial. Fueron dos meses de andanzas por el viejo mundo, tratando inútilmente de olvidar a Griselda cuya evocación lo atormentaba todos los días y todas las noches. Había recordado dolorosa y constantemente el poema 10 de Pablo Neruda, aprendido de memoria en 1956, en ocasión de su primer desengaño amoroso: *“Hemos perdido aun este crepúsculo/ Nadie nos vio esta tarde con las manos unidas/ mientras la noche azul caía sobre el mundo (...) Entonces dónde estabas?/ Entre qué gentes?/ Diciendo qué palabras?/ Por qué se me vendrá todo el amor de golpe/ cuando me siento triste, y te siento lejana?”*

Finalmente fue a los Estados Unidos y se reunió con sus cuatro hijos con quienes permaneció repartido por otros tres meses, un mes en Minnesota y otros dos meses en Los Ángeles.

En octubre tomó el avión de regreso a Buenos Aires. A los dos días de haberse instalado nuevamente en su departamento, viajó a Mar del Plata. Quería saber como iba su proceso judicial, pero lo que más deseaba, casi obsesivamente, era volver a encontrarse con Griselda. No había cambiado su manera de pensar, pero no estaba seguro de poder mantener su decisión si ella volvía a rogarle que no la abandonara.

Era la mañana de un sábado soleado. La llamó por teléfono desde su hotel. Su madre le informó que había ido al centro y que posiblemente regresaría cerca del mediodía. No quiso decirle quién era. Más tarde volvería a llamarla. Aprovechó para ver a su abogado. El letrado le dio buenas noticias: la causa estaba

prácticamente inmovilizada desde hacía meses y probablemente se dispondría su sobreseimiento por falta de mérito. Lo puso al tanto del movimiento de padres en defensa de los colegios y le mostró un recorte de periódico que le había guardado.

Reconfortado por estas novedades, salió a caminar por la ciudad para disfrutar de un grato paseo bajo el estimulante sol de primavera. Caminó sin apuro, feliz, excitado como un adolescente, pensando que ese mediodía sorprendería gratamente a Griselda en su casa y que podrían verse quizás esa misma tarde o a la mañana siguiente para tomar el café que se habían prometido la noche de la despedida.

No podía definir ni controlar sus sentimientos, pero estaba emocionado y con deseos irresistibles de ver otra vez a aquella chica. Se decía a sí mismo que su decisión no había cambiado, que de ninguna manera iba a dejarse convencer por Griselda para que reanudaran su truncado idilio. Pero al mismo tiempo experimentaba el contradictorio anhelo de encontrarse con ella para disfrutar de su compañía y de su conversación culta y encantadora. ¿Qué te pasa, Raimundo?, se preguntaba mientras caminaba por la peatonal San Martín, llena de gente a esa hora de la medía mañana, ¿Por qué sentís ese vacío en el estómago, como si la estuvieras esperando para irte de nuevo a la cama con ella? ¡Por Dios, Raimundo, no caigas en esto, tenés que ser fuerte! Pero, qué ganas tenía su corazón de oírle decir a Griselda que aún lo amaba, que lo estuvo esperando todos estos meses, que no podía vivir sin él.

Su ansiedad iba en aumento, se detenía a mirar algunas vidrieras pero no prestaba atención a lo que se exhibía en ellas, sólo se miraba en cuanto espejo encontraba y se preguntaba si todavía estaba como ella lo había conocido. No estaba muy seguro, estos cinco meses lo habían desmejorado un poco; sin em-

bargo todavía tenía intactas su personalidad y su inagotable simpatía, distintivos que Griselda más valoraba en él. Vio en su imaginación la escena del reencuentro, la alegría desbordante de Griselda al verlo, su reproche por haber tardado tanto en volver, sus ojos verdes con el ligero entrecejo dándole ese aire melancólico que tanto lo fascinaba. No tenía una sola fotografía de ella, por eso había tenido que pensarla todos los días para que su rostro y sus atributos no se desdibujaran en su memoria. Recordaba su cuerpo delgado, sus piernas esbeltas y bien formadas, sus tobillos delgados y sus muslos ensanchándose sugestivamente más arriba de su minifalda, su piel blanca y perfumada, su nalgas perfectas y esos brazos delgados y musculosos que había acariciado hasta la saciedad.

Miró la hora. Eran las once. Muy temprano todavía. Caminaría otro poco por el centro, almorzaría en “Ambos Mundos” y luego la llamaría por teléfono. Recorrió la peatonal San Martín desde el mar hasta la calle San Luis. Cuando ya pasaban de las doce, tomó por Rivadavia en dirección descendente, decidido a comer puchero de gallina. Al llegar a “Ambos Mundos” se detuvo en seco. En la vereda de enfrente entrevió a una mujer joven parecida a Griselda. Estaba parada frente a una vidriera. Otra vez le ocurría como en Buenos Aires, cuando la vio, sin estar seguro, saliendo del despacho del superior general. Los numerosos transeúntes que caminaban desordenadamente por la acera no le permitían mirarla bien. Con el corazón a máxima velocidad cruzó la calle y se acercó a la mujer por detrás. Ya antes de llegar al cordón de la vereda vio en el reflejo de la vidriera que se trataba efectivamente de Griselda. ¡Qué maravilloso encuentro y qué hermosa está!, se dijo emocionado. Quiso sorprenderla y se acercó lentamente por detrás. Iba a tocarle el hombro cuan-

do la mujer volteó la cabeza hacia su derecha como buscando a alguien y llamó:

—Pablo, no te me pierdas, vamos...

Don Raimundo, a centímetros de Griselda, percibiendo ya el exquisito y familiar perfume de su piel, se quedó inmóvil viendo cómo ella estiraba su delgado brazo y tomaba tiernamente de la mano a un joven de aspecto atlético, altísimo, de pelo rubio largo y enrulado. Ambos se dieron vuelta y pasaron delante de él, casi rozándolo, sin reparar en su presencia. Los dos jóvenes se sonreían amorosamente. Hacían una linda pareja. Se notaba que ella estaba embarazada. Raimundo los siguió como un autómatas desde un par de metros de distancia, sin poder pensar en nada, sin saber qué hacer. Vio cómo él la tomaba por los hombros, la apretujaba cada tanto contra sí, la besaba y le hablaba todo el tiempo. Ella lo miraba, le sonreía y cada tanto acariciaba su dorada cabellera y apoyaba su cabeza en su hombro. El paso de Raimundo fue decayendo, se fue quedando, hasta que finalmente se detuvo con la mirada cansada y los hombros abatidos, mientras Griselda y su novio se alejaban cada vez más de él, con ese ritmo seguro, audaz y graciosamente saltarín tan propio de las parejas de jóvenes que miran el porvenir con desfachatez y se dirigen hacia la incertidumbre de su destino casi con indiferencia, como si fueran los dueños de la eternidad.

“Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su delectación / Ven, oh amado mío, salgamos al campo / Moremos en las granjas / Levantémonos de madrugada / Veamos si brotan las vides, si se descubre la menuda uva / Si han florecido los granados; allí te daré mis amores / Las mandrágoras han dado olor / Y a nuestras puertas hay toda clase de dulces frutas / Nuevas y añejas, que para ti he guardado, amado mío”

El cantar de los cantares (Antiguo Testamento)

Epílogo

Esta historia sucedió entre abril y octubre de 1998, y fue escrita mientras los imaginarios hechos se iban produciendo y entrelazando con la realidad. Nadie sabe lo que ocurrió a partir del día en que don Raimundo vio a Griselda de la mano de un novio joven y escultural. Pero si el lector ha quedado decepcionado, puede optar por uno de los siguientes finales posibles:

Don Raimundo se recupera de su sorpresa, alcanza a la pareja y saluda amistosamente a Griselda, quien confundida y comprensiblemente nerviosa, le presenta a Pablo. Quedan en verse por la tarde para charlar a solas. Se encuentran en una confitería. Griselda le confiesa que su relación con aquel muchacho es muy endeble, que se deslumbró con su atractivo físico pero que en realidad ya se está cansando de él porque es incapaz de sostener una conversación culta. Cuando Raimundo le pregunta por su embarazo ella le revela que ese hijo no es de Pablo sino suyo. Raimundo está a punto de desmayarse. Griselda le dice que todavía lo ama y que quiere casarse con él, para que ambos críen y eduquen a ese niño que está por nacer. Con un hijo las cosas cambian: Raimundo ya no tiene pretextos para eludir el matrimonio con aquella hermosa y joven mujer.

Este ha de ser para muchos, se me ocurre, el desenlace ideal. Pero hay otro final que, aunque no agrada, es más lógico y creíble: Griselda no vuelve a ver jamás a don Raimundo quien termina siendo para ella un recuerdo que se va diluyendo con el transcurso del tiempo. Se casa con Pablo y tiene dos hijos, los dos de Pablo, o si lo preferimos, uno de padre desconocido que ella nunca delata y que Pablo adopta generosamente como hijo propio. Don Raimundo, entretanto, ha perdido las ganas de vivir

y declina física y mentalmente. Sus hijos lo llevan a Estados Unidos donde muere unos años más tarde abatido por una secreta melancolía.

Los lectores pueden elegir el que más les guste.

¿Qué les ocurrió, entretanto, a los personajes secundarios de esta historia? He aquí una versión confiable:

- El Papa disolvió la Orden de San Orán de Catanzaro en todo el mundo.
- El obispo Anteres Melitano jamás pudo volver a su diócesis marplatense.
- Monseñor Segismundo Bonetto no consiguió el nombramiento que le habían prometido y murió de un infarto un día antes del jubileo del año 2.000, en una casa de retiro para sacerdotes ancianos.
- Viviana Consortti, luego de una eficaz misión secreta en Gualeguaychú, Entre Ríos, ingresó en la Cancillería e hizo una destacada carrera diplomática.
- El juez Romualdo Sanhedre fue designado Juez Federal en 1999 y ascendido a camarista cuatro años más tarde.
- Javier Ramírez llegó a tener su propio programa periodístico en un canal de cable, pero jamás pasó de ser un comunicador mediocre con poca teleaudiencia

- Con un acuerdo secreto y un abrazo público, el presidente se reconcilió con el obispo de Morón. Se canceló, pues, la operación en esa diócesis.
- El obispo de Santiago del Estero, uno de los críticos más severos del gobierno, murió el 4 de septiembre de 1998 en un extraño accidente automovilístico en la localidad de San Marcos. Los informes oficiales dijeron que perdió el control de su vehículo al intentar esquivar a un caballo que se le cruzó en el camino.

Y si usted me pregunta qué pasó después en materia política le tengo que pedir disculpas, pero en el momento de escribir estas palabras finales —octubre de 1998— no me atrevo a arriesgar un pronóstico. No sé si las mandrágoras volverán a dar su olor nauseabundo. La política, por lo menos en la Argentina, es siempre paradójica, sorprendente y superadora de toda ficción literaria.

INDICE

1. *La citación* (4)
2. *Primer informe de don Raimundo al Superior General* (14)
3. *Fax de respuesta de monseñor Segismundo Bonetto* (18)
4. *Una reunión en la Cancillería argentina* (19)
5. *Segundo informe de don Raimundo al Superior General* (25)
6. *Encuentro de don Raimundo con los alumnos de 3er. Año* (30)
7. *Noticias políticas* (37)
8. *Don Raimundo conversa con las profesoras* (42)
9. *Griselda ante la enfermedad de su padre* (54)
10. *Segundo encuentro de don Raimundo con los alumnos* (60)
11. *Última reunión de don Raimundo con las profesoras* (67)
12. *Carta de monseñor Segismundo Bonetto al presidente* (74)
13. *A don Raimundo comienzan a sucederle cosas* (81)
14. *Un juez marplatense piensa en su futuro* (87)
15. *Don Raimundo invita a Griselda* (91)
16. *Un periodista prometedor* (100)
17. *Hechos inesperados e incontrolables* (105)
18. *Monseñor Bonetto recibe los merecidos elogios del canciller* (118)
19. *Griselda y Raimundo se hablan por teléfono* (122)
20. *Don Raimundo declara ante el juez* (130)
21. *Regreso a Buenos Aires* (148)
22. *Las tribulaciones de monseñor Bonetto* (159)
23. *Griselda en su hora trascendental* (169)
24. *La despedida* (173)
25. *La nueva vida de Griselda* (183)
26. *Sancta simplicitas* (190)
27. *Epílogo* (196)